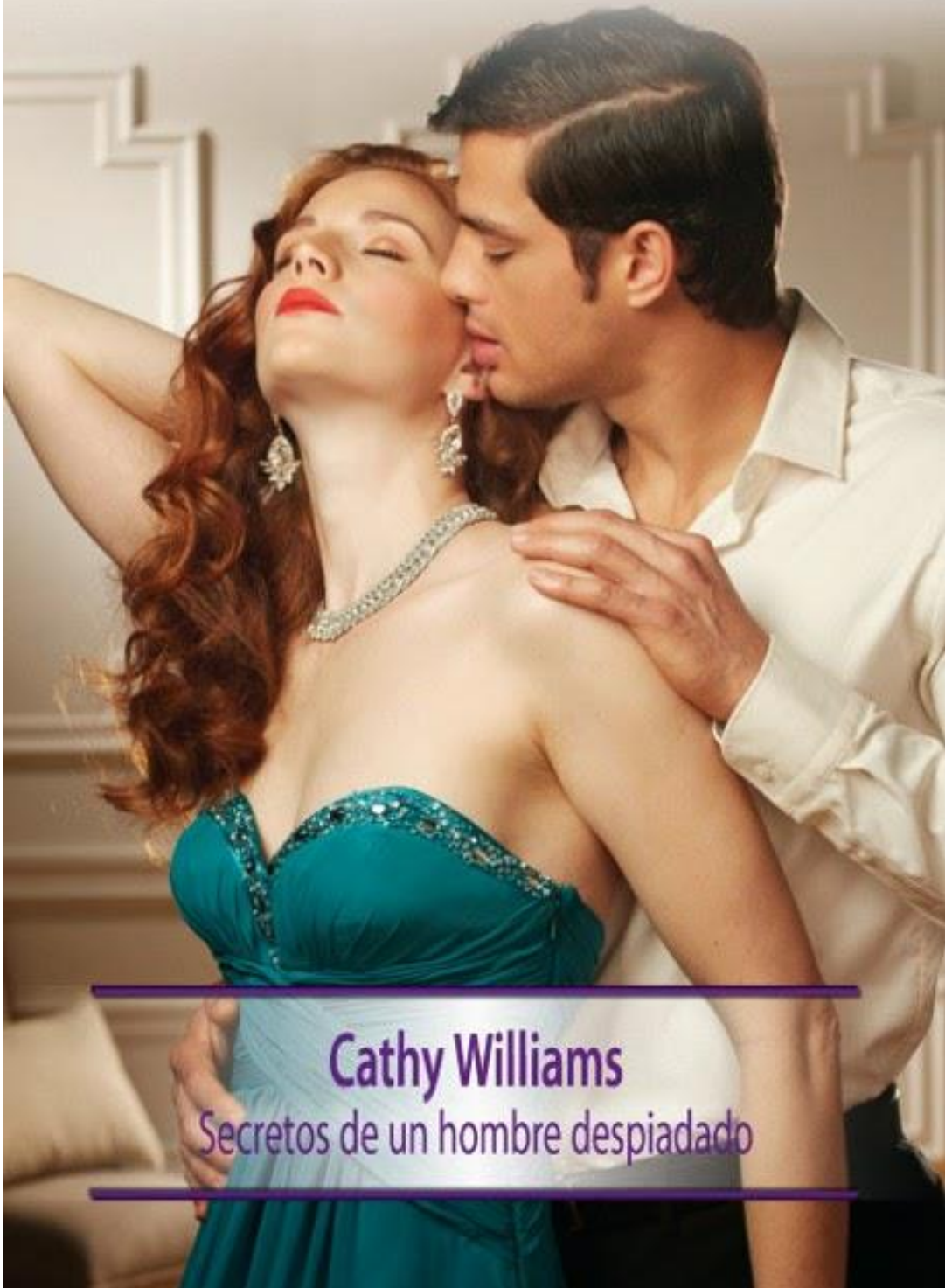


 HARLEQUIN™

# Bianca™



**Cathy Williams**

Secretos de un hombre despiadado

# Cathy Williams

## Secretos de un Hombre Despiadado

Poder, riqueza y una hermosa mujer a su disposición...

Leo Spencer lo tenía todo, pero había algo que su alto nivel de vida no podía darle: la verdad sobre su pasado. La búsqueda de ese objetivo le llevó a conocer a Brianna Sullivan, perdida en un recóndito pueblo irlandés y mujer que iba a cambiar su vida. Ella no se parecía en nada a las mujeres que Leo acostumbraba a tratar. Su inocencia le cautivó... y también le sirvió para averiguar los secretos del pasado.

Pero, cuando Brianna descubrió la verdadera identidad de Leo, la apasionada relación entre ambos amenazó con romperse irremediabilmente.

*Bianca*<sup>™</sup>

Cathy Williams

Secretos de un hombre despiadado



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2014 Cathy Williams

© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Secretos de un hombre despiadado, n.º 2326 - julio 2014

Título original: Secrets of a Ruthless Tycoon

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4545-9

Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

## Capítulo 1

Anocheecía cuando Leo Spencer empezó a cuestionarse haber emprendido ese viaje. Levantó los ojos de la pantalla del portátil y frunció el ceño al ver los campos extenderse hasta el horizonte. Estuvo a punto de decirle al chófer que pisase a fondo el acelerador, pero... ¿de qué serviría?

¿Qué velocidad podría alcanzar Harry por esas serpenteantes carreteras, aún peligrosas por la reciente nevada? No quería, por nada del mundo, acabar en una zanja en aquel lugar apartado de todo. Hacía varios kilómetros que no se cruzaban con ningún coche. Quién sabía a qué distancia se encontraba el próximo pueblo.

Llegó a la conclusión de que quizá febrero fuera el peor mes del año para hacer aquel viaje a la periferia de Irlanda. No había imaginado que pudiera llevar tanto tiempo alcanzar su destino; de haberlo sabido, habría tomado uno de los aviones privados de la empresa.

El vuelo a Dublín no le había dado problemas. Pero, a partir del momento en que su chófer le había ido a recoger al aeropuerto, el viaje se había convertido en una mezcla de atascos de tráfico, desviaciones y lugares que parecían lejos de todo rastro de civilización.

Tras desechar la idea de seguir trabajando, Leo cerró el portátil y se quedó contemplando el tenebroso paisaje.

Las ondulantes colinas de oscuros contornos se elevaban siniestramente sobre campos llanos salpicados de lagos y por los que correteaban pequeños ríos y arroyos, ninguno de los cuales era visible bajo la tenue luz de la tarde.

Leo estaba acostumbrado a la casi constante luz artificial de Londres. Nunca había tenido tiempo para disfrutar de las delicias del campo, y su indiferencia hacia él se afianzaba con cada kilómetro que recorrían.

Pero se trataba de un viaje que debía realizar.

Cuanto más pensaba en lo que le había ocurrido durante el transcurso de su vida, más seguro estaba de lo necesario de aquel viaje. El detonante había sido la muerte de su madre ocho meses atrás, poco después del fallecimiento de su padre de un infarto mientras, desgraciadamente, él jugaba al golf. Debía descubrir sus orígenes, la identidad de sus padres biológicos. No se le había ocurrido hacerlo en vida de sus padres adoptivos, pero ahora había llegado el momento de saber quiénes le habían traído al mundo.

Cerró los ojos mientras reflexionaba sobre su vida: adoptado nada más nacer por un matrimonio acomodado que no podía tener hijos; criado en el seno de una familia de clase media con todas las ventajas que ello suponía, como colegios privados y vacaciones en el extranjero. Esto, acompañado de una brillante carrera académica y un golpe de suerte en el mundo de las finanzas, le habían

encumbrado hasta el punto de que, a los treinta y dos años, tenía más dinero del que podría gastar en su vida y libertad para invertirlo en fusiones y adquisiciones de empresas.

Parecía poseer un don natural para su trabajo. Ninguno de los negocios en los que había invertido le había fallado. Además, sus padres adoptivos le habían dejado una considerable herencia. En realidad, el único punto negro era la cuestión de su origen, un asunto que debía solucionar ya.

A pesar de no ser dado a reflexionar sobre sí mismo, había momentos en los cuales sospechaba que sus oscuros orígenes habían influido en su vida, al margen de todo lo que habían hecho por él sus maravillosos padres adoptivos. Por ejemplo, sus relaciones con las mujeres siempre habían sido breves. Había disfrutado de amoríos con algunas de las mujeres más hermosas de Londres; sin embargo, nunca había querido involucrarse emocionalmente con ninguna. Siempre se excusaba alegando ser la clase de hombre dedicado completamente al trabajo sin tiempo para nada más. No obstante, en lo más profundo de sí, sospechaba que se debía a la idea de que sus padres naturales le habían abandonado sin más, lo que le hacía dudar sobre la permanencia en las relaciones, a pesar de que el ejemplo de sus padres adoptivos demostrara lo contrario.

Hacía años que sabía dónde vivía su madre biológica, aunque no conocía el paradero de su verdadero padre ni si aún estaba vivo. Pero, hasta ese momento, no había hecho esfuerzo alguno por ponerse en contacto con ella.

Ahora, se había tomado una semana de vacaciones, después de informar a su secretaria de que todo ese tiempo estaría localizable por correo electrónico o por el móvil. Iba a conocer a su madre, a enterarse de lo que había pasado y, después, se marcharía, tras satisfacer la curiosidad que le había perseguido durante años. No buscaba respuestas ni una enternecedora reconciliación. Solo quería poner punto final a aquel episodio.

Y, naturalmente, no tenía intención de que su madre natural se enterara de que él era su hijo. Era demasiado rico, lo que podía motivar a la irresponsable que le había dado en adopción declarar un súbito amor por él, eso sin contar con posibles hermanos que intentaran sacarle lo que pudieran.

-¿Sería posible meterle la quinta marcha al coche? -le preguntó a Harry, que arqueó las cejas mirándole por el espejo retrovisor.

-¿No le gusta el paisaje, señor?

-Llevas conmigo ocho años, Harry. ¿En algún momento he demostrado el menor interés por el campo?

Harry, por extraño que pareciera, era la única persona de confianza de Leo. Estaban muy unidos. Le contaba cosas que jamás contaba a nadie más.

-Nunca es tarde, señor -sugirió Harry con calma-. Y no, no puedo conducir a más velocidad por estas carreteras. ¿No ha visto cómo está el cielo?

-De pasada.

-Va a nevar.

-Espero que lo haga después de llegar a nuestro destino.

Era difícil detectar la línea divisoria entre el cielo y la tierra desde el coche. Todo era una amorfa masa gris. A parte del ruido del coche, el silencio era completo.

-Sobre el clima no manda nadie, señor. Ni siquiera usted, acostumbrado a que sus órdenes se cumplan al momento.

Leo sonrió traviesamente.

-Hablas demasiado, Harry.

-Eso mismo me digo a mí mismo, señor. ¿Está seguro de que no necesitará de mis servicios una vez lleguemos a Ballybay?

-Completamente. Contrata a un taxista para que lleve el coche de vuelta a Londres y tú vuelve en el avión de la empresa. Le he encargado a mi secretaria que lo tenga listo para ti, te enviará un mensaje por el móvil para decirte dónde te recogerá. Y, luego, tú te encargarás de avisar para que lo tengan preparado para ir a recogerme y llevarme de vuelta a Londres. No tengo ningún interés en repetir este trayecto en coche.

-Muy bien, señor.

Leo volvió a abrir el portátil, decidido a no pensar más en lo que le pudiera esperar al alcanzar su destino. Especular sobre ello no era más que una pérdida de tiempo.

Dos horas más tarde, llegaron a Ballybay. No parecía gran cosa. Apenas divisaba un lago, y casas y tiendas diseminadas por las colinas.

-¿Es esto? -le preguntó a Harry.

-¿Qué esperaba, Oxford Street, señor?

-Esperaba algo más. ¿Hay algún hotel en este lugar? -preguntó frunciendo el ceño.

-Hay un pub, señor.

Harry señaló con un dedo un pub muy antiguo con un letrero que anunciaba habitaciones libres.

Leo se preguntó qué turismo podía ir a un lugar que parecía suspendido en el tiempo.

-Harry, déjame aquí mismo y márchate -Leo llevaba poco equipaje: una bolsa de viaje, intencionadamente vieja, en la que metió el portátil.

A pesar de acabar de llegar, ya estaba haciendo comparaciones entre aquel diminuto pueblo aislado y el lugar en el que se había criado con sus padres adoptivos, un pueblo en Surrey con mucha vida, sofisticados pubs y tiendas de diseño, con un transporte rápido a Londres y propiedades caras.

Salió del Range Rover, y el gélido viento azotó su rostro.

Sin titubear, se dirigió directamente al pub.

Dentro del pub, a Brianna Sullivan comenzaba a dolerle la cabeza. Incluso en mitad del invierno, los viernes por la noche atraían gran cantidad de público; y aunque agradecía el negocio que ello le brindaba, le habría gustado un poco de paz

y tranquilidad.

Hacía casi seis años que su padre le había dejado en herencia el pub, al que dedicaba todo su tiempo. Estaba sola en el mundo y ese era su medio de subsistencia. No tenía más opciones.

-Dile a Pat que venga a recoger sus bebidas a la barra -le dijo a Shannon-. Estamos muy ocupadas aquí, no estamos para llevar bandejas con bebidas solo porque se rompió la pierna hace seis meses. Puede hacerlo él perfectamente o decirle a su hermano que venga a por las bebidas.

A un extremo de la barra, Aidan y dos amigos empezaron a entonar una canción de amor con la intención de atraer su atención.

-Como no os calléis, os voy a echar -dijo Brianna a Aidan mientras colocaba en la barra más bebidas para el grupo.

-Sabes que me quieres, encanto, no lo niegues.

Brianna le lanzó una mirada de exasperación y le dijo que o le pagaba todo lo que había consumido o no volvía a servirle una sola cerveza más.

Necesitaba contratar a más gente para trabajar en la barra, pero... ¿qué haría con el personal durante los días laborables, cuando la clientela era mucho más reducida? Sin embargo, ¿cómo podía justificar el gasto? Entre la contabilidad, el stock, los pedidos y atender la barra todas las tardes, no disponía de tiempo para nada más. Tenía veintisiete años y, en un abrir y cerrar de ojos, cumpliría treinta; después, cuarenta y cincuenta, y seguiría haciendo lo mismo sin grandes perspectivas. Aún era joven, pero se sentía vieja en muchas ocasiones.

Aidan continuó bromeando a su costa, pero ella le ignoró. Ahora que había empezado a sentir pena de sí misma, apenas era consciente de lo que la rodeaba.

¿Acaso no le servían para nada los años en la universidad? Quería mucho a sus amigos y se sentía a gusto en aquella pequeña comunidad, pero... ¿no tenía derecho a un poco de diversión? Solo había hecho lo que quería durante seis meses, justo después de acabar los estudios universitarios; después, de vuelta al pub a ayudar a su padre, que había conseguido que el alcohol le enterrase.

No pasaba un solo día que no le echara de menos. Habían estado solos durante doce años, tras la muerte de su madre, y no dejaba de acordarse de la risa de él, de su apoyo y de sus chistes malos. Se preguntó qué pensaría su padre si la viera aún ahí, en el pub. Él siempre había querido que viajara y desarrollara una carrera en el mundo del arte, pero no estaba allí para apoyarla y hacer posible el sueño.

Brianna, todavía absorta en sus pensamientos, se dio cuenta de que algo había cambiado cuando notó el silencio en el establecimiento.

Mientras servía una cerveza, alzó los ojos y allí, delante de la puerta, vio al hombre más guapo que había visto en su vida. Alto, cabellos oscuros y un rostro inolvidable. Mientras miraba a su alrededor, apenas parecía afectarle que todos los ojos se hubieran posado en él. Por fin, clavó esa mirada negra en ella.

Brianna sintió que, de repente, le ardían las mejillas. Inmediatamente, volvió a lo que estaba haciendo, igual que el resto de la gente. Se volvieron a oír voces y



risas. El viejo Connor, medio borracho, como de costumbre, comenzó a cantar.

Brianna ignoró al desconocido, aunque era plenamente consciente de su presencia. No le sorprendió verle delante al levantar la vista de nuevo.

-El letrero de ahí fuera dice que hay habitaciones libres -dijo Leo, casi gritando para hacerse oír por encima del ruido del establecimiento.

El pueblo entero parecía encontrarse en el pequeño pub. La mayoría de los taburetes tapizados de cuero verde estaban ocupados, igual que las mesas. Detrás de la barra, dos chicas se afanaban por servir a la clientela: una era morena, bajita y con pronunciado busto; la otra, la que tenía delante, era alta, delgada, de cabello rojizo recogido en una cola de caballo, y le miraba con los ojos más verdes que había visto nunca.

-¿Por qué? ¿Le interesa? -preguntó Brianna.

La voz de él hacía juego con el resto. Era una voz profunda y perezosa que le causó un hormigueo en el vientre.

-¿Usted qué cree? Necesito una habitación y, según parece, este es el único lugar en el pueblo que alquila habitaciones.

-¿No es suficiente para usted?

-¿Quién es el dueño?

-La tiene delante.

Y Leo se la quedó mirando. Sin maquillaje, tenía la piel suave como el satín y cremosamente blanca. Sin pecas, a pesar del rojo de su cabello. Llevaba unos pantalones vaqueros gastados y un jersey de manga larga, atuendo que no disminuía su atractivo.

-Bien. Necesito una habitación.

-Se la enseñaré tan pronto como disponga de un momento. Mientras tanto, ¿quiere beber algo?

¿Qué demonios hacía un hombre como él ahí? Era forastero y no debía de conocer a nadie allí; de lo contrario, ella se habría enterado. Era una comunidad pequeña, todos se conocían bien.

-Lo que quiero es una ducha y dormir.

-Las dos cosas tendrán que esperar, señor...

-Me llamo Leo y, si me da la llave y me dice dónde está la habitación, iré solo sin necesidad de que me acompañe. Y, otra cosa, ¿hay algún sitio en el que se pueda cenar por aquí?

Ese hombre era forastero y bastante desagradable, pensó Brianna malhumorada. A su mente acudió el recuerdo de otro hombre guapo. La experiencia le había enseñado a evitar a esa clase de hombres.

-Tendrá que ir a Monaghan a cenar -le informó ella en tono cortante-. Yo puedo servirle un bocadillo, pero...

-Sí, ya lo sé, tendré que esperar porque está muy ocupada sirviendo bebidas. Olvide lo de la comida. Si necesita que le haga un depósito, dígame cuanto y deme la llave.

Brianna le lanzó una mirada impaciente y llamó a Aidan.

-Por favor, encárgate de la barra un momento -dijo a Aidan-. Y nada de bebidas gratis. Voy a ir a enseñarle a este hombre una habitación. Volveré dentro de cinco minutos. Y, si me entero de que te has servido algo de beber, te prohibiré la entrada durante una semana.

-Te adoro, Brianna.

-¿Por cuánto tiempo quiere la habitación? -fue lo primero que preguntó al desconocido tan pronto como se encaminaron al piso de arriba.

Brianna, consciente de la presencia de él a sus espaldas, sintió que los pelos de la nuca se le erizaban. ¿Tanto tiempo llevaba en aquel lugar que la presencia de un guapo desconocido era suficiente para hacerla sudar?

-Unos días -respondió Leo.

Esa mujer poseía la gracia de una bailarina, y Leo quiso preguntarle qué hacía una chica tan guapa en un pub en un lugar tan remoto. Desde luego, no parecía libre de estrés, a juzgar por lo ocupada que la había visto.

-¿Puedo preguntarle qué le ha traído a esta bonita parte de Irlanda? -ella abrió la puerta de una de las cuatro habitaciones que tenía para alquilar y se apartó para dejarle pasar.

Leo miró detenidamente a su alrededor. Era una habitación pequeña, pero limpia. Tendría que tener cuidado con las vigas del techo, pero nada más. Se volvió hacia ella mientras se quitaba el abrigo, que echó encima de la silla de madera que había delante de una cómoda.

Brianna dio un paso atrás. Ese hombre hacía que la habitación pareciera más pequeña. Ahora que se había despojado del abrigo, su musculoso cuerpo estaba a la vista. Llevaba pantalones vaqueros negros y un jersey negro, y su piel era color oliva.

-Puede preguntarlo -concedió Leo.

Pero no iba a contestar que era un multimillonario que estaba decidido a conocer a su irresponsable madre. Conocerla y no revelar su identidad iba a ser difícil.

-Pero no va a decírmelo. Bien -ella se encogió de hombros-. El desayuno lo servimos entre las siete y las ocho. Dirijo este establecimiento sola, así que no dispongo de demasiado tiempo para servir a los huéspedes.

-Qué hospitalaria es usted.

Brianna enrojeció y, aunque tarde, se recordó a sí misma que estaba hablando con un cliente de verdad, no con uno de los chicos que frecuentaban el bar a los que podía contestar en los mismos términos de familiaridad con el que ellos le hablaban.

-Siento haber parecido grosera, señor...

-Leo.

-Pero tengo mucho trabajo y no estoy de muy buen humor. El cuarto de baño lo tiene ahí -ella señaló una puerta pintada de blanco-. En la habitación tiene tetera eléctrica, té y café instantáneo.

Tras esas palabras, Brianna se encaminó a la puerta, con dificultad para

apartar los ojos de él.

Si ese hombre despertaba en ella el amargo recuerdo de Daniel Fluke, tenía que añadir que era aún más alto, más guapo y menos parlanchín, lo que le hacía aún más peligroso. Y seguía sin saber qué le había llevado allí.

-Si no le importa dar el depósito por la habitación... -Brianna se aclaró la garganta y guardó silencio mientras él sacaba dinero de la cartera. Después, le dio la cantidad convenida.

-Dígame, ¿qué se puede hacer por aquí? -preguntó él metiéndose las manos en los bolsillos y ladeando la cabeza-. Usted debe conocerlo todo y... a todo el mundo, ¿no?

-Ha elegido mala época para disfrutar del paisaje, señor... Leo. No creo que el tiempo sea bueno para dar caminatas por el campo, ya que se espera que nieve. Y olvídense de la pesca.

-Bueno, daré paseos por el pueblo -murmuró él, pensando en lo bonitos que tenía los ojos aquella mujer-. Perdome, pero no me ha dicho su nombre, aunque he oído que la llamaban Brianna, ¿me equivoco?

-No suelen venir forasteros por aquí, y mucho menos en pleno invierno.

-Y ahora acaba de alquilarle una habitación a uno y no sabe a qué se dedica ni por qué está aquí. Comprendo que eso la ponga nerviosa -él le dedicó una ladeada sonrisa y esperó a ver el efecto. Esperó a que ella se relajara, a que le devolviera la sonrisa, a que le mirase sin disimulo. Esperó a ver el impacto que sabía que producía en las mujeres. Pero nada. Ella frunció el ceño y le miró con frialdad.

-Exacto -respondió Brianna cruzándose de brazos y apoyándose en el marco de la puerta.

-Yo... -Leo reconoció que la reacción de ella no era la que había esperado.

-¿Sí? -Brianna continuó mirándole. De acuerdo que era improbable que ese hombre fuera un asesino en serie, pero era demasiado reservado, demasiado misterioso.

Los ojos de Leo se posaron en un exquisito cuadro de acuarela que colgaba de la pared encima de la cama. Entonces, se acercó a una estantería que había al lado.

-Aunque no me enorgullezco de ello, confieso que he dejado un buen trabajo hace apenas un par de semanas.

-¿Qué clase de trabajo?

Brianna sabía que estaba sometiéndole a un interrogatorio y que él no tenía ninguna obligación de darle explicaciones. También sabía que su negocio podía verse afectado negativamente si a él se le ocurría correr la voz de que la dueña del Angler's Catch no era respetuosa con los clientes. Y también sabía que Aidan debía de haberse servido ya un par de whiskys a su costa y que Shannon no debía de dar abasto. Y, sin embargo, no lograba despegarse de la puerta ni de dejar de mirar a aquel apuesto desconocido.

-Un trabajo en una de esas empresas enormes y sin alma -lo que no era

exactamente mentira, aunque se decía que su empresa tenía más consideración con sus empleados que la mayoría de las de su estilo-. Decidí probar suerte con otra cosa. Siempre he querido... escribir, así que he decidido tomarme un tiempo libre para intentarlo. A ver adónde me conduce.

Leo se acercó a la ventana y miró a través del cristal antes de añadir:

-Irlanda me pareció un buen sitio para empezar. Es famosa por el paisaje, ¿no? Quiero conocer un poco el país, las zonas no turísticas. Me gustaría empezar el libro en este país. El mal tiempo me ha hecho parar y... por eso estoy aquí.

¿Un escritor aficionado? No, no podía ser. Ese hombre no tenía pinta de escritor; sin embargo, ¿por qué iba a mentir? El hecho de que hubiera tenido un trabajo convencional explicaba ese aire de sofisticación que le notaba, algo intangible que emanaba de él, un aire de autoridad difícil de definir, pero...

Brianna se ablandó.

-Dentro de un rato, el bar estará más tranquilo. Si no se ha dormido para entonces, podría prepararle algo de comer -ofreció ella.

-Es muy amable -murmuró Leo, conteniendo el súbito sentimiento de culpa por una mentira que pronto justificó y olvidó. Había respondido creativamente a una situación inesperada.

Ganarse a esa mujer también podía ser una ventaja. La gente de los pubs lo sabía todo sobre todos y casi nunca se resistían a algún cotilleo. Sin duda, lograría extraer información sobre su madre y, una vez que la tuviera, podría ir a hacerle una visita, quizá fingiendo ser un escritor en busca de opiniones de la gente de la localidad para su libro. Y eso le ayudaría a saber qué clase de mujer era la que le había abandonado al nacer. Cerraría ese capítulo de su vida. Por fin, se sentiría libre de su desconocido pasado.

-Bueno... -dijo Brianna-. ¿Necesita que le enseñe cómo funciona el televisor? ¿Cómo conectarse a Internet?

-Creo que me las arreglaré, gracias -respondió Leo-. Será mejor que vuelva a su ajetreado bar.

-Sí, creo que sí -respondió Brianna sonriendo, al tiempo que se metía las manos en los bolsillos.

Sin saber cómo ni por qué, Leo se excitó sexualmente. Ella era muy delgada, su cuerpo casi parecía el de un muchacho, completamente distinto al de las mujeres con las que salía, cuyos dones naturales eran mucho más visibles.

-Debería contratar a alguien para que la ayudara -declaró él de repente.

-Es posible -Brianna notó el cambio de atmósfera; no obstante, se recordó a sí misma que, tipos así, escritores o no, eran demasiado peligrosos. También pensó en la fealdad interior que una persona tan guapa físicamente podía esconder.

Se despidió fríamente y, de vuelta en el bar, se encontró con lo que había esperado: Aidan estaba bebiendo un vaso de whisky apresuradamente y lo dejó encima de la barra con toda celeridad al verla.

Shannon parecía a punto de echarse a llorar y, a pesar de lo que ella le había dicho, llevaba bebidas en bandeja a los animados hombres de la mesa del rincón,

antiguos compañeros suyos de colegio, lo que no les daba derecho a exigir que les sirvieran las bebidas en la mesa. El viejo Connor, con alguna que otra copa de más, cantaba sin que se le entendiera ni una palabra.

Lo mismo de siempre. Veintisiete años y una noche más. Veintisiete años y se sentía como si tuviese cuarenta y siete. La nieve, que había desaparecido hacía una semana, había vuelto a hacerles una visita. Afuera, los copos se veían gordos y blancos bajo la luz de las farolas.

Shannon fue la última en marcharse, a instancias de Brianna. Para tener solo diecinueve años, poseía un gran instinto maternal y no disimulaba su preocupación por que su amiga viviera sola en el piso de encima del bar.

-Aunque al menos esta noche hay un hombre contigo aquí -dijo Shannon entre risas mientras se rodeaba el cuello con una bufanda y guiñaba un ojo a su amiga.

-La experiencia con el sexo opuesto me dice que a la menor señal de peligro me aleje de los hombres -respondió Brianna despidiéndose de Shannon con la mano.

-Eso es porque solo has salido con hombres que no te convenían.

Brianna se dio media vuelta y se encontró a Leo junto a la barra con los brazos cruzados y un brillo burlón en los ojos. Se había duchado, y ahora llevaba otros vaqueros y un jersey color crema que le sentaba muy bien.

-Has bajado a por un bocadillo -respondió ella, tuteándole también.

Al momento, Brianna apartó los ojos de Leo y, con eficiencia, comenzó a limpiar las mesas. Tenía que dejarlo lo más limpio posible para cuando se levantara a las siete de la mañana.

-Suponía que ya se habría ido la mayor parte de la gente. Hacía un rato que no oía a nadie cantando.

Leo se puso a echarle una mano, una experiencia nueva para él. Solía comer fuera y, en las pocas ocasiones en las que lo hacía en casa, su ama de llaves le preparaba la comida, ya que también era una excelente cocinera. Una vez al mes, cocinaba para Harry y para él, comidas que solían coincidir con algún partido de fútbol televisado. Comían, se tomaban unas cervezas y veían el partido. Le encantaba ese ritual.

-No tienes por qué ayudarme -le dijo Brianna al mismo tiempo que comenzaba a agarrar los ingredientes para el bocadillo-. Eres un cliente.

-Un cliente muy curioso. Háblame del cantante de ópera...

Leo se la quedó observando mientras ella preparaba un bocadillo que podía satisfacer el hambre de cuatro; prestó atención mientras ella charlaba sobre la gente que frecuentaba el bar, con sus peculiaridades y excentricidades.

-El bocadillo está buenísimo -comentó Leo con sinceridad.

Lo que le sorprendió enormemente, teniendo en cuenta que los bocadillos a los que estaba acostumbrado eran algo muy sofisticado y preparado por cocineros de renombre. Alzó el plato para que ella pudiera pasar un trapo mojado por la superficie de la barra.

-Supongo que, más o menos, conoces a todo el mundo de por aquí.

-Así es.

-¿Una de las ventajas de vivir en un lugar pequeño? -él no podía imaginar nada peor, le gustaba el anonimato que brindaba la gran ciudad.

-Me gusta conocer a mis vecinos y que me conozcan. Aquí vivimos pocos. Por supuesto, algunos han emigrado a otras partes de Irlanda; unos pocos, los más audaces, han ido a vivir al extranjero. Pero, en conjunto, sí, aquí nos conocemos todos.

Al encontrarse con la fija mirada de él, volvió a notar un repentino calor en las mejillas.

-Casi todos los que estaban aquí esta noche eran clientes fijos, de los tiempos en los que mi padre era el dueño.

-¿Dónde está tu padre?

-Mi padre ha muerto -respondió Brianna sin explayarse-. Es por eso por lo que soy la dueña.

-Lo siento. Un trabajo duro.

-Me las apaño -Brianna recogió el plato de él, lo puso en el fregadero y se lavó las manos.

-Debes contar con el apoyo de todos tus amigos aquí, ¿no? ¿Tienes hermanos? ¿Y tu madre?

-¿Por qué me haces tantas preguntas?

-Todos sentimos curiosidad por la gente a la que no conocemos y por los lugares que nunca antes habíamos visitado, ¿no? Además, la curiosidad es parte de la naturaleza de un escritor -Leo se puso en pie y se dirigió hacia la puerta que conducía a las escaleras-. Si te parezco demasiado entrometido, dímelo.

Brianna abrió la boca para contestar algo que pudiera reestablecer la relación huésped y dueña del local, pero la tentación de hablar con alguien nuevo, con alguien desconocido, alguien que no la conocía, era prácticamente irresistible.

¡Un escritor! ¡Qué maravilla conocer a una persona con la que tenía tanto en común! ¿Tan malo era bajar la guardia durante un par de días y fiarse de él? Sí, era guapo, pero no era Danny Fluke.

-No, no eres entrometido -Brianna esbozó una tímida sonrisa-. Lo que pasa es que no comprendo por qué te interesa lo que pase aquí. Esto es un pueblo aislado, no puedo imaginar en qué modo podría ayudarte con el libro.

Brianna no conseguía comprenderle. Albergaba el presentimiento de que ese hombre estaba ocultando algo.

-Las vidas de las gentes me interesan -Leo sonrió-. Te sorprendería lo mucho que uno puede aprender hablando con la gente, lo que se puede descubrir.

Había algo vulnerable en ella, algo muy distinto a lo que veía en las mujeres con las que salía.

-Mañana, si quieres, te ayudaré. Lo único que tienes que hacer es decirme qué hacer. Así podrías relajarte un poco. A cambio, me gustaría que me hablaras de los habitantes del pueblo.

-No digas tonterías. Eres un huésped, estás pagando. Y, por mucho que quisiera darte alojamiento a cambio de trabajo, no puedo permitírmelo.

-Y a mí jamás se me ocurriría pedirte.

Leo se preguntó cómo reaccionaría Brianna si supiera que él podía comprar su pub en un abrir y cerrar de ojos si quisiera. Se preguntó qué diría ella si supiera que había una persona en concreto de la que quería que le hablara.

-No, a cambio solo te pido que me ayudes, que me des ideas para el libro. Además, si no te molesta que te lo diga, creo que necesitas un día de vacaciones.

La idea de estar sentada con los pies en alto durante un par de horas era como la promesa de un banquete para un muerto de hambre.

-Puedo trabajar y hablar al mismo tiempo -concedió ella-. Y no me vendría mal que alguien me echara una mano.

## Capítulo 2

Nevaba copiosamente cuando Brianna se despertó a las seis de la mañana siguiente. Los días así, el disfrute que le proporcionaban la paz y la tranquilidad se veía mermado por el hecho de que prácticamente no tendría clientela. Pero le consoló la idea del desconocido que dormía en la habitación de debajo de la suya. Leo. No había regateado con el precio de la habitación y, la noche anterior, le había pagado generosamente el bocadillo. De ese modo, compensaba parte del dinero que iba a perder.

Y, además, contaba con la inesperada aunque transitoria compañía de otra persona dedicada a las artes. Conocía a la mayoría de los hombres de su edad en el pueblo, y ninguno de ellos tenía tendencias creativas a la vista.

Cerró los ojos y se permitió el lujo de pensar en él, solo unos minutos. Al recordar la forma en la que esos ojos negros la habían seguido mientras limpiaba las mesas y charlaba, sintió que le subía un calor intenso por el cuerpo, igual que la llama de un fuego.

Hacía años que no tenía novio.

La aparición del desconocido le había hecho recordar el estancamiento de su vida amorosa después de la desastrosa relación con Daniel Fluke en la universidad. Por aquel entonces, había creído estar enamorada.

Daniel lo había tenido todo: guapo, cabellos castaños, sonrientes ojos azules y un encanto que le hacía ganar montones de admiradoras. Pero solo había tenido ojos para ella. Habían estado juntos casi dos años. Daniel había ido a conocer a su padre, se había sentado en uno de los taburetes del bar y había hablado con él mientras tomaban unas cervezas. Daniel estudiaba Derecho, y parecía seguro respecto al rumbo que quería que tomara su vida. El padre de él era un juez jubilado y la madre una abogada de Londres. A pesar de ser ambos de Dublín, de familias de la aristocracia, se habían mudado a Londres cuando Daniel era pequeño.

Al pensar en ello detenidamente, Brianna se daba cuenta de que siempre habían pensado que debía dar gracias de que Daniel se hubiera fijado en ella. Un chico como él podía salir con cualquier chica que se le antojara. Pero, en aquellos años, ella había estado pensando en las nubes. Había estado convencida de que su relación era duradera. Incluso ahora, años después, le dejaba mal sabor de boca recordar cómo había acabado todo.

Había vivido un sueño durante unas vacaciones en Nueva Zelanda tras el fin de carrera, todos los gastos pagados. Le causaba estremecimientos pensar en la facilidad con la que había aceptado tan generosa invitación. A su regreso a Irlanda, se había encontrado con su padre seriamente enfermo y, en ese momento, había cometido el error de suponer que Daniel iba a acudir en su ayuda, a apoyarla en aquellos momentos difíciles.



-No, me resulta imposible -le había dicho él-. No puedo ir a estar contigo, voy a empezar a trabajar en Londres...

Brianna le había comprendido. Había esperado verle los fines de semana. Su padre iba a ponerse bien, había pensado, prefiriendo malinterpretar la seriedad del pronóstico de los médicos. Y, cuando su padre se recuperara, iba a volver a Londres, con Daniel. Vivirían juntos. E iba a conocer a la familia de Daniel, al hermano del que tanto hablaba y a su hermana, que estaba en un internado en Gloucester; y, por supuesto, a sus padres, que no parecían parar durante mucho tiempo en ningún sitio.

Había apostado por un futuro imaginario. Habían estado juntos en la universidad y lo habían pasado bien. Pero... ¿un futuro juntos?

La expresión de embarazo y horror en el rostro de él lo había dicho todo, pero ella, como una tonta, le había pedido explicaciones. Y él se las había dado con creciente frialdad: vivían en mundos distintos, ¿cómo había podido creer ella que acabarían casándose? ¿No se daba por satisfecha con unas vacaciones a gastos pagados en Nueva Zelanda? El debía casarse con una mujer de su clase, ella debía dejarle en paz y seguir con su vida...

Sí, Brianna había seguido con su vida, pero aquel momento de su vida había echado raíces en lo más profundo de su ser. ¿Por qué si no nunca más había vuelto a tener relaciones?

La inesperada aparición de ese desconocido había abierto la caja de Pandora en su cabeza, por mucho que quisiera que se mantuviera cerrada. Y se quedó tumbada en la cama, pensando.

Eran ya las ocho cuando bajó al bar. Paró en seco delante de la puerta de la cocina al ver que Leo ya estaba allí; al parecer, como si estuviera en su casa. Se había preparado una taza de café y lo bebía delante de un portátil, que cerró nada más verla.

-Espero que no te moleste que me haya hecho un café -dijo Leo, echando la silla hacia atrás y cruzando los brazos detrás de la nuca-. Suelo levantarme temprano.

Se había levantado a las seis y había trabajado bastante, aunque los resultados no habían sido tan fructíferos como había esperado, no había podido dejar de pensar en la mujer que tenía enfrente. Se había dormido pensando en esos deslumbrantes ojos verdes y, menos de cinco horas más tarde, se había despertado con una erección.

Le interesaba lo que ella pudiera contarle sobre su madre, si sabía algo, pero no quería que ocurriera nada más.

-Has estado trabajando -Brianna sonrió con timidez.

La presencia de ese hombre afectaba sus sentidos a la luz del día tanto como la noche anterior. Decidió que la actividad era el mejor remedio, y comenzó a llenar el lavavajillas con los vasos que luego iba a llevar al bar. Después, sacó comida del frigorífico para prepararle el desayuno, incluido en el precio de la habitación.

-Sí, así es. Cuando más me cunde el trabajo es por las mañanas.

-¿Has conseguido escribir algo? ¿Te importa si te pregunto sobre qué es el libro? ¿O prefieres no decírselo a nadie?

-Trata sobre las personas y las interacciones entre la gente -respondió él escuetamente. Al momento, cambió de tema-. ¿Sueles levantarte tan temprano?

-Más temprano, hoy me he levantado tarde.

Brianna volvió a llenarle la taza de café y comenzó a cascar huevos, pero dejó la tarea cuando él le pidió que se sentara y que dejara el desayuno para más tarde.

Ella se sonrojó y obedeció hecha un manojo de nervios. Le lanzó una mirada de soslayo y, una vez más, el atractivo y el magnetismo de ese hombre la dejaron sin respiración.

-Llevar un pub da mucho trabajo -aventuró a decir ella con el fin de cubrir el silencio-. Y, como ya te he dicho, lo llevo yo sola, nadie con quien compartir responsabilidades.

-Has elegido una forma muy curiosa de ganarte la vida -comentó él.

-No lo he elegido, me ha elegido a mí.

-Explícate.

-¿En serio te interesa?

-No te lo preguntaría si no me interesase -respondió Leo encogiéndose de hombros.

-Mi padre murió inesperadamente. Aunque quizá no fuera tan sorprendente, pero yo no había notado nada. Yo estaba en la universidad, no venía a casa con la frecuencia que debía, y mi padre no era dado a quejarse.

A Brianna le sorprendió la facilidad con la que había confesado el sentimiento de culpa que la angustiaba desde la muerte de su padre. Notaba que Leo la escuchaba con atención, lo que era halagador al tiempo que enervante.

-Mi padre dejó muchas deudas al morir -continuó Brianna, y parpadeó para contener la amenaza de lágrimas-. Creo que empezó a descuidar el negocio según enfermaba. El director de la sucursal bancaria se mostró bastante comprensivo con mi situación, pero tuve que hacerme cargo del pub y trabajar mucho con el fin de pagar las deudas. No conseguí venderlo, aunque lo intenté durante un tiempo. En verano, el negocio va bien, ya que viene mucha gente de fuera a pescar, a hacer senderismo y a disfrutar del paisaje. Pero es un negocio de temporada y, además, la situación económica del país no es muy boyante. A ti te debía de ir bien para poder permitirte dejar tu trabajo, ¿no?

Leo sintió una punzada de remordimiento e ignoró la observación.

-Así que llevas aquí desde la muerte de tu padre -comentó él en voz baja-. ¿Nadie con quién compartir los momentos difíciles?

-No -Brianna se puso en pie bruscamente-. Y ahora será mejor que me ponga a trabajar. Está nevando y parece que el tiempo va a empeorar aún más, lo que significa que no voy a tener clientela. No obstante, el pub va a estar abierto por si a algún alma en pena se le ocurre aparecer.

Había habido un hombre en la vida de Brianna y había acabado mal, pensó Leo con certeza. Se preguntó quién sería. Algunos abandonaban a sus parejas en los momentos difíciles. Sintió una repentina cólera hacia la misteriosa persona que había abandonado a aquella mujer. Pero, con rapidez, se recordó a sí mismo que no había ido allí para ayudar a nadie, sino para socavar información.

-Si en serio quieres ayudar, podrías despejar de nieve el camino de entrada al pub, por si a alguien se le ocurriera venir. Aunque lo dudo -Brianna se acercó a la ventana y frunció el ceño-. Si el tiempo no mejora, ¿qué vas a hacer?

Brianna se volvió de cara a él.

-Mejorará -respondió Leo-. No puedo quedarme aquí mucho tiempo.

-Siempre podrías hablar de una tormenta de nieve en tu libro.

-Sí, podría -respondió Leo poniéndose en pie también-. Bueno, voy a ver si puedo despejar el camino. Por cierto, tienes que decirme dónde están los utensilios.

-Los utensilios consisten en una pala y unos sacos de arena para echar en el suelo -contestó ella sonriendo.

-¿Este trabajo lo haces tú también cuando nieva? -preguntó Leo ya con la pala en la mano y la puerta del pub abierta.

Leo pensó en su última novia, una modelo que no poseía botas de goma y que solo se acercaba a la nieve si cubría una pista de esquí en Val d'Isere.

-Solo cuando creo que va a servir de algo. A veces, después de pasarme dos horas despejando el camino, la nieve vuelve a cubrirlo en cuestión de minutos -respondió ella-. A propósito, con esos vaqueros no vas a poder hacer nada, se te van a calar en un momento. No has traído pantalones impermeables, ¿verdad?

Leo lanzó una carcajada.

-Lo siento, pero no. Voy a tener que quedarme con los vaqueros. Si se empapan, los colgaré delante de la chimenea que hay en la zona de estar.

Leo se puso a trabajar. Era un hombre fuerte, aunque no estaba acostumbrado a luchar contra los elementos. No se encontraba en la aséptica comodidad del gimnasio de lujo al que iba, sino en medio de la naturaleza. Y, al cabo de una hora y media, descubrió que el pequeño avance que había logrado despejando el camino se veía truncado por la creciente nevada.

No llevaba guantes y casi no sentía las manos de lo frías que las tenía. Pero, qué demonios, se encontraba bien. De hecho, se había olvidado del motivo que le había llevado a aquel pueblo perdido. Estaba plenamente centrado en la tarea que tenía a mano.

El paisaje estaba completamente cubierto de un manto blanco. El pub estaba algo distanciado del resto del pueblo, rodeado de campo. Hizo una pausa y, apoyándose en la pala, clavada en el suelo, se le antojó estar mirando al infinito. La paz y la tranquilidad que sintió le sobrecogieron.

Pasó allí una hora más, decidido a que la nieve no pudiera con él; pero, al final, se rindió y regresó al calor del pub. Allí, le recibió un exquisito olor a comida procedente de la cocina.

-He luchado contra la nieve y... la nieve ha ganado -anunció Leo como un

guerrero después de una partida de caza-. Huele muy bien.

-No suelo preparar almuerzos para los huéspedes.

-Se te pagará con creces por tus esfuerzos -anunció Leo-. Bueno, ibas a hablarme de la gente que vive por estos alrededores -le recordó él.

-No hay mucho que contar -Brianna le miró, y los latidos de su corazón se aceleraron-. Vas a tener que cambiarte de ropa, estás empapado. Si me das la ropa que llevas, la pondré delante de la chimenea de mi guarida para que se seque.

-¿De tu guarida?

-Sí, es la parte del edificio que es mi casa -Brianna se apoyó en el mostrador de la cocina con las manos a la espalda-. Es pequeña: dos habitaciones, un pequeño cuarto de estar, cocina, baño y un estudio en el que mi padre solía hacer la contabilidad del negocio. Ahí es donde me crié. De pequeña me encantaba pasearme por toda la casa e ir a llevar tazas de té y café a los huéspedes. Había más visitantes por aquellos tiempos.

Ella parecía encantada rememorando el pasado, pero, en lo que a él se refería, era la clase de vida que le hubiera vuelto loco.

Y, sin embargo, aquella podía haber sido su vida también, una vida en la que todo el mundo se conocía. Ni siquiera habría tenido el lujo de un pub en propiedad. Seguramente se habría criado en una especie de cueva y con una madre yonqui porque... ¿quién si no le habría abandonado al nacer?

-Podría dejarte algunas de las camisas de mi padre. Las dejaré delante de la puerta de tu habitación. Y, si quieres, dame los pantalones que llevas para que los lave.

Diez minutos más tarde, Brianna llamó a la puerta del dormitorio de Leo. Llevaba unas cuantas camisas de franela y camisetas de manga larga.

Cuando Leo abrió la puerta, ella parpadeó rápidamente al ver sus pies y tobillos desnudos. Y sus fuertes piernas cubiertas de vello oscuro. Y sus estilizados y musculosos muslos... Se le secó la garganta. Ese hombre estaba casi desnudo.

-¿Todo esto para mí?

Brianna salió de su trance y se lo quedó mirando sin contestar.

-¿La ropa? -Leo arqueó las cejas al ver el rojo de las mejillas de Brianna y sus labios entreabiertos-. Gracias, me va a venir bien. Naturalmente, pagaré por ella.

Leo solo llevaba puestos unos calzoncillos. Brianna no podía sino contemplar con admiración la perfección de aquel cuerpo: anchos hombros, fuertes brazos, vientre liso y estrechas caderas. Leo se había dado una ducha, testigo de lo cual era la toalla blanca que colgaba de sus hombros.

Brianna se sintió desfallecida.

-Me he quitado también la camisa para que la laves junto con el resto de la ropa, si no te importa -dijo él-. No había contado con enfrentarme a la nieve.

Brianna parpadeó como una tímida y confusa adolescente. Vio que él llevaba en una mano una bolsa de plástico con la ropa que se había quitado y que la miraba con humor.

Claro, naturalmente, pensó ella furiosa. Ese hombre venía de una gran ciudad y ahí estaba ella, jadeante, como si nunca en su vida hubiera visto el cuerpo de un hombre, como si le considerara un regalo del cielo.

-Quizá deberías haber contado con ello -respondió ella secamente-. Hay que ser tonto para venir a esta parte del mundo en mitad del invierno sin contar con llevar ropa para la nieve.

Brianna le arrebató la bolsa con la ropa mojada y, a cambio, le dio la que ella le había llevado.

-¿Qué? -¿le había llamado tonto?

-No dispongo de tiempo para hacerte la colada cada dos minutos solo porque no has tenido en cuenta el mal tiempo. Estamos en febrero, y aquí -Brianna apartó la mirada de la agresiva fuerza del tórax de Leo-. Y, si me lo permites, te sugiero que te pongas algo de ropa. Además de no tener tiempo para hacerte la colada, tampoco lo tengo para cuidarte si agarras una pulmonía.

Leo hizo un esfuerzo por recordar la última vez que una mujer le había levantado la voz. No, no se acordaba porque eso no le había ocurrido. No sabía si enfadarse o echarse a reír.

-Entendido -Leo sonrió traviesamente y se apoyó en el marco de la puerta. A pesar de la seriedad del motivo que le había llevado a ese rincón apartado del mundo, se dio cuenta de que se estaba divirtiendo. Justo en ese momento, tenía delante una hermosa irlandesa que, incómoda, lanzaba chispas por los ojos-. Afortunadamente, estoy muy sano. Nunca he tenido una pulmonía y ni me acuerdo de cuándo he tenido la gripe. Así que, no te preocupes, te aseguro que no tendrás que desempolvar el uniforme de enfermera por mí -una interesante imagen acudió a su mente mientras paseaba la mirada por ella perezosamente-. Enseguida bajo. Y, de nuevo, gracias por la ropa.

Brianna seguía ruborizada y confusa cuando, media hora más tarde, Leo se presentó en la cocina. En la zona del bar, había preparado una mesa con servicio para una persona.

-No supondrás que voy a comer solo, ¿verdad? -declaró él.

Brianna, rápidamente, se dio media vuelta, dándole la espalda al puchero de sopa que había estado preparando.

Sin darle tiempo a contestar, Leo se puso a buscar los platos y lanzó un gruñido de satisfacción al encontrar el mueble de cocina en el que estaban.

-Íbamos a hablar, ¿o se te ha olvidado? Ibas a contarme cosas de la gente de aquí para mi libro. A cambio, haré lo que me mandes. Soy un hombre de palabra.

-No hay mucho que hacer con este tiempo, sigue nevando -admitió Brianna-. He llamado por teléfono a Aidan para decirle que el pub va a estar cerrado hasta que mejore el tiempo.

-¿Aidan?

-Sí, uno de mis amigos. Él hará correr la voz, de eso no cabe la menor duda.

-¿Es Aidan... el cantante de ópera?

-No. Aidan tiene mi edad. Íbamos juntos al colegio.

Brianna sirvió la sopa acompañada de unas rebanadas de pan. Ofreció vino a Leo, pero él se decantó por un vaso de agua.

-¿Es Aidan el que te rompió el corazón? No, no lo creo. No puede ser. El tipo que te rompió el corazón desapareció hace tiempo, ¿verdad?

Brianna se puso tensa. No estaba charlando con un amigo, sino con un huésped del pub, un desconocido que estaba de paso, nada más. Hablar de su vida privada era muy distinto a contar anécdotas sobre la gente del pueblo. Su vida íntima no tenía nada que ver con el libro de ese hombre.

-No creo recordar haberte dicho nada sobre mi corazón. Y mi vida privada no es asunto tuyo. Espero que te guste la sopa.

Vaya, su punto débil. No tenía sentido seguir por ese camino; además, era irrelevante para él. Si sentía curiosidad, era simplemente porque se encontraba en una situación extraña: atrapado en un pub aislado por la nieve y con ella como única compañía. Como no había nadie más, era natural que esa chica despertara su curiosidad.

-¿Por qué no sirves comidas? Sería bueno para tu negocio. Los establecimientos en lugares remotos como este pueden acabar llenos de gente si la comida es buena -Leo dudaba que aquel establecimiento hubiera cambiado mucho en años. Pero eso tampoco era asunto suyo-. En fin, si no quieres hablar de ti misma, lo comprendo.

-¿Por qué no me cuentas algo de ti? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

-Si estuviera casado y con hijos, no andaría por aquí intentando escribir un libro -nunca había pensado en el matrimonio ni en tener hijos. Apartó el plato, ya vacío de sopa, hacia un lado y se espatarró en la silla, hacia un lado, para poder estirar bien las piernas-. Háblame del tipo al que le gusta cantar.

-¿Por qué dejaste tu trabajo y decidiste dedicarte a escribir? No debió resultarte fácil dejar un trabajo fijo por algo que podrá dar frutos o no.

Leo se encogió de hombros mientras se decía a sí mismo que, en este caso al menos, el fin justificaba los medios; además, ella no iba a poder descubrir su mentira. Sería para Brianna un enigmático desconocido que, al marcharse, lo hizo llevando consigo una serie de divertidas anécdotas. Hablaría de él con sus amigos durante una semana como mucho.

-A veces hay que arriesgarse en la vida -murmuró Leo con voz suave.

Hacía mucho tiempo que Brianna no se arriesgaba. La última vez que lo había hecho, con Danny, el fracaso había sido espectacular. Llevaba una vida rutinaria y se había convencido a sí misma de que era eso lo que quería.

-Unas personas son más valientes que otras respecto a esa clase de cosas -murmuró ella.

-¿Y tú no eres valiente?

Brianna se levantó para limpiar la mesa. No sabía a qué se debía ese repentino deseo de hablar de su vida con él. ¿Sería acaso porque, al margen de su atractivo físico, ese hombre se dedicaba al arte? ¿O era porque le daba la impresión de que él la comprendía? ¿O se debía simplemente a que era una mujer sola y

deseosa de confiarse al primero que mostraba el menor interés?

La cabeza le daba vueltas. Tenía calor, se sentía confusa y, cuando Leo le agarró una muñeca, se quedó perpleja. La sensación de los dedos de él en su piel era electrizante. Hacía mucho tiempo que un hombre no le provocaba semejante reacción. Era como volver a la vida. Quería apartar la mano y, al mismo tiempo, deseaba el contacto físico con él.

Bruscamente, Brianna volvió a sentarse porque las piernas le temblaban. Leo la soltó.

-Es difícil lanzarse a la aventura cuando se tienen compromisos -murmuró ella con voz temblorosa. No podía apartar los ojos del rostro de Leo, se sentía hipnotizada-. Tú no tienes que rendir cuentas a nadie y, probablemente, has ahorrado dinero suficiente para hacer lo que quieras. Yo, por el contrario, económicamente, estoy empezando a salir adelante, pero no puedo irme a ninguna parte todavía.

Brianna notó que se había inclinado hacia delante, hacia él, como si Leo fuera un imán.

-Bueno, creo que debería ponerme a limpiar -declaró ella agitadamente.

-¿Por qué? Creía que habías decidido cerrar el pub.

-Sí, pero...

-Debes sentirte sola aquí, tan aislada.

-No, en absoluto. Tengo muchos amigos.

Sus mejillas se habían encendido. No, no tenía tiempo para salir con sus amigos, ni siquiera disponía de tiempo para dedicarse al arte como hobby. No le gustaba nada la impresión que Leo estaba sacando de ella. Decidió ignorarlo y pensar únicamente en que él era solo un escritor a la caza de material para su libro. Leo no estaba interesado en ella a un nivel personal.

-¿Voy a aparecer en tu libro como una triste solterona? -Brianna lanzó una temblorosa carcajada y recuperó la compostura-. Creo que te interesarían más algunas de las peculiares personas que viven aquí.

Logró ponerse en pie, necesitaba distanciarse de él. No podía permitir que un desconocido que estaba de paso le afectara de esa manera. Muchos hombres se le habían insinuado, a algunos de ellos los conocía desde pequeña, otros habían sido amigos de amigos. Había charlado y gastado bromas con ellos, pero ninguno, absolutamente ninguno, la había hecho sentirse así. Era como si le faltara el aire, como si no pudiera respirar, cuando él se le acercaba.

Se ocupó en recoger la mesa, insistiendo en que él se quedara sentado en vez de ayudarla. Empezó a hablar de las tormentas de nieve, del pueblo, de la gente. Le habló de un padre que, aislados por la nieve en una ocasión, hizo de matrona en el nacimiento de uno de sus hijos. Le habló de la vez que un equipo de rugby tuvo que pasar dos noches en el pub a causa de una nevada. Le habló de otras muchas peripecias a causa del mal tiempo.

Leo la escuchó educadamente. Sabía que debía prestar más atención a lo que ella decía, pero estaba ensimismado con la gracia de los movimientos de aquella

mujer mientras recogía cacharros y los ponía en su sitio evitando mirarle a él.

-La verdad es que todos nos ayudamos cuando el tiempo es verdaderamente malo -estaba diciéndole ella al tiempo que se volvía brevemente para mirarle-. Supongo que eso no pasa con mucha frecuencia en Londres.

-No -respondió Leo ausentemente.

Los pequeños pechos de Brianna se dibujaban bajo el tejido del jersey, y él se preguntó si llevaba o no sujetador.

Estaba tan perdido en las imágenes que conjuraba su imaginación, que casi se le escapó el nombre que ella acababa de pronunciar. Cuando se dio cuenta, se puso tenso y los latidos de su corazón se aceleraron.

-Perdona, no he oído bien lo último que has dicho -interrumpió Leo en tono de no darle importancia.

Pero estaba tenso. Tenso y a la expectativa, mientras esperaba a que Brianna repitiera lo que había dicho, lo que él, estúpidamente, se había perdido.

-Te estaba diciendo, simplemente, que aquí nos ayudamos los unos a los otros. Te estaba hablando de una amiga mía que vive aquí, en el pueblo. Se llama Bridget McGuire...



### Capítulo 3

Al parecer, su madre no era una alcohólica ni una adicta a las drogas como él había supuesto, si lo que le había dicho Brianna era cierto.

Leo flexionó los músculos y se paseó inquieto por el comedor, donde había pasado una hora y media sentado al ordenador, trabajando.

Las circunstancias le habían obligado a seguir una especie de rutina, ya que los planes que había hecho de marcharse de allí en unos días se habían visto truncados.

Llevaba tres días nevando, y así seguía.

Se acercó a la ventana. Fuera estaba oscuro, la única iluminación procedía de las luces exteriores del pub, que Brianna insistía en tener encendidas cuando estaba a oscuras.

Todavía no eran las siete de la mañana. Nunca había necesitado muchas horas de sueño, y ahí podía permitírsele menos que nunca. Era imperativo mantenerse en contacto con la oficina, enviar mensajes y revisar informes sin que ella se enterase de lo que hacía. A las siete y media en punto, apagaría el ordenador y saldría afuera para despejar la nieve que se agolpaba contra la puerta.

Como deporte de invierno era... diferente. Al mencionárselo a Brianna la noche anterior, ella se había echado a reír y le había sugerido construirse un trineo para divertirse, para volver a la infancia.

Leo se preparó una taza de café y pensó en su madre, ingresada en el hospital, recuperándose de un pequeño infarto.

-Debería haber salido la semana pasada -le había confiado Brianna-. Pero los médicos decidieron que se quedara allí debido al mal tiempo y a que no tiene nadie que la cuide.

¿Dónde estaba la mala mujer que había esperado encontrar como madre? Por supuesto, cabía la posibilidad de que lo hubiera sido en el pasado y que se lo hubiera guardado para sí misma. Esa mujer no había pasado su vida entera en el pueblo. ¿Quién sabía qué clase de persona había sido de joven?

Sin embargo, lo que había oído sobre ella contradecía sus suposiciones.

Y la cuestión era que estaba atado de pies y manos por el momento. La nieve no dejaba de caer y, cuando lo hiciera, aún le quedaba por amañar el modo de conocer a su madre. Ella estaba en el hospital todavía y, cuando saliera, estaría muy débil.

Sí, no le quedaba más remedio que esperar. Y, mientras lo hacía, debía seguir fingiendo ser escritor. Y también corría el riesgo de que Brianna empezara a hacerle preguntas sobre su supuesto libro. ¿Tendría que inventarse un argumento?

Pensándolo bien, de todas las ocupaciones que podrían habersele ocurrido, había elegido la peor. Hacía años que no leía un libro. Su lectura se limitaba a libros jurídicos, libros sobre mercados financieros e informes sobre las empresas

que quería comprar.

Aquella tarea que había imaginado sería tan fácil estaba resultando sorprenderle por su complejidad.

Se volvió al oír unas pisadas sobre el suelo de madera.

Y eso, pensó frunciendo el ceño, era una complicación añadida. Brianna empezaba a ocuparle demasiado el pensamiento. Se perdía observándola, pensando en ella, soñando con ella.

No solo Brianna desconocía su verdadera identidad, sino que una relación amorosa fallida la había convertido en alguien sumamente vulnerable. Superficialmente, Brianna era autosuficiente, alegre, decidida y obstinadamente orgullosa. Pero él notaba una vulnerabilidad honda en ella, y la razón le decía que dejara a esa mujer en paz.

El problema era que su libido se negaba a doblegarse a la razón.

-Trabajas demasiado -dijo ella animadamente, a modo de saludo.

A pesar de haberle dicho que no iba a hacerle la colada, se la había hecho. Esa mañana, Leo llevaba los pantalones vaqueros que ella le había lavado el día anterior y una de las camisas de franela a cuadros de su padre.

Leo sabía en lo que había estado trabajando, que no era precisamente la novela que Brianna imaginaba.

-Créeme, antes trabajaba mucho más -respondió Leo, lo que era casi verdad.

Brianna llevaba unos pantalones de chándal color gris, que la hacían más delgada de lo que ya era, y una chaqueta de chándal gris. Era la primera vez que la veía con el pelo suelto, cayéndole por los hombros en una espesa cascada cobriza.

-Supongo que te refieres a esa empresa en la que trabajabas...

Había notado que Leo nunca le hablaba de su trabajo en esa empresa, y ella no le había hecho preguntas al respecto. Debía de haberle costado mucho dejar aquel mundo atrás para dedicarse a la escritura.

-Todavía no me has hablado casi nada de tu libro -comentó ella tímidamente-. Sé que soy muy curiosa y que debe de resultarte muy difícil dejar que nadie vea lo que has escrito hasta no haberlo terminado, pero... debes de haber avanzado mucho, ¿no? Te pones a trabajar muy temprano y he notado que, durante el día, retomas el trabajo de vez en cuando. No parece que te falte inspiración.

Leo pensó en los niveles de inspiración que se necesitaban para dirigir una empresa como la suya: ninguna.

-Ya sabes lo que pasa con estas cosas, uno puede escribir hasta tres capítulos y acabar borrándolos -pensó en el negocio que acababa de cerrar-. Aunque admito que estoy siendo bastante productivo. Y ahora, cambiando de tema, ¿tienes algún libro para prestarme? No imaginaba que iba a pasar tanto tiempo aquí...

Brianna le respondió que había libros en el estudio, y añadió con timidez:

-Por cierto, me gustaría enseñarte una cosa.

Brianna desapareció durante unos minutos y, durante ese tiempo, él se paseó por el cuarto de estar, mirando con gesto ausente la chimenea, al tiempo que se preguntaba si no habría que llenar pronto la cesta de la leña. Se preguntó cuánto dinero iba a perder Brianna con el pub cerrado, y luego sopesó los pros y los contras de pedirle que le dejara echar un vistazo a los libros.

-Bien...

Leo se volvió y caminó despacio hacia ella.

-¿Qué escondes en la espalda?

Brianna respiró hondo y le enseñó uno de los cuadros pequeños que había pintado hacía unos meses, durante el verano, robando tiempo al trabajo. Había pintado a un pescador, de espaldas al espectador, con el lago de fondo. El pescador estaba inclinado hacia delante como si escuchara el sonido de los peces.

-A mí tampoco me gusta enseñar mi trabajo a nadie -le confió ella mientras Leo agarraba el cuadro y lo examinaba con detenimiento-. Lo que quiero decir es que comprendo perfectamente que no quieras hablar de tu libro.

-¿Has pintado tú esto?

-Sí. ¿Qué te parece?

-Me parece que desperdicias el talento que tienes. Deberías dejar el pub.

Leo estaba realmente sorprendido. En su casa tenía obras de arte que había adquirido como inversión. El cuadro de Brianna era lo suficientemente bueno para hacerse hueco en el mercado.

-¿Por qué no intentas vender tus cuadros? -preguntó él.

-Imposible. No podría producir suficiente obra -respondió Brianna con un suspiro de pesar.

Se había acercado a él para contemplar la pintura. Cuando Leo dejó el cuadro encima de la mesa, ella no se movió. De repente, un nudo le cerró la garganta cuando Leo la miró fijamente a los ojos.

Leo, impulsivamente, le acarició el cabello. Nunca había deseado tanto a una mujer, y lo peor era que no sabía por qué. Tampoco era un hombre que reprimiera sus instintos; en él, el deseo iba acompañado de la posesión. Al ver el rostro ruborizado de Brianna, le sorprendió haberse contenido durante tanto tiempo, porque sabía, casi desde el primer momento, que Brianna le deseaba también. Lo había visto en sus ojos, en el nerviosismo de ella cuando se le acercaba.

Leo se sentó en el borde de la mesa y tiró de Brianna hacia sí.

Brianna soltó el aire que había estado conteniendo. Le quemaba ahí donde él la tocaba. Jamás había imaginado llegar a sentir lo que sentía por un hombre al que había conocido apenas unos días atrás. Enseñarle el cuadro demostraba hasta qué punto se fiaba de él. Le gustaba su compañía. Había dejado de recelar de él, había bajado sus defensas.

Leo era simpático e inteligente, tan ocurrente y divertido como trabajador y disciplinado. Entendía de arte, sabía de política y economía, y había viajado mucho. Le había comentado, de pasada, que los viajes habían tenido que ver con su trabajo, pero que apenas había dispuesto de tiempo para hacer turismo. No

obstante, las descripciones de distintos lugares que Leo había visitado la habían cautivado.

En resumen, Leo era completamente distinto a cualquiera de los hombres que había conocido, incluido Danny Fluke.

-¿Qué haces? -preguntó ella con voz débil.

-Te estoy acariciando. ¿Quieres que pare?

-Esto es una tontería.

-No, no lo es.

-Apenas te conozco.

No, Brianna no le conocía. Sin embargo, por extraño que pareciera, ninguna otra mujer sabía tanto sobre él como Brianna.

-¿Qué tiene eso que ver con desear a una persona? -le susurró él al oído al tiempo que deslizaba la mano por debajo su jersey para acariciarle la cintura.

Mientras notaba que la razón la abandonaba, contuvo la tentación de gemir bajo las caricias de Leo. ¿Y qué si él era tan nómada como ella arraigada a su tierra?

Brianna alzó los brazos y, con dedos temblorosos, los colocó en la nuca de Leo y tiró de él hacia sí.

Leo la besó suave, tentativamente. Entrelazó la lengua con la de ella en una erótica danza. Separó las piernas y ladeó el cuerpo de Brianna con el fin de estrecharla contra él para que pudiera sentir la dureza de su erección.

-Si quieres que pare, no tienes más que decírmelo -pero, si Brianna le hacía detenerse, no sabía qué iba a hacer. ¿Darse una ducha a bajo cero? Incluso en ese caso, no estaba seguro de los resultados.

Pero Brianna sentía que no aprovechar la oportunidad que se le presentaba en ese momento le causaría un pesar eterno. Además, ¿por qué permitir que una mala experiencia en el pasado fuera determinante para su futuro?

-Creo que quiero vivir peligrosamente... aunque solo sea por una vez en la vida.

Leo subió las manos por debajo del jersey de ella y le desabrochó el sujetador con facilidad.

Brianna contuvo la respiración y se quedó muy quieta mientras los dedos de Leo se acercaban a sus pequeños pechos. Tembló con las caricias de él. Le deseaba tanto que el cuerpo entero le temblaba.

A Leo le sorprendió que algo que sabía que no deberían hacer le resultara tan perfecto. ¿Se había vuelto loco en aquel lugar y no se había dado cuenta de ello? ¿Era por eso por lo que no podía controlar su libido? La mentira que le había llevado tan lejos, que había cobrado vida como excusa para justificar su presencia allí, pesaba sobre sus hombros.

Decidió no pensar en la posibilidad de que Brianna lo descubriera. No, no sería posible.

-No voy a quedarme aquí mucho más tiempo -Leo necesitaba advertirla de la imposibilidad de una relación más profunda entre los dos, aunque sabía que para evitarlo lo mejor era parar, distanciarse de Brianna-. ¿Estás segura de que

quieres hacer esto con alguien que solo está de paso por aquí?

Brianna, febril, pensó en el último hombre con el que había estado, el hombre con el que había creído que pasaría el resto de su vida, pero que la había abandonado. Esta vez, no iba a albergar falsas ilusiones. Una aventura pasajera, nada más que eso, no iba a engañarse a sí misma. Y era la primera vez que iba a hacerlo... después de Danny, después de la única relación que había tenido.

-No busco nada permanente -susurró ella-. Una vez, pensé que mi relación iba a ser permanente y resultó ser la mayor equivocación de mi vida. Y ahora, deja de hablar.

-Encantado -contestó Leo, ya con la conciencia limpia-. Desde que te conocí tengo ganas de hacer el amor contigo.

Leo le subió el jersey y el sujetador al mismo tiempo.

Durante unos segundos, un ataque de timidez sobrecogió a Brianna. Cerró los ojos y arqueó la espalda, todo su ser deseaba aquel contacto. Al sentir la húmeda boca de él en uno de los pezones, lanzó un gemido y casi perdió el equilibrio. Enterró los dedos en los espesos y oscuros cabellos de Leo mientras este continuaba chupándola hasta hacerla temer desmayarse. Y, cuando Leo la soltó, gimió de frustración y le miró. El corazón le latió erráticamente al verle contemplándole los pechos con la misma concentración con la que antes había examinado el cuadro.

-Quiero verte -dijo Leo con voz ronca.

Le sorprendía la rapidez con la que su cuerpo estaba reaccionando, buscando la satisfacción sexual. Le incomodaba el miembro erecto dentro de los pantalones. Pero no quería precipitar los acontecimientos, y tuvo que cerrar los ojos brevemente y respirar hondo para no perder el equilibrio delante de los desnudos pechos de ella, pequeños y erguidos, con rosados pezones en los que brillaba su saliva.

Brianna le acarició los hombros, anchos y fuertes. Anhelaba tocarle el pecho, bronceado y musculoso.

-No quiero que hagamos el amor aquí -declaró Leo.

Tras esas palabras, Leo la levantó en sus brazos como si no pesara nada y subió las escaleras. En el descansillo, se detuvo vacilante. ¿Su habitación o la de ella? Al final, se decidió por la de Brianna.

Una vez en el dormitorio, la depositó en la cama y le ordenó que no se moviera.

-¿Adónde crees que podría ir? -Brianna rio nerviosa, excitada, y se apoyó en un codo mientras le veía desvestirse.

Con cada prenda de la que Leo se despojaba, crecía su deseo. Al final, tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo varias veces.

La reacción de Brianna era tan maravillosa, tan natural y espontánea, que multiplicó su deseo por ella.

Leo se quitó los vaqueros despacio porque estaba disfrutando viéndola observarle. Le encantó verla jadear cuando se quitó los calzoncillos y avanzó hacia

ella con una erección que demostraba lo mucho que la deseaba.

Brianna consiguió incorporarse hasta sentarse en la cama, la ardiente pasión corriéndole por las venas.

No podía creer lo que estaba haciendo, nunca se comportaba así. Suspiró y gimió cuando Leo se tumbó en la cama. Y, cuando sintió las manos de él bajo sus nalgas, el resto de sus defensas se derrumbó.

-Eres preciosa...

Leo se colocó encima de ella, con las piernas a ambos lados de su cuerpo, y la besó con íntima y exquisita intensidad, lamiéndole los labios, la garganta... haciéndola gemir una y otra vez.

Cada sonido que Brianna emitía, prueba de lo mucho que le deseaba, le demostraba hasta qué punto se había dejado llevar por una fuerza irresistible tan impropia de su forma de ser.

La piel de Brianna era tersa y suave, los pechos eran perfectos, dos erguidos redondeles que casi le cabían en las manos.

Le lamió un pezón antes de sumergirse en el placer de chupárselo, deleitándose en la sensual inquietud de ella bajo su cuerpo, en la forma en la que le hundía los dedos en la espalda, en cómo se arqueaba hacia él con los labios abiertos y el cuerpo tembloroso.

Leo le acarició el liso vientre mientras continuaba disfrutando los pechos, uno y otro, chupándolos. Quería más, pero estaba decidido a ir despacio. Quería saborear al máximo aquel cuerpo.

La hizo separar las piernas suavemente con una mano y notó la repentina tensión de Brianna.

-Sssss -susurró él con voz ronca-. Relájate.

-Hace... mucho tiempo.

Leo alzó la cabeza y, mirándola a los ojos, preguntó:

-¿Cuánto es mucho tiempo?

-No me he acostado con nadie desde... Bueno, hace años -respondió ella, avergonzada.

El tiempo había volado. Había pasado por un fracaso amoroso, había presenciado la muerte de su padre, había sufrido problemas económicos... Y ahora, de repente, estaba ahí, al frente del pub, aunque ya casi superados los problemas económicos. No estaba hundida, aunque tampoco nadaba en la abundancia, y llevaba una vida con demasiadas responsabilidades para su edad.

Leo ladeó la cabeza y la besó en la comisura de la boca. Y reprimió la desagradable idea de que, posiblemente, se estaba aprovechando de ella.

No obstante, había dejado muy clara la situación, y Brianna era perfectamente consciente. Por supuesto, ella no sabía por qué estaba allí ni lo que determinaría su marcha, pero eso no tenía importancia, eran solo detalles. Sí, Brianna sabía lo que se hacía, sabía que solo se trataba de una aventura pasajera, si llegaba a eso.

-Tendré cuidado.

-Gracias. ¿Has... tenido tú muchas novias?

-No soy un monje -respondió Leo y, al momento, introdujo los dedos en el sexo de ella.

El placer enterró toda pregunta que hubiera podido ocurrírsele a Brianna, haciéndola girar a un lado y a otro, haciéndola gemir repetidamente.

Leo podría haber pasado el día entero acariciándola. Bajó un poco hacia los pies de la cama y, colocando una mano en el vientre de Brianna, le acarició con la boca los rizos del sexo. Aspiró su aroma e introdujo la lengua para saborearla. ¿Cómo sabía que era la primera vez que a Brianna le hacían eso? ¿Y por qué le excitaba tanto?

Le lamió el clítoris y, mientras ella gemía y se revolvía, él le separó más las piernas para su deleite.

Brianna nunca había sentido nada semejante. Su cuerpo entero ardía en deseo. Quería que Leo continuara haciendo aquello y, al mismo tiempo, quería que la penetrara. Débilmente, le tiró del pelo, pero no logró nada con ello. Al bajar la mirada y ver la oscura cabeza de él entre sus piernas, casi se desmayó.

¿Reaccionaba así porque había pasado años en relativo aislamiento? ¿Tan falta de contacto humano había estado? Quizá.

Cuando Leo subió por la cama, ella estaba tan cerca de alcanzar el orgasmo que tuvo que cerrar los ojos y apretar los párpados para mantener el control.

-¿Lo estás pasando bien? -preguntó Leo al tiempo que le apartaba un mechón de pelo del rostro.

Brianna enrojeció y asintió. Después, le besó y bajó la mano para agarrarle y acariciarle, y le sintió estremecer.

-Un preservativo... espera... en mi cartera.

Leo rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros, sacó la cartera y de ella un preservativo.

-Vas bien preparado -Brianna suspiró. Naturalmente que iba preparado, era un hombre de mundo-. Sé que te vas a marchar y me parece bien. Pero... necesitaba esto. Y te agradezco que hayas pensado en el preservativo, lo que menos necesito en estos momentos es quedarme embarazada.

-¿No te gustaría tener un hijo con un perdedor como yo? -Leo sonrió traviesamente, ya que esas palabras jamás habían escapado de sus labios

-¿Con un escritor itinerante en busca de fortuna?

-Eh, no es necesario que me insultes.

Leo, protegido con el preservativo, la penetró entonces. Ella sintió un exquisito placer mientras él se movía dentro de su cuerpo.

Cuando alcanzó el éxtasis, tuvo que cerrar los ojos para contener las lágrimas. Le había hundido los dedos en la espalda, y los hundió aún más cuando le sintió alcanzar el orgasmo.

Nunca había experimentado semejante placer. Nunca se había entregado a semejante abandono. Pero era comprensible, ya que con Danny había sido mucho más joven. ¿Acaso los años habían liberado su capacidad para la pasión?

-¿Bueno, qué? -Leo, separándose de ella, se tumbó de lado, de cara a Brianna, y la hizo girar también de cara a él-. Me estabas diciendo que te he venido bien para suplir tus necesidades físicas, ¿no?

-Yo no he dicho eso -murmuró Brianna.

-Pero es lo que has dado a entender.

-Puede que tengas razón. Llevo unos años pasándolo bastante mal. Aunque, a veces, he disfrutado con el trabajo del pub... En fin, no era lo que esperaba hacer con mi vida.

-¿Qué esperabas?

-Casarme y tener hijos, y dedicarme a la pintura.

-Ah. ¿Y los hijos y el anillo de boda habrían sido cortesía del rompecorazones?

-Me dejó.

El abandono de Danny era algo que la había obsesionado durante años. Sin embargo, ahora, ahí, después de hacer el amor con ese hombre, casi no podía recordar el rostro de Danny. Había dejado de ser un ser humano para convertirse en el recuerdo de una equivocación, nada más. Ya no le importaba qué hubiera podido ser de él, y no comprendía cómo había podido afectarle tanto su abandono.

-Salimos juntos durante mucho tiempo -explicó Brianna-. Justo cuando creía que estábamos hechos el uno para el otro, él me confesó que no había sido más que un pasatiempo durante el periodo en la universidad. Mi padre estaba enfermo, y fue entonces cuando descubrí que el hombre del que creía estar enamorada me consideraba solo una diversión pasajera. Al menos, tú has sido honesto desde el principio y has dejado las cosas claras.

-¿Honesto?

-Sí, claro. Me has dicho que te vas a marchar de aquí, que no tienes intención de quedarte. Así que nada de ilusiones. Sí, me gusta tu sinceridad.

-Antes de que me pongas en un pedestal, debería recordarte que sabes muy poco de mí.

-Sé lo suficiente.

-Si quieres que te diga la verdad, no soy tan bueno como me pintas.

Brianna se echó a reír como si no le creyera. Le acarició la cabeza y luego se acurrucó contra él, lo que le provocó un sinfín de placenteras sensaciones que le hicieron endurecer en tiempo récord.

Leo se apartó de ella ligeramente para mirarla muy serio.

-Sufriste un desengaño amoroso. Has pasado años encerrada aquí, nada más que trabajando con el fin de mantener la cabeza a flote. No has tenido novios, ni divertimento. Ni siquiera has podido sacar tiempo para pintar. Y, ahora, me he presentado yo y... Brianna, no soy tu príncipe azul.

-¡Yo no he dicho que lo fueras! -Brianna se separó de él bruscamente, dolida, ofendida, confusa.

-En mi experiencia, las mujeres dicen una cosa pero piensan otra. No voy a quedarme aquí mucho tiempo. Y, aunque viviera en la casa de al lado, no quiero



tener relaciones permanentes.

-¿Qué quieres decir con eso de relaciones permanentes?

-Justo lo que he dicho, así que quedas advertida. No te encariñes conmigo. Lo que hay entre los dos es atracción sexual, simplemente -Leo suavizó su tono de voz-. Esto es algo que nos apetece a los dos en este preciso momento, nada más.

Pero era algo más que eso. ¿Y las conversaciones que habían tenido, los momentos compartidos en intimidad? Algo le impidió hacer la observación. Le resultaba difícil reconocer la repentina frialdad de la mirada de Leo.

-Y deja de tratarme como si fuera una niña tonta -le espetó ella-. Lo fui en una ocasión, y no tengo intención de repetir esa equivocación. Así que, si crees que voy a quedarme colgada de alguien que no quiere pasar su vida en este lugar, es que estás loco. La seguridad es importante para mí. Cuando me enamore de alguien, será de un hombre que quiera sentar la cabeza y que no tenga miedo a comprometerse conmigo. Agradezco tu honestidad, pero te aseguro que no tienes nada que temer. Tu querida independencia no corre riesgo conmigo.

-En ese caso, ¿por qué te estás apartando de mí?

-Porque no me gusta tu tono de voz.

-Mientras sea por cómo digo lo que he dicho... -murmuró él en voz baja.

Entonces, Leo tiró de ella hacia sí, y Brianna trató de rechazarle, pero fue un vano intento, ya que el cuerpo volvía a desearle con intensidad.

Y, cuando Leo le acarició el muslo eróticamente, olvidó la frialdad que había visto en sus ojos hacía apenas unos momentos.

Hicieron el amor despacio, tocándose por todas partes, absorbiendo los gemidos de placer el uno del otro. Ella le saboreó con el mismo anhelo que Leo a ella. Ninguno de los dos parecía poder saciarse del otro.

Más tarde, justo cuando Brianna estaba a punto de quedarse dormida, oyó el insistente zumbido de su móvil, que había dejado cargando en la mesilla de noche. Adormilada, respondió la llamada y, casi al instante, se sentó sobresaltada en la cama.

Leo la observó, notando la repentina tensión de ella.

Cuando Brianna cortó la comunicación, le miró y le dijo:

-¿Te acuerdas de Bridget McGuire, la amiga de la que te he hablado?

Leo, alerta, mantuvo la expresión impassible.

-Sí, el nombre me suena de algo...

-Van a darle el alta en el hospital. Ha habido un accidente en la autopista y necesitan camas, así que la mandan a casa mañana. Se supone que va a dejar de nevar mañana. Se va a quedar aquí.

## Capítulo 4

Cuándo? –preguntó Leo levantándose de la cama.

Se acercó a la ventana y contempló el nevado y gris paisaje. El sol apenas había salido, pero era verdad que la nieve parecía haber aminorado su caída.

Ese era el motivo por el que estaba allí, fingiendo ser alguien que no era. Al llegar, se había preguntado cómo iba a arreglárselas para conocer a su madre en un pueblo en el que todos se conocían. Después de unas cuantas mentiras, el objeto de sus pesquisas se le presentaba en bandeja de plata. ¡Qué curioso era el destino!

Brianna se preguntó en qué estaría pensando Leo.

–De momento, van a llevarla a otra habitación y, si el tiempo no empeora, la van a traer aquí mañana –aclaró Brianna–. Y deja de mirar por la ventana, me estás poniendo nerviosa. ¿Qué te pasa? ¿Qué piensas? Tengo habitaciones suficientes, así que a ti no te va a afectar en nada. No vas a tener que dejar tu habitación, no te preocupes. De hecho, no creo siquiera que notes su presencia. Voy a instalarla en la habitación vacía al lado de la mía con el fin de poder echarle un ojo; y, por supuesto, ella no va a poder subir y bajar escaleras.

Leo sonrió y se apartó de la ventana. Cuando pensaba en su madre biológica lo único que sentía era desdén, cosa que iba a tener que disimular.

Bueno –dijo Leo metiéndose en la cama otra vez–, si vamos a tener visita, será mejor que me pongas al corriente sobre la clase de persona que voy a tener el placer de conocer mañana.

Brianna comenzó a servir el desayuno. ¿Lo estaba imaginando o Leo mostraba un excesivo interés por Bridget? Le había hecho múltiples preguntas sobre su amiga, aunque no le había presionado; en realidad, tampoco había parecido importarle demasiado las respuestas.

Una idea repentina le vino a la mente.

¿Sería que a Leo le preocupaba que la presencia de Bridget le quitara a ella tiempo para estar con él? Le había dejado claro que solo estaba allí de paso y le había advertido en contra de querer algo más. Sin embargo... ¿no estaría desarrollando un sentimiento de posesión respecto a ella inconscientemente?

Por razones que solo Leo debía de saber, tenía fobia a involucrarse emocionalmente con una mujer. Pero... ¿no se debería a la fuerza del hábito? ¿No se debería a un comportamiento automático?

Aunque Leo no quisiera admitirlo, durante los últimos días, habían intimado mucho. Él trabajaba mientras ella hacía la contabilidad del pub, pero aun así pasaban tiempo juntos. Leo incluso había examinado sus libros de contabilidad, lo que la había hecho sospechar que, en alguna etapa de su vida, había sido contable. También la había convencido para que le enseñara todos sus cuadros,

que guardaba en una carpeta grande debajo de la cama, y la había animado a crear una página web en la que exhibir las pinturas. Y ella le había contado cosas de sí misma que nunca había contado a nadie.

Leo, por su parte, le había confesado que su infancia había sido completamente normal: familia de clase media, mentalidad de clase media. Tenían en común ser hijos únicos y huérfanos. Les hacían gracia las mismas cosas y tenían intereses comunes. Con el pub cerrado, disponían de mucho tiempo para conocerse mejor.

¿Temía Leo que la llegada de Bridget significara el fin de lo que compartían?

Con un suspiro, reconoció que, si la ambulancia conseguía llegar hasta la puerta del pub, también aparecerían sus clientes habituales. Tendría que abrir el establecimiento y, por supuesto, dispondría de mucho menos tiempo para estar con Leo.

-He estado pensando -declaró Brianna dándole un plato con bacon, huevos y tostadas. Después, se sentó-. Puede que deje cerrado el pub un par de semanas más, hasta que la nieve se derrita por completo y el camino a la entrada no entrañe ningún riesgo.

Se dijo a sí misma que era una cuestión de sentido común. Además, ¿por qué no iba a poder darse unas pequeñas vacaciones? Desde el verano anterior, que se había permitido el lujo de ir un fin de semana a Dublín con unas amigas, había trabajado sin parar.

Exacto. ¿Por qué no darse un pequeño lujo? Un par de semanas no iban a hacerla más pobre; al menos, no mucho. Y lo compensaría más adelante. Leo había sugerido una página web para promocionar el pub e iba a hacerle caso. También le había aconsejado hacer pequeños cambios, nada espectacular, para poner al día el establecimiento.

Y, si cerraba el pub durante un par de semanas, podrían pasar la mayor parte del tiempo juntos... hasta que Leo desapareciese.

-También sería mejor para Bridget -se apresuró a decir, sin querer analizar hasta qué punto la idea no se debía al deseo de pasar con él el mayor tiempo posible-. Va a necesitar cuidados; al menos, al principio. Así podría cuidar de ella sin tenerme que ocupar del pub al mismo tiempo.

-Supongo que tiene sentido.

-En serio, para ti no va a cambiar nada en absoluto.

-Lo sé, ya me lo has dicho.

-Si me repito es porque quiero que quede claro. Lo que quiero decir es que...

Leo ladeó la cabeza. Brianna se ruborizaba con facilidad.

-¿Lo que quieres decir es que vas a seguir preparándome el desayuno y el almuerzo? ¿Y buscando recetas en libros como una loca para mis cenas? ¿Y... calentándome la cama?

-Yo no formo parte de los servicios a los clientes -le espetó Brianna ofendida-. Pagas por las comidas, pero no has pagado ni un céntimo por mí.

Brianna se levantó y empezó a recoger los cacharros, pero se detuvo al sentir

los brazos de Leo alrededor de la cintura. Miró hacia el frente y vio reflejada la imagen de los dos en los cristales de la ventana, el rostro de Leo enterrado en su cabello. A Leo no le gustaba que se recogiera el pelo, por lo que, los últimos días, se lo había dejado suelto.

Leo deslizó una mano por debajo de su jersey y ella se quedó contemplándolo por el cristal mientras le acariciaba los pechos y le pellizcaba los pezones. La entrepierna se le humedeció, mojándole las bragas.

Sintió la erección de Leo en las nalgas y, cuando entrecerró los ojos, su imaginación voló, deteniéndose en la imagen de Leo tocándola, chupándola. Deseaba que lo hiciera ahí y en ese mismo momento. Le imaginó de rodillas, a sus pies, ella con las piernas separadas...

Leo tenía la habilidad de hacerla dejar de pensar en el momento en que la tocaba, cosa que hacía con la mayor facilidad del mundo.

Le vio subirle el jersey y las manos de él cubriéndole los pechos, masejeándose los, jugueteando con los pezones.

Tembló y volvió la cabeza para que él pudiera besarla.

-Sé que no eres parte del servicio al cliente -murmuró Leo-. Y, solo para que lo sepas, me gustas mucho más que las comidas que preparas.

-¿Insinúas que no soy buena cocinera?

Leo le había desabrochado el botón de los vaqueros, y ella se estremeció cuando le bajó la cremallera. Después, le bajó los pantalones por las delgadas caderas, dejando a la vista las bragas de color rosa pálido.

-Eres una cocinera fantástica -Leo dio un paso atrás para que ella pudiera darse media vuelta y colocarse de cara a él.

-Y tú mientes muy mal.

Leo enrojeció ante la ingenuidad de Brianna.

-No estés tan segura -le murmuró él al oído-. Se te olvida que te he advertido que no soy tan bueno como me pintas.

-Si no lo fueras, no me advertirías de antemano -Brianna, de puntillas, le besó. El cuerpo entero le ardía al anticipar su unión.

En los momentos de pasión, era él quien no olvidaba los preservativos. No quería correr el riesgo de un embarazo que no deseaba, pero eso no significaba que no sintiera nada por ella, que su estilo de vida nómada no estuviera sufriendo un cambio... ¿no?

-Tócame -le ordenó él. Y cerró los ojos cuando Brianna deslizó las manos por debajo de su jersey para acariciarle el pecho. Y respiró con dificultad cuando ella hizo cosas maravillosas con sus pezones.

Leo se sacó el jersey por la cabeza y la oyó suspirar de placer. Mantuvo los ojos entrecerrados y respiró hondo al sentir las manos de ella descender para desabrocharle los pantalones.

Afuera, un pálido sol hacía acto de presencia, rasgando el manto gris de los últimos días. Como un visitante desconocido, se abrió paso en la cocina, iluminando los ricos tonos del cabello de Brianna y su pálida y cremosa piel.

Se quedó inmóvil cuando ella empezó a bajarle los pantalones y los calzoncillos; entonces, subió las piernas para sacárselos y echarlos a un lado.

No pudo contener un gruñido de satisfacción cuando Brianna le lamió la punta del miembro. Estaba tan excitado que hasta le dolía. Y se excitó aún más al bajar la vista y ver la rosada punta de la lengua de ella lamiéndole.

-Me estás volviendo loco... -dijo Leo con voz quebrada mientras enterraba los dedos en los cabellos de ella.

Brianna no contestó. La desnudez de Leo la tenía absorta y su vulnerabilidad, solo manifiesta cuando hacían el amor, era un poderoso afrodisíaco. Se lo metió en la boca, el placer que sentía Leo transmitiéndoselo a ella por invisibles y poderosos caminos. Mientras le chupaba y le acariciaba con las manos, era consciente del temblor del cuerpo de Leo. ¿Cómo lograba él hacerla sentirse tan poderosa y vulnerable al mismo tiempo?

Estaba húmeda, le deseaba tanto, que quería rasgarse la ropa para quedarse desnuda. El jersey, de vuelta en su sitio, le resultaba pesado e incómodo. Lanzó un gemido cuando Leo tiró de ella para levantarla y, obedientemente, alzó los brazos para permitirle sacarle la prenda por la cabeza. El aire fresco acarició sus pechos.

-No me va a dar tiempo a llegar a la habitación -declaró Leo con voz entrecortada mientras ella se quitaba los pantalones.

Leo, apresuradamente, apartó los cacharros del desayuno a un lado de la mesa y sentó a Brianna en ella. Entonces, dio un paso atrás y se quedó contemplando la desnuda belleza de esa mujer: brazos extendidos y unos ojos turbios por el mismo deseo que le corría a él por las venas.

El brillante cabello le caía sobre un pecho, por el que asomaba un rosado pezón. Las piernas, separadas, eran una invitación a la que no podía negarse ni el cuerpo le permitía el lujo de un jugueteo. Cuando Brianna alzó las rodillas, la penetró de un duro empujón; después, la alzó ligeramente y comenzó a moverse dentro de ella hasta alcanzar un furioso ritmo y, sin saber cómo, acabó con ella contra la pared y con las piernas alrededor de su cintura.

El pelo le caía por los hombros y por la espalda en una cascada de sedoso cobre. La sintió en cada poro de su piel, como nunca había sentido a nadie. No lo comprendía, pero le gustaba. Y, mientras continuaba embistiéndola, miró los pequeños pechos que se balanceaban al ritmo de sus cuerpos. Los pezones de Brianna estaban duros e hinchados, su cuerpo entero le excitaba hasta extremos inimaginables.

Alcanzaron el orgasmo al mismo tiempo, los cuerpos unidos, las respiraciones mezcladas.

-Ha sido... indescriptible -Leo la bajó de la mesa y, desnudos, se miraron el uno al otro.

Pero, al empezar a recobrar el sentido, Leo lanzó una maldición mientras se apartaba de ella.

-El preservativo... me parece que se ha rasgado.

Brianna, perpleja, agrandó los ojos. Se acercó a la ropa. Leo parecía

horrorizado. Un espeso silencio les acompañó mientras se vestían.

-No te preocupes. No creo que por una vez vaya a pasar nada. Hay mujeres que pasan meses, incluso años, tratando de quedarse embarazadas -dijo Brianna, más o menos tranquila, ya que su menstruación era irregular.

Leo sacudió la cabeza y se pasó una mano por el cabello.

-Qué desastre.

-¡No voy a quedarme embarazada! Estoy completamente segura de ello. Conozco mi cuerpo. No es para que te pongas así.

Pero sí lo era. Leo era un nómada. Hacía poco que había dejado un trabajo fijo para embarcarse en algo precario e impredecible. Sin embargo, ¿tenía motivos para disgustarse tanto? Sí, claro que los tenía. Para Leo, que ella se quedara embarazada, debía de ser el fin del mundo.

Brianna agarró lo que quedaba en la mesa y lo guardó.

-Perdona, supongo que tienes razón -dijo Leo al tiempo que le agarraba el brazo y la hacía girar de cara a él-. Pero mis experiencias con el sexo opuesto me dicen que...

-¿Qué experiencias? ¿De qué estás hablando?

Leo se interrumpió. El dinero hacía que no se fiara de lo que las mujeres estaban dispuestas a hacer por atraparle, y siempre utilizaba preservativos. Había sido muy mala suerte que este preservativo se hubiera roto.

-¡Debes de creerte un regalo del cielo para las mujeres!

-¿Insinúas que no lo soy? -bromeó él para poner fin a esa momentánea crisis.

Leo sonrió, y se dijo a sí mismo que solo había una posibilidad entre un millón de que hubiera motivos de preocupación.

-Bueno, ibas a hablarme de Bridget -dijo Leo en tono de no darle importancia. Se acercó a la mesa, se sentó y estiró las piernas-. Pero, con malos modos, decidiste exigirme que te hiciera el amor e interrumpiste la conversación.

Brianna se echó a reír. Sus temores se habían disipado en un momento. Todo volvía a la normalidad.

-Creo que te gustará.

Brianna comenzó a poner los cacharros del desayuno en el lavavajillas sin concentrarse mucho en la conversación. Estaba pensando en las ventajas e inconvenientes de mantener cerrado el pub, se preguntaba durante cuánto tiempo podría permitirse ese lujo, y si su viejo coche lograría llegar al pueblo y volver a casa, ya que necesitaba comprar comida.

Leo hizo una mueca de desdén.

-Siempre que alguien me dice, eso ocurre todo lo contrario.

Por primera vez, pensó en su madre biológica de un modo que no era exclusivamente abstracto, que no era una pieza que tenía que colocar en un rompecabezas.

¿Qué aspecto tenía? ¿Era alta, baja, gorda, delgada... ¿Y de quién había heredado él su aspecto nada irlandés? Sus padres adoptivos, ambos, habían sido

de baja estatura y rubios. Él era mucho más alto, de cabello y ojos oscuros y piel color oliva.

Puso freno a su curiosidad, y se recordó a sí mismo que no había ido allí a establecer un lazo de unión con esa mujer, sino a cerrar la incertidumbre del pasado. La ira, la curiosidad y la confusión eran malos compañeros en la vida, y lo mejor era deshacerse de ellos cuanto antes.

-No sé por qué tienes tantos celos, Leo. Bridget le cae bien a todo el mundo.

-Me has dicho que ella no tiene marido, ¿no? -eso era lo que Brianna le había comentado de pasada sin darle más explicaciones.

Leo estaba decidido a sacarle toda la información que le fuera posible, una información que le vendría bien cuando conociera a esa mujer al día siguiente. Reconoció que mucha gente podría considerar cruel utilizar a la mujer con la que se estaba acostando para extraer información, pero él lo consideraba una necesidad, algo inevitable, algo que no tenía nada que ver con que Brianna y él fueran amantes, amantes apasionados.

-Bridget no habla mucho de esas cosas.

-¿No? ¿Por qué no? Tú eres muy amiga suya, ¿no? Entre amigas íntimas lo normal es desahogarse, a mi entender. ¿Hace cuánto la conoces? ¿Eran tus padres amigos de ella?

Brianna lanzó una carcajada.

-¡No, en absoluto! -Brianna miró alrededor de la cocina para ver si estaba todo recogido-. Bridget vino aquí hace relativamente poco.

-Vaya... -murmuró Leo-. Tenía la impresión de que era un valioso y respetado miembro de la comunidad.

Casi se echó a reír. ¿Un valioso y respetado miembro de la comunidad que se deshace de su hijo como si fuera basura?

-¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? -añadió Leo.

-Ocho años como máximo.

-¿Dónde vivía antes?

Brianna le miró con curiosidad, pero, cuando Leo le sonrió, la pregunta que había estado a punto de hacerle se le olvidó.

-Haces muchas preguntas -murmuró ella.

Leo le hizo una señal para que se acercara, y ella le obedeció. Al momento, se vio entre los brazos de Leo.

-Como ya te he dicho en varias ocasiones, soy bastante curioso -Leo aspiró la fragancia floral del cabello de Brianna y, durante unos segundos, se olvidó de todo-. No deberías haberte puesto el jersey. Me gusta verte el pecho, es perfecto...

-¡Y yo tengo que hacer unas llamadas telefónicas ahora que he decidido tener el pub cerrado unos días más! -Brianna le apartó la mano de un zarpazo, aunque lo que más le habría gustado en el mundo sería llevarle al cuarto y hacerle el amor-. ¡Y tú tienes que escribir un libro!

-Preferiría hacer otras cosas...

-Menos mal que Bridget no está aquí. Se quedaría horrorizada.

Leo casi se echó a reír.

-¿Tan puritana es? Todavía no me has dicho de dónde es. ¿Era monja?

Leo salió de la cocina y se dirigió al cuarto de estar, lugar en el que había establecido su área de trabajo. El ordenador estaba apagado y había una pila de libros al lado, libros que Brianna le había prestado. Había empezado a leer dos, y los había dejado tras llegar a la conclusión de que las novelas complicadas no eran para él.

-No tienes por qué ser tan sarcástico -Brianna se acercó a la mesa después de que él se sentara.

Leo había montado su área de trabajo en un rincón del cuarto de estar, de espaldas a la ventana, y había exigido que no le interrumpiera ni se acercara a él mientras trabajaba. Sin embargo, a ella no le parecía que hubieran cerrado la conversación, a pesar de que Leo no le había hecho más preguntas.

-¿Lo he sido?

La oscura y fría mirada de Leo la hizo ruborizarse. Había algo que no entendía, algo que se le escapaba.

-Hace años que conoces a esa mujer...

-Casi siete. Un día se presentó sola en el pub.

-¿Quieres decir que es alcohólica?

-¡No! Había venido a vivir aquí y le pareció que el pub era un buen lugar para conocer gente. Una vez al mes, tenemos en el pub concursos de preguntas y respuestas. Bridget se apuntó. Después de verla unas cuantas veces por aquí, nos pusimos a charlar y nos hicimos amigas.

-¿Y no te dijo de dónde venía? No, claro que no, tú no sabes nada de eso. Y supongo que tampoco sabes por qué vino aquí exactamente, ¿verdad? Es un pueblo demasiado pequeño para una mujer que quiere conocer gente, ¿no te parece?

-Es una comunidad pequeña, y sabemos cómo tratar a los forasteros - Brianna se sonrojó por la elección de sus palabras. Entonces, se apresuró a añadir:- Me daba un poco de lástima. Monté un concurso para mujeres mayores de cuarenta años solo con el fin de que ella hiciera amigas.

Leo comenzó a atar cabos, y la conclusión que sacó era muy parecida a la imagen que se había formado de la mujer que le había traído al mundo. Un nuevo comienzo y una nueva vida para una mujer con un pasado dudoso. Era significativo que nadie supiera gran cosa del pasado de Bridget, ni siquiera Brianna, su mejor amiga quizá.

No había que ser un genio para darse cuenta de que esa mujer albergaba secretos. La información que le había dado Brianna se refería a lo bueno de Bridget, lo que a él no le importaba.

-¿E hiciste todo eso por una mujer de la que no sabías nada?

-¡No necesito saber todos los detalles del pasado de alguien para darme cuenta de que se trata de una buena persona! -Brianna se cruzó de brazos y le miró



furiosa. Debería haberle dejado que se pusiera a escribir en vez de verse envuelta en una discusión que la disgustaba profundamente-. Leo, no quiero pelearme contigo por esto.

-Eres joven. Eres generosa y te fías de la gente. Y vas a albergar en tu casa a alguien cuyo pasado es un misterio.

Leo reconoció una incómoda semejanza consigo mismo: ahí en el pub, fingiendo ser lo que no era. Al instante, dejó de pensar en ello.

-¿Acaso crees que mi amiga puede ser una maníaca asesina disfrazada de mujer encantadora y bastante sola?

Leo frunció el ceño. En realidad, lo que Brianna pensara de Bridget no era asunto suyo, era irrelevante para lo que él pretendía. Sin embargo, no podía evitar un sentimiento de protección hacia Brianna.

Brianna había tenido que abandonar sus sueños y ambiciones, al menos de momento, con el fin de hacerse cargo del negocio de su padre; al mismo tiempo, había sufrido la pérdida de su padre y su novio la había abandonado. Eso había sido suficiente para convertirla en una persona amargada. No obstante, Brianna destacaba por su generosidad y honestidad. Reía mucho, casi nunca se quejaba y ayudaba siempre que podía.

-Cuando la gente se va de un lugar a otro para empezar una nueva vida es, por lo general, debido a que huyen de algo.

-¿Te refieres a la policía?

Leo se encogió de hombros y tiró de ella hacia sí hasta sentarla en su regazo.

-¿Y si tiene que quedarse más de la cuenta aquí? -Leo la hizo moverse hasta sentarla a horcajadas. Entonces, le subió el jersey.

-No digas tonterías -contestó Brianna casi sin respiración-. Y, ahora, será mejor que te pongas a escribir. Yo voy a continuar con la lista de las compras...

Como respuesta, Leo le quitó el jersey y se quedó mirando sus pechos pequeños con evidente satisfacción. Comenzó a lamerle un pezón con la punta de la lengua, un experto probando una exquisita e irresistible ofrenda.

-Bridget tiene una casa pequeña, pero muy bonita -hacer eso en aquel momento, sentada encima de él en medio del pub vacío, era sumamente decadente. Le observó chupándole los pechos como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, sin prisas.

-Sin embargo... va a venir aquí -Leo interrumpió lo que estaba haciendo-. Para que tú la cuides.

Leo tomó uno de los pechos de ella en una mano y se lo acercó a sí mismo, el pezón erguido y palpitante, y lo chupó delicadamente.

-Brianna, puede que te parezca una mujer inofensiva -con un suspiro, Leo apoyó la espalda en el respaldo de la silla y dio un momentáneo descanso al pecho-. Pero... ¿y si Bridget decide que una acogedora habitación en el pub, rodeada de gente y con servicio incluido, es más apetecible que una casa vacía y tener que cocinar por sí misma?

Leo no estaba dispuesto a darle a su madre biológica el beneficio de la duda.

Por lo que él sabía, casi nadie se merecía ese privilegio, mucho menos una mujer con un pasado tan dudoso como Bridget.

Dado que jamás se había sentido posesivo ni inclinado a proteger a ninguna de las mujeres con las que había tenido relaciones, le sorprendió lo mucho que le preocupaba que alguien quisiera aprovecharse de la sonriente chica que tenía sentada encima con el rostro ruborizado y el cabello revuelto.

-Tienes que ser más precavida -murmuró él.

Leo se pasó una mano por el cabello como si Brianna le hubiera llevado la contraria, a pesar de que ella no había pronunciado una sola palabra.

-En ese caso -respondió Brianna en tono de broma-, quizá deberías quedarte un tiempo aquí para asegurarte de que nadie me tome el pelo.

Aquel viaje debería haber llegado a su fin ya, no debería haber pasado más de dos días en el pub. Necesitaba volver a la oficina, había reuniones a las que tenía que asistir y un viaje urgente al extranjero que no podía seguir retrasando indefinidamente.

-Es posible -se oyó decir a sí mismo-. Al menos, por un tiempo...

-Y, si resulta ser una aprovechada, te permitiré que la echés tú -Brianna se echó a reír, como si lo que acababa de decir fuera lo más ridículo del mundo. Después, alzó una mano y le acarició la mejilla.

Leo le rodeó la pequeña cintura.

-Si lo hace, se enterará de lo que es bueno... y de lo caro que le va a salir cruzarse en mi camino -declaró él con una voz que hizo temblar a Brianna.

## Capítulo 5

Había dejado de nevar. El sol había penetrado lo que había parecido el interminable gris espeso del cielo y había transformado el triste paisaje invernal en una escena sacada de una película: un firmamento de un azul radiante y campos del más puro blanco.

La llegada de Bridget se había retrasado un día, en el que Leo se había permitido dejar de hablar de su oscuro y desconocido pasado. Había dejado de advertir a Brianna que tomara precauciones con la mujer que había considerado una buena amiga y casi una madre, ya que esta bien podía estar tratando de aprovecharse de su generosidad y hospitalidad. Estaba seguro de que, al final, Brianna se arrepentiría de haber aceptado cuidar a esa mujer y, sin duda alguna, él se encargaría de zanjar el asunto. Aunque nunca había asumido el papel de defensor de nadie, había decidido hacerlo en esta ocasión.

Londres tendría que esperar un poco más. Estaba logrando arreglárselas por medio de Internet, la tableta y el teléfono. Y, si algo ocurría que exigiera su presencia, podía ir y volver rápidamente.

En realidad, verse atrapado ahí, en ese lugar apartado del mundo, no estaba siendo tan aburrido como había supuesto. No, todo lo contrario, estaba encantado.

Por supuesto, se lo debía a Brianna fundamentalmente.

Leo apartó los ojos de la pantalla del ordenador y clavó la mirada en el sofá, donde ella estaba sentada entre un montón de papeles. El cabello le caía en cascada sobre los hombros y estaba sentada al estilo indio, inclinada hacia delante y se mordía los labios delante de un antiguo ordenador portátil que tenía encima de la mesa de centro.

Solo faltaban un par de horas para que una ambulancia se presentara allí con Bridget. Hasta entonces, iba a disfrutar con Brianna. Cerró el archivo que tenía abierto en el ordenador, se puso en pie, se estiró y flexionó los músculos.

Brianna levantó la vista y, como le ocurría siempre, se quedó mirando a Leo, anonadada con la belleza de su alto y esbelto cuerpo. La cinturilla de los vaqueros le caía hasta media cadera y la camisa que ella le había prestado de su padre le sentaba de maravilla. Llevaba las mangas remangadas y sus fuertes brazos salpicados de vello oscuro la hicieron temblar de placer.

-Deberías comprarte un ordenador -Leo se acercó a ella y echó un vistazo a las columnas de números que brillaban en la pantalla-. Necesitas uno más rápido.

-Y también debería irme de vacaciones a un lugar cálido y lejano... Y haré las dos cosas cuando tenga dinero.

Brianna suspiró y se recostó en el respaldo del sofá, consciente de la mirada de él.

-En fin, quería quitarme el papeleo de encima antes de que Bridget venga. Necesitará cuidados.

Leo le masajeó la nuca. El cabello de Brianna, recién lavado, era suave y sedoso. El viejo y grande jersey color rosa que llevaba la cubría por completo, pero él había descubierto que Brianna no necesitaba llevar prendas que realzaran las curvas de su cuerpo porque su imaginación suplía con creces las deficiencias del atuendo de ella. Una imaginación que le proporcionaba imágenes del desnudo de Brianna y que le tenían en un estado de constante excitación sexual.

-¿Es por Bridget por lo que ha sido necesario ir al supermercado con urgencia?

Leo rodeó el sofá y se sentó al lado de ella después de apartar unos papeles.

-Ya sé que no te parece bien lo que estoy haciendo, sé que piensas que debería dejar que Bridget fuera a su propia casa y que cuidara de sí misma, pero...

-Esta conversación no nos va a llevar a ninguna parte -murmuró él-. Vamos a dejarlo, ¿te parece?

-Te ha gustado ir al supermercado -comentó Brianna, cambiando de tema inmediatamente.

Brianna no quería discutir, no quería ninguna desavenencia con él. Y sabía que la opinión de Leo sobre la huésped que estaba a punto de recibir en su casa no era nada positiva, aunque no llegaba a comprenderlo.

-Digamos que ha sido una experiencia... nueva para mí -Leo no recordaba la última vez que había pisado un supermercado. Pagaba a una persona para que hiciera las compras por él.

-Margaret Connelly acaba de abrir el supermercado. Bueno, en realidad, no es un supermercado.

-Sí, ya lo he notado.

-Es más un... un...

-Un sitio bastante acogedor lleno de cosas dispares, entre las cuales hay comida. Un sitio en el que las coles de Bruselas están al lado de los anzuelos para la pesca.

-Puede que esté organizado de forma algo excéntrica, pero la comida es fresca y todos los productos son locales.

Leo sonrió traviesamente. Entonces, la hizo girar de espaldas a él y comenzó a darle un masaje en los hombros.

-No hace falta que me convenzas, te creo. Pero lo que sí te aseguro es que no voy a permitir que te pases el día en la cocina haciéndole comiditas a esa mujer.

Brianna, relajada por el masaje, esbozó una sonrisa de satisfacción. Secretamente, le produjo un gran placer el tono posesivo en que Leo había hablado.

-El médico le ha ordenado una dieta muy suave.

-Eso da igual. No voy a dejar que te pases el día entero subiendo y bajando las escaleras solo porque ella quiera una taza de té o cualquier otra cosa que se le ocurra.

-Si piensas que soy tan delicada, podrías hacerlo tú.

Leo contuvo una carcajada.

-No se me da bien ese tipo de cosas.

-Y menos en tus circunstancias -dijo Brianna, recordando que, al fin y al cabo, Leo era un cliente y que pagaba por estar allí.

Leo le había dado ya mucho más dinero del que ella le había pedido, muchísimo más, alegando que tenía algún dinero ahorrado porque la empresa le había pagado lo que le debía de antes de dejar el trabajo. Ella no había entendido muy bien esa explicación, pero Leo había insistido en que aceptara el dinero, a pesar de sus protestas: «Tómalo», le había ordenado Leo. «Si no lo haces, me buscaré otro sitio en el que pueda pagar lo que me venga en gana. Y tendré que venir en taxi a verte y gastarme mucho más. No querrás arruinar a este pobre y novato escritor, ¿verdad?».

-¿Qué quieres decir? -preguntó Leo quedándose muy quieto.

-Quiero decir que eres un cliente; por lo tanto, jamás te mandaré a hacer recados. Nunca me aprovecharé de ti de esa manera.

-Pero no te importa aprovecharte de mí en otro sentido, ¿verdad? Confieso que me encanta que lo hagas.

-¿Es que no piensas más que en el sexo? -murmuró ella apoyando la espalda en Leo. Y suspiró cuando él deslizó las manos por debajo de su jersey y comenzó a acariciarle los pechos.

No, el sexo no era lo único en lo que él pensaba. De hecho, aunque siempre había tenido una vida sexual variada y activa, el sexo nunca había sido una de sus prioridades. El sexo y las mujeres habían ocupado un segundo lugar en su vida, siempre detrás del trabajo.

-Despiertas en mí los más primitivos instintos -le susurró él al oído-. ¿Tengo yo la culpa de que tu cuerpo me vuelva loco?

Leo cambió de postura para que Brianna pudiera quedarse medio tumbada encima de él, con la espalda reposando en su torso y el cabello acariciándole el pecho. Sacó una mano de debajo del jersey de ella para apartarle un mechón de pelo del rostro y luego la dejó reposando en la cadera de Brianna.

A Brianna, el cuerpo le respondió como siempre que estaba con él, galopando de excitación. A pesar de haberle acusado a Leo de pensar solo en el sexo, debía aplicárselo a ella también. Se olvidó del proveedor con el que tenía problemas y al que debía llamar sin dilación y se desabrochó los pantalones.

-No, no, no. Vas a tener que hacer algo más que eso, cielo. ¿Cómo esperas que estire la mano hasta ahí?

Brianna rio quedamente. A Leo no le importaba dónde hacían el amor, su falta de inhibiciones la liberaba a ella también, haciéndola entregarse a una pasión como nunca había conocido. No lograba saciarse de él.

Brianna se quitó los pantalones vaqueros, y él lanzó una carcajada.

-Me sorprende que lleves ropa interior tan sencilla con el cuerpo que tienes...

Leo la imaginó con lencería diminuta y de encaje tumbada en la enorme cama de su habitación en su ático de Chelsea.

No sabía cómo se le había ocurrido una idea así, pero era tan gráfica, tan real, que le dejó pasmado.

¿Qué dirección estaban tomando sus pensamientos? La relación entre Brianna y él le hacía disfrutar inmensamente, pero dentro de unos límites. Prohibido lo que pudiera salirse de esos límites.

Ya con la mente más despejada, abandonó toda idea que supusiera a Brianna en su casa. Una locura.

-¿Es así como te gustan las mujeres? -preguntó Brianna como si no le diera importancia a la pregunta. De repente, algo acudió a su mente y, aunque no era el momento apropiado para una conversación seria, no pudo evitar continuar-: ¿Es por eso por lo que has venido aquí?

-¿Qué dices?

Brianna se volvió hasta quedar de costado, aún entre las piernas de él, alzó el rostro para mirarle y respiró su aroma, que siempre lograba nublarle el sentido. Leo tenía la mano posada en su cadera e incluso ese ligero contacto la excitaba. Estaba húmeda, mojada... lo que era una locura, ya que tenía que ultimar unos preparativos antes de la llegada de Bridget.

-Sí, que si es por eso por lo que has venido de Londres.

-No tengo ni idea de lo que estás diciendo.

-Da igual. Bueno, tenemos que arreglar esto un poco -Brianna suspiró-. Bridget va a llegar pronto.

-¿No dijeron que iban a llamar por teléfono antes de salir del hospital?

-Sí, pero...

-Todavía no han llamado.

Después de la preocupante tangente que habían tomado sus pensamientos hacía apenas unos momentos cuando la había imaginado en su casa de Londres, lo que menos quería él en el mundo era una conversación profunda. Quería tocarla, mágico antídoto a pensar. Al fin y al cabo, aquello era una especie de vacaciones, algo sorprendente e inesperado que no había anticipado al emprender aquel viaje.

Le metió la mano por debajo de las bragas y deslizó un dedo hasta la mojada grieta en busca del clítoris. Eso era mucho más entretenido que hablar y mucho mejor que enredarse en el caos de ideas que le habían asaltado poco antes.

Brianna gimió suavemente mientras él continuaba frotándola. Se agitó, suspiró y medio cerró los ojos, respirando con mayor dificultad según se acercaba al orgasmo.

Gritó y arqueó el cuerpo mientras una oleada de placer tras otra la sacudía. Tumbada como estaba, con la espalda sobre el pecho de Leo, no podía verle el rostro, pero sabía que la estaba mirando cuando la hizo alcanzar el clímax y eso lo hizo aún más intenso.

Poco a poco, Brianna volvió a la realidad.

Guardaron silencio durante unos segundos. Leo entrelazó las manos sobre el vientre de Brianna y notó que los dedos le brillaban con el fluido de ella.

-Voy a recoger los papeles y luego me voy a dar una ducha -declaró

Brianna por fin.

Brianna se levantó del sofá y comenzó a recoger los papeles. Sin molestarse en ponerse los pantalones vaqueros, los agarró y se los colgó de un brazo.

Todo se resumía en sexo. Sabía que era una tontería disgustarse por algo que sabía desde el principio que no iba a durar. Se había lanzado a tener relaciones sexuales con él con los ojos abiertos, aceptando la situación tal y como era, que ahora quisiera algo más no tenía disculpas.

Pero... ¿había imaginado por un momento que aquel desconocido la atrajera de esa manera?

¿Se le podía haber ocurrido que la atracción física que sentía por él se transformara en algo más profundo?

Necesitaba más. No quería pensar en el momento en el que Leo se marchara. Se había presentado en su vida y lo que antes había sido una existencia gris y aburrida ahora era un paraíso.

-Nunca me has hablado... -Brianna se encaminó hacia las escaleras cargada con papeles, los vaqueros y las zapatillas de deporte.

A sus espaldas, Leo la seguía con el resto de los papeles.

-¿Nunca te he hablado de qué?

-De todas esas mujeres a las que no parece dar importancia -Brianna volvió la cabeza para lanzarle una rápida mirada-. Esas que llevan ropa interior de encaje...

-¿He dicho yo eso? Porque, si es así, no lo recuerdo.

-No expresamente. Pero no me ha resultado difícil sacar esa conclusión por tus comentarios -Brianna continuó subiendo las escaleras y se dirigió a su zona de vivienda.

Entró directamente en el estudio y dejó los papeles. Leo hizo lo propio, incluido el portátil de ella, más pesado que un tonel y muy viejo.

Con ver la expresión de Leo, Brianna se dio cuenta de que estaba pisando un terreno poco firme, a pesar de que él no se había enfadado ni le había dicho que no se entrometiera en sus asuntos. Pero lo veía en su cara.

-Voy a darme una ducha -dijo ella al tiempo que salía del estudio-. Sola, si no te importa.

Leo frunció el ceño y se pasó la mano por el cabello, pero guardó silencio.

Brianna quería hablar. ¿De qué? ¿De las novias que había tenido? ¿Qué sentido tenía eso? En lo que a las mujeres y a las conversaciones profundas se refería, invariablemente conducían al mismo sitio: un callejón sin salida. No sabía de qué le venía la aversión a una relación seria con una mujer, lo que sí sabía era que a sus padres les habría gustado verle casado y con hijos a los treinta años. Pero no estaba casado y no tenía hijos. Nunca lo había querido. Quizá se debiera a ser hijo adoptado, a saber que la mujer que le había dado vida lo había abandonado.

En cualquier caso, en el momento en que una mujer empezaba a dar muestras de querer romper las defensas que había levantado para protegerse a sí mismo, esa mujer quedaba relegada al pasado.

Se dijo a sí mismo que no le supondría un problema que la relación con Brianna siguiera el mismo curso. Por la expresión de los ojos de ella, estaba convencido de que, fuera lo que fuese de lo que Brianna quería hablar, no era de lencería.

Pensó que sería más fácil poner fin a esa relación porque, fundamentalmente, no estaba basada en su vida real, sino en una especie de dulce y satisfactorio sueño. En uno o dos días, después de conocer a su madre natural y de encontrar respuesta a ciertas cuestiones, se marcharía.

No, no tenía sentido una conversación profunda.

Leo fue al dormitorio, se asomó a la ventana y vio la nieve comenzando a derretirse.

Brianna salió de la ducha unos minutos después. Iba cubierta con una toalla y llevaba el cabello recogido con un pasador. Unas hebras le caían a ambos lados del rostro. Tenía un aspecto joven y vulnerable.

-¿Por qué estás en mi habitación? -le preguntó ella.

-Vale, lo confieso, salgo con mujeres que gastan mucho dinero en ropa interior -dijo Leo malhumorado-. Pero no comprendo qué importancia puede tener eso.

La vio revolver en los cajones, de los que sacó unos pantalones de deportes gastados y una camisa de chándal igualmente vieja.

Brianna sabía que un comentario de pasada se había transformado en una confrontación. No quería entrometerse en la vida de él. Quería comportarse como una mujer adulta: nada de preguntas, ninguna atadura. Desgraciadamente...

Volvió a meterse en el cuarto de baño para vestirse. Al volver al cuarto, le encontró al lado de la ventana con una actitud defensiva y desafiante al mismo tiempo.

-Querías hablar, ¿no? -dijo Leo, en contra del sentido común-. ¿Estás celosa porque he tenido otras amantes? ¿Porque he salido con mujeres que...?

-¿Que no trabajan en un pub, que no viven al día y que no utilizan ropa interior cómoda de algodón? No, no estoy celosa. ¿Por qué iba a estarlo?

-Me alegro. Porque aborrezco los celos.

-¿Te has acostado conmigo por variar?

Brianna respiró hondo y le miró fijamente a los ojos. Leo era guapísimo. La dejaba, literalmente, sin respiración. Y, si le parecía tan guapo, si la dejaba pasmada, ¿por qué no iba a producir el mismo efecto en otras mujeres?

-¡No! Lo que has dicho es una estupidez.

-¿Eso es lo que a ti te parece, una estupidez?

Brianna giró sobre sus talones, salió de la habitación y bajó al bar, poniéndose a hacer cosas sin necesidad.

Leo bajó tras ella y se apoyó en la barra con las manos en los bolsillos. Brianna parecía no tener prisa en continuar la conversación que había iniciado. Cuanto más se prolongaba el silencio, más contrariado estaba él.

Por fin, se acercó a ella y, colocándose delante, la obligó a dejar de colocar



los posavasos y dijo:

-Si hiciera comparaciones, tú ganarías con mucho.

Brianna sintió un estúpido placer.

-Es normal que digas eso, teniendo en cuenta que nos estamos acostando juntos y que te ves obligado a estar aquí.

-¿En serio? A mí me parece que la nieve va a desaparecer pronto.

No se tocaban, pero él podía sentirla con la misma fuerza como si estuvieran desnudos en la cama.

-¿Cuánto tiempo más vas a quedarte? -Brianna se ruborizó y se miró los pies antes de respirar hondo y levantar la cabeza para mirarle directamente a los ojos-. Voy a seguir con el pub cerrado otras dos semanas. Pero me vendría bien saber cuánto más tienes pensado ocupar la habitación... por si se presentara algún otro huésped más.

La oportunidad perfecta para poner fecha a su partida, pensó Leo. Era evidente que la razón por la que Brianna quería averiguar cuándo iba a irse no tenía nada que ver con la posibilidad de una extraordinaria avalancha de clientes. No le gustaba que le pusieran entre la espada y la pared.

-Te he dicho que iba a quedarme unos días con el fin de asegurarme de que esa supuesta amiga tuya no se va a aprovechar de ti -respondió Leo secamente-. No me iré hasta no darme por satisfecha a ese respecto. ¿Satisfecha? No, ya veo que no. ¿Qué es lo que pasa, Brianna? Suéltalo de una vez, así podré irme a dar una ducha y a trabajar un rato mientras tú recibes a tu amiga.

Brianna se encogió de hombros. Notaba que Leo no estaba de humor para responder a preguntas. Quizá aborreciera que le hicieran preguntas, lo mismo que aborrecía los celos.

-¿Has venido aquí para recuperarte de un fracaso amoroso? -preguntó ella directamente al tiempo que le lanzaba una mirada retadora-. Sé que no quieres que me inmiscuya en tus asuntos...

-¿Te he dicho yo eso?

-No era necesario, lo he notado.

-Ah, ya, ahora resulta que me lees el pensamiento -dijo él en tono burlón. Pero sin moverse-. Y no, la respuesta es no. No he venido aquí a causa de un fracaso amoroso.

-Estoy acostándome contigo y sé que esto va a acabar pronto, pero no me gustaría que me utilizaran para compensar... que te hayan destrozado el corazón.

-A mí no me ha destrozado el corazón nadie nunca, Brianna -Leo sonrió traviesamente y le acarició una mejilla con la yema de un dedo.

Justo en ese momento, sonó el móvil de ella y, tras unos segundos al teléfono, Brianna le dijo:

-La ambulancia va a salir del hospital dentro de media hora aproximadamente. Llegará aquí en hora y media. Hay que ir con cuidado por estas carreteras tan pequeñas con tanta nieve.

Una hora y media. Leo apretó los labios. A pesar de que estaba a punto de

conocer a su madre, lo más importante para él en esos momentos era Brianna.

-Todo el mundo sufre alguna desilusión amorosa que otra -continuó ella, volviendo a lo de antes.

-Yo soy una excepción a la regla.

-¿Nunca te has enamorado?

-Lo dices como si fuera algo inconcebible. Pero no, nunca. Y deja de mirarme como si fuera un perro verde. Además, después de lo que te hizo ese tipo con el que creías que ibas a pasar la vida, ¿me vas a decir que te alegras de haber estado enamorada?

Leo se apoyó en la barra del bar y se quedó mirando a Brianna. Se había acostumbrado a los vaqueros y las camisas de franela del padre de ella, de las que parecía tener un buen surtido, y se preguntó cómo se sentiría otra vez con trajes hechos a medida, zapatos de cuero, corbatas de seda e ir en coche con un chófer llamado Harry. Volvería a su vida: reuniones con gente importante, aviones privados y viajes en primera por todo el mundo.

Ahí, sin embargo, parecía estar viviendo en otro planeta. ¿Era por eso por lo que no le molestaba tanto verse envuelto en esa clase de conversación? ¿Cuándo se le había ocurrido preguntarle a una mujer sobre amores pasados?

-Claro que me alegro -replicó Brianna con firmeza-. Acabó mal, de acuerdo, pero hubo momentos en los que fui muy feliz.

Leo frunció el ceño. ¿Feliz? ¿Qué significaba eso para Brianna? ¿Buen sexo? No sentía la inclinación a hablar de felicidad con ella. Si Brianna prefería recordar los buenos tiempos y olvidarse del sufrimiento del final de la relación, allá ella.

-Muy sano eso de ignorar el hecho de que te estuvieron tomando el pelo durante años. ¿Has vuelto a saber algo de ese sinvergüenza?

Brianna arrugó las cejas mientras trataba de recordar el aspecto físico del sinvergüenza en cuestión.

-No -respondió ella con honestidad-. No tengo ni idea de qué ha sido de él. Por lo que me dijeron unos amigos comunes de la universidad, se marchó a Nueva York para trabajar en un afamado despacho de abogados. Ha desaparecido completamente del mapa. Cuando me dejó, me quedé destrozada, pero eso no significa que no me alegre de haberle conocido y tampoco significa que no espere conocer en el futuro a alguien con quien compartir mi vida.

Mientras decía las últimas palabras, la imagen de una persona con quien compartir su vida asaltó su mente. Medía aproximadamente un metro ochenta y ocho centímetros, era moreno, de cabello casi negro y ojos castaño oscuros que la hacían estremecer. Y se había enamorado de él como una quinceañera.

No, no, no se había enamorado, era solo sexo, se dijo a sí misma presa del pánico. ¡Hacía años que no se acostaba con nadie! Él había aparecido de improviso, guapísimo y... escritor nada menos. ¿Tan extraño era que le hubiera gustado?

Pero, desgraciadamente, no quería que se marchara.

-Y aquí... ¿no has encontrado ningún posible candidato? -preguntó Leo-. Los jóvenes de tu edad deben de estar haciendo cola...

Sí, había habido alguno que otro que se le había insinuado, pero a ella no le había interesado. Se había convencido a sí misma de que era porque no disponía de tiempo, porque su fallida relación había causado un daño irreparable en lo más profundo de su ser...

Pero eran mentiras. Había esperado a alguien como Leo Spencer: alto, moreno y amenazante.

-En estos momentos, no me interesa tener una relación seria -declaró ella con voz débil-. Ya llegará el momento.

Entonces, suspiró y dijo:

-Bueno, Bridget debe de estar a punto de llegar.

-Falta al menos media hora...

¿Cómo se había podido olvidar de su madre?

-Sí, pero tengo que ir a prepararle la habitación.

-¿No lo has hecho ya?

Sí, lo había hecho. Pero, de repente, sintió la urgente necesidad de escapar a la viril presencia de Leo, de recuperar la compostura y ordenar las ideas.

-Es que quiero echar un último vistazo para asegurarme de que todo está bien -contestó ella secamente.

-Y yo creo que voy a darme una ducha y a hacer algo productivo con mi tiempo en mi habitación -declaró él.

-¡No tienes por qué desaparecer! Eres un cliente que paga, Leo. Puedes bajar y escribir aquí como haces siempre. Bridget y yo no te molestaremos. Además, lo más seguro es que a ella le apetezca descansar un rato.

-Os dejaré en paz -murmuró él-. Bajaré a la hora de la cena. Vas a cocinar para tres, ¿no?

-Sabes perfectamente que sí. Y, por favor, compórtate.

Leo hizo una mueca de burlona indignación y ella, a pesar suyo, le sonrió.

-Ya verás cómo acaba gustándote tanto como a mí.

-Eso ya lo veremos -respondió Leo con una frialdad que Brianna sintió, aunque no lo notó por su expresión.

Pasaban unos minutos de las cinco de la tarde cuando Leo recibió un texto por el móvil de Brianna: cena ligera y temprana, a las seis. Si quería bajar, sería bien recibido. Sentía no haber podido subir a su habitación, pero apenas había dispuesto de tiempo libre desde la llegada de Bridget.

Leo respondió que sí, que bajaría a las seis.

Se sentó en una silla y se quedó mirando la pared. En una hora iba a conocer a su madre natural. Zanjaría ese asunto de una vez por todas y volvería a su vida normal.

Pensó en Brianna, en los ojos de ella mirándole...

Sí, la recordaría, eso seguro. Se conocían de hacía muy poco, pero el tiempo compartido había sido intenso.

Sin embargo, Brianna no era parte de su realidad. Iba a examinar disimuladamente a la mujer que le había traído al mundo, iba a satisfacer su curiosidad y... se marcharía.

## Capítulo 6

La nieve había cesado y los campos ya se veían verdes.

Leo no podía creer estar ahí aún. Había tenido que ir alguna vez que otra a Londres y acababa de regresar después de un viaje relámpago en mitad de la semana para atender unos asuntos urgentes.

Pero la mentira que había inventado para justificar su presencia en aquel lugar cada vez le resultaba más pesada de llevar. No obstante... ¿qué otra cosa podía hacer?

Se puso en pie, se acercó a la ventana y, distraídamente, contempló los campos de la parte posterior del pub. Eran casi las tres de la tarde. En tres horas más, siendo viernes, el establecimiento comenzaría a llenarse con la gente que ya conocía de vista, a algunos incluso de nombre.

¿Cómo algo tan sencillo se había transformado en ese laberinto?

Pero lo sabía. Brianna.

Brianna no se parecía en nada a las mujeres con las que había salido antes de ella. ¿Era por eso por lo que no había podido resistir la tentación de acostarse con Brianna? ¿Se había hecho adicto a su espontánea y natural forma de ser? No lograba mirarla y no desearla. Le atraía como nunca nadie lo había hecho. Por primera vez en la vida, perdía el autocontrol cuando hacía el amor con ella, una droga demasiado fuerte para poder resistirla.

Y además estaba... su madre. La mujer a la que había juzgado sin conocer y que ahora no encajaba en la categoría de persona que le había asignado.

Con un suspiro, se pasó la mano por el cabello y volvió la cabeza para mirar los archivos con informes que aparecían en la pantalla del ordenador y que le exigían una atención que no lograba prestarles.

Pensó en cuando conoció a su madre, en la primera impresión: más menuda de lo que había imaginado y más joven, aunque se la veía cansada y frágil después de la estancia en el hospital. Había supuesto que sería grosera, ya que era lo que había esperado de una mujer que abandonaba a un hijo. Pero después de tan solo una hora en su compañía, se dio cuenta de lo simplista de sus ideas preconcebidas. Algo que no se le había pasado por la cabeza que pudiera ocurrir. Sin embargo, había oído la suave y tierna voz de su madre y, por mucho que había intentado que no le afectara, había llegado a la conclusión de que necesitaba saber más de su vida para poder juzgarla.

Por supuesto, ella no le había dicho nada de importancia. Los tres se habían sentado a cenar aquella primera noche y, mientras Brianna no había dejado de atenderla, Bridget había sonreído cálidamente y había mostrado preocupación por no haber podido atender su huerta.

Bridget le había hecho preguntas sobre su vida. Él la había mirado y se había preguntado de quién había sacado el moreno de la piel y los ojos oscuros. Su

madre era rubia y tenía los ojos verdes. En un momento de la velada, Bridget, con expresión lejana, había murmurado que le recordaba a una persona. Pero él, enseguida, había cambiado de conversación.

Verla, encontrarse con ella, le había hecho sentirse raro, confuso y a disgusto consigo mismo. Se había hecho mil preguntas mentalmente y las había acallado aferrándose a su cólera. Pero los cimientos de tanta ira comenzaron a parecer menos firmes, a no saber qué sentir.

No obstante, nunca había estado a solas con Bridget, solo algunos momentos en los que Brianna había estado ocupada en alguna tarea. A Bridget le gustaba mucho leer, por lo que él tuvo que reencontrarse con la literatura con el fin de no verse desenmascarado en su papel de escritor.

En el último viaje a Londres, había comprado bastantes libros y le había sorprendido descubrir que tanto la lectura de ficción como la no ficción le resultaba más amena de lo que había esperado. Y, al menos, ahora podía hablar de algo que no fueran finanzas.

Lo que no sabía era adónde iba a llevarle todo aquello.

Bajó al piso inferior y se llevó una sorpresa al encontrar a Bridget en la pequeña zona de estar apartada del bar que Brianna le había preparado para cuando quisiera salir de su habitación.

Debido a Bridget, el pub abría menos horas que de costumbre. Él suponía que eso era posible solo porque se trataba de un lugar pequeño en el que todos los clientes eran conscientes de la situación.

-Hola, leo.

Leo se detuvo, inseguro de encontrarse a solas con su madre sin Brianna como intermediaria. Bridget estaba sentada junto a la ventana que daba al jardín posterior y a los campos. Llevaba el cabello recogido y su rostro se veía muy delgado.

-Brianna no ha vuelto todavía -Bridget le indicó una de las sillas frente a ella para que se sentara-. No hemos hablado mucho. ¿Por qué no te tomas una taza de té conmigo?

Leo frunció el ceño, crispado por no saber cómo controlar la situación. ¿Quería hablar con su madre a solas? ¿Por qué, de repente, se sentía tan vulnerable? ¿No había sido por ese motivo por el que había ido a aquel pueblo? ¿No se trataba de conocer mejor a esa mujer?

De repente, se vio asaltado por un violento deseo de preguntarle por qué demonios le había abandonado.

-Creo que tomaré un café solo. ¿Quieres café tú también?

-No, cariño, estoy bien con mi té. Aunque, si no te molesta, podrías echarle un poco más de agua hirviendo a la tetera. Me canso mucho y he pasado demasiado tiempo haciendo cosas hoy. Me he excedido.

Cuando Leo volvió con una taza de café y la tetera llena, dejó ambas cosas encima de la mesa al lado de unas galletas.

-Me alegro de poder charlar un rato contigo -murmuró ella en el momento

en que Leo se sentó a su lado-. Apenas te conozco, aunque sé que Brianna te ha tomado mucho cariño en muy poco tiempo. Lo que es una gran sorpresa, después de...

-¿Después de que el tipo con el que salió en la universidad la dejara plantada?

-Sí, así es. Ha pasado años encerrada en sí misma, sin mostrar ningún interés en el amor. A mí siempre me ha parecido una lástima, teniendo en cuenta lo joven, cariñosa y bonita que es.

Leo se quedó mirando el bastón que apoyaba en el sillón de Bridget y se preguntó qué se sentiría siendo relativamente joven y, a pesar de ello, necesitar la ayuda de un bastón para andar.

-Si no te molesta que te lo pregunte, Bridget... ¿cuántos años tienes?

Bridget le miró con sorpresa.

-¿Por qué lo preguntas?

Leo se encogió de hombros y bebió un sorbo de café.

-Todavía no he llegado a los cincuenta -respondió Bridget con voz queda-. Aunque sé que parezco mucho mayor.

Leo hizo cuentas mentalmente.

-Pero no estábamos hablando de mí, ¿verdad? -dijo Bridget con voz suave.

-Por favor, dame ese capricho -respondió Leo hábilmente-. No me gustan los monólogos y menos hablar de mí mismo sin parar. No olvides que, al fin y al cabo, soy un hombre, y los hombres no somos proclives a confesarnos. Pero... hablemos de ti un momento. En serio, tengo curiosidad. ¿Me has dicho que no llegas a los cincuenta? ¿No eres demasiado joven para haber abandonado la vida de la ciudad por la tranquilidad de un lugar como este?

Leo seguía sin poder creer que fuera tan joven como había dicho. Parecía tener sesenta años.

-Lo que tu llamas «tranquilo» supongo que piensas que es «aburrido», pero para mí es «paz».

-Brianna me dijo que llevas ya unos cuantos años aquí. Debías de ser muy joven cuando decidiste que querías «paz».

Leo no pudo evitar pensar que, aunque de distinto color, había sacado los ojos de Bridget; al menos, la forma y la expresión.

Bridget se ruborizó y, por primera vez, Leo pudo notar su juventud a pesar del rostro cansado.

-He tenido una vida... complicada. La verdad es que no he tenido la vida que esperaba.

-Cuéntame -murmuró él. Entonces, dejó la taza encima de la mesa y, apoyando los brazos en los muslos, se inclinó hacia delante-. Puede que hablar con Brianna te resulte más difícil, dado que esto es una comunidad muy pequeña y... todo acaba sabiéndose.

Leo la vio titubear, los secretos siempre pesaban, y se apresuró a añadir:

-No he querido decir que Brianna fuera a ir por ahí hablando de lo que le

contaras, pero...

-Quizá tengas razón. Además, ¿quién sabe cuánto tiempo me queda de vida? -comentó Bridget en voz baja-. No tengo buena salud, supongo que debido al estrés acumulado durante muchos años. El médico me ha dicho que podría darme otro infarto en cualquier momento y... la próxima vez podría ser fatal -le miró pensativa-. Y, por supuesto, no quiero cargar sobre los hombros de Brianna la historia de mi vida. Es una joven encantadora, pero...

-Yo no soy de aquí, Bridget... -le recordó Leo con intención de animarla a continuar.

-Me crié en un lugar parecido a este -murmuró ella-. Bueno, un poco mayor, pero no mucho. Todos se conocían también. Todas las chicas sabían con qué chico se iban a casar. Yo parecía destinada a acabar con Jimmy O'Connor, que vivía dos puertas más allá de la nuestra. Es más, casi nacimos el mismo día. Pero todo se acabó cuando conocí a Robbie Cabrera. Roberto Cabrera.

Leo se quedó muy quieto.

-¿Español?

-Sí. Su padre había venido a trabajar en una construcción a quince kilómetros del pueblo con un contrato de seis meses. A Roberto le matricularon en el colegio y todas las chicas se volvieron locas por él. Yo, a los quince años, y aunque no lo parezca, era bastante bonita -Bridget suspiró y le miró con una sonrisa juvenil.

-¿Y qué pasó?

-Pasó que nos enamoramos locamente, como solo se puede uno enamorar cuando se es joven e inocente.

-¿Y? -Leo le instó a continuar.

-Y me quedé embarazada. A los quince años. Mi familia, como puedes figurarte, se llevó un gran disgusto. Pero Robbie y yo estábamos locamente enamorados y decididos a estar juntos.

-Embarazada...

-Sí, aunque aún era una niña. Los dos lo éramos. Queríamos criar a nuestro hijo cuando naciera, pero mis padres no lo permitieron.

-¿Queríais criar a vuestro hijo?

-Sí, pero ni siquiera llegué a tener al bebé en mis brazos ni a saber si era niño o niña. Me trajeron de vuelta a Irlanda y volví al colegio; pero, desde ese momento, dejé de querer a mis padres. Tenía tres hermanos menores que yo y ninguno se enteró de lo que había pasado. Siguen sin saberlo. Nuestra familia no volvió a ser lo que había sido.

-¿Y el padre del niño?

Bridget sonrió.

-Nos escapamos. A su padre le renovaron el contrato por dos años más. Nosotros nos fuimos del pueblo cuando teníamos dieciséis años y nos dirigimos hacia el sur. Yo informé a mis padres de nuestro paradero, pero no quería verlos, y ellos jamás me perdonaron lo que había hecho. La verdad es que creo no les



importaba lo que pudiera ser de mí. Robbie mantenía el contacto con sus padres; es más, cuando sus padres se trasladaron a Londres, pasamos varios meses en su casa antes de que regresaran a España.

-Os... escapasteis...

-Robbie y yo fuimos muy felices durante más de veinte años que pasamos juntos... hasta que un coche le atropelló y le mató; el coche se dio a la fuga. Entonces, volví a Irlanda. Por supuesto, no a mi pueblo, sino a otro, y al final he acabado aquí.

-El coche le atropelló y se dio a la fuga... -un sinfín de emociones le sobrecogieron de tal forma que tuvo que levantarse del asiento y se puso a dar vueltas por la estancia.

-No tuvimos más hijos... por respeto al que nos obligaron a dar en adopción.

De repente, sintió claustrofobia y empezó a sudar. Oyó a Bridget decir algo, murmurar de cara a la ventana, perdida en los recuerdos.

Tenía mucho en que pensar. Acababa de oír la historia de su madre y el final no era lo que había esperado. Su madre no encajaba en el estereotipo que había imaginado para ella, no era una irresponsable que le había abandonado sin más. Y, ahora que lo sabía, ¿qué iba a hacer?

Se volvió hacia Bridget, vio que se había quedado dormida y, en ese momento, oyó a Brianna que regresaba.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Brianna antes de cerrar la puerta mirándole con expresión de preocupación-. ¿Le pasa algo a Bridget?

Brianna, que había ido a hacer unas compras, se acercó a él, y Leo, automáticamente, tomó de ella las bolsas de la compra.

-No, no le pasa nada. Se ha dormido -Leo le puso una mano en la nuca para tirar de ella hacia sí-. ¿Te ha ocurrido alguna vez que pensabas una cosa y, al final, te das cuenta de que es completamente diferente a lo que habías creído que era?

A Brianna le dio un vuelco el corazón. ¿Se refería a ella?, se preguntó con ilusión. ¿Trataba de decirle que quería seguir con ella? Le puso una mano en el pecho y la deslizó por la apertura entre dos botones para acariciarle la piel.

-¿A qué te refieres? -susurró ella.

-Quiero hacer el amor contigo -en ese momento, era justo lo que quería.

Leo quería ahogar el clamor en su cabeza haciendo el amor con ella. Con las bolsas en la mano, empujó a Brianna hacia la cocina.

-¡No podemos! -pero ya le estaba acariciando, desabrochándole los botones de la camisa-. Bridget...

-Está dormida.

-Tengo que preparar las cosas para abrir el pub.

-Todavía dispones de media hora más. Te aseguro que... -ya estaban en la cocina y Leo cerró la puerta de un puntapié; después, empujó a Brianna contra la pared-. Se pueden hacer muchas cosas en media hora.

Brianna gimió mientras él le desabrochaba los pantalones y deslizaba la

mano por debajo de sus bragas. Frustrado por no poder mover bien la mano debido a la estrechez de los vaqueros, se los bajó hasta el suelo y ella levantó las piernas para que pudiera sacárselos.

Brianna le hundió los dedos en los hombros y lanzó un quedo grito cuando Leo le movió las bragas hacia un lado para frotarle el pulsante clítoris.

La excitación le había mojado las bragas. Suspiró y parpadeó. Le oyó desabrocharse los pantalones y, al instante, sintió el miembro de él en el vientre.

Era puro sexo, urgente y furioso.

Leo no se molestó en quitarle el jersey, pero sí despojó a Brianna de las bragas. Con premura y manos temblorosas, se metió la mano en el bolsillo, sacó un preservativo y lanzó una maldición nacida de la frustración mientras desgarraba el envoltorio.

Entonces, la penetró. Se movió dentro de ella con violencia y, con intensa satisfacción, la oyó gritar de placer.

Alcanzaron el orgasmo juntos, ambos ajenos al entorno.

Por fin, cuando recuperaron la respiración, Leo dijo:

-No es mi estilo habitual -pero mientras la veía vestirse supuso que, sin ningún problema, podría convertirse en parte de su repertorio.

Brianna le miró y suspiró.

-Bueno... creo que, después de esto, será mejor que me prepare para abrir el pub. Y también voy a ver cómo está Bridget.

Brianna estaba algo distraída cuando fue a ver cómo estaba Bridget, por ese motivo tardó unos minutos en ir al rincón junto a la ventana donde Bridget solía ponerse a leer. No la vio y, tras recorrer con la mirada la estancia, vio el cuerpo inmóvil de Bridget en el suelo, detrás de la butaca, más o menos al mismo tiempo que lo vio Leo.

El susto le impidió reaccionar, le llevó unos segundos asimilar lo que él le estaba gritando mientras examinaba a Bridget:

-Cierra el pub, trae agua y una manta. Y tráeme el móvil que está en mi habitación.

-¡Voy a llamar a una ambulancia!

-Ya lo haré yo. Haz lo que te digo.

Brianna le obedeció.

-Respira -dijo Leo cuando ella volvió con todo lo que le había encargado-. Así que tranquilízate.

Leo agarró su móvil y marcó un número. Brianna no oyó la conversación porque Leo se había acercado a la ventana, de espaldas a ella, y hablaba en voz baja. De todos modos, no le estaba prestando atención. Sujetaba a Bridget mientras le susurraba palabras de aliento y trataba de adivinar qué le había pasado. Le pareció que debía haberse caído y, al hacerlo, se había golpeado la cabeza con una pata de la mesa y había perdido el conocimiento. Pero, como estaba tan débil, podía tener repercusiones.

-Bien -Leo se volvió hacia ella y se metió el móvil en el bolsillo de los

pantalones-. Ya está.

-¿Qué?

-Todo está bajo control. Lo importante es que no se mueva. No sabemos si se ha roto algo al caer.

-Me alegro de que pienses, como yo, que se ha caído. Supongo que es mucho mejor que otro ataque al corazón. ¿Has pedido una ambulancia? Ya he puesto el cartel de cerrado en la puerta del pub.

Leo titubeó un momento antes de contestar.

-No, no va a venir la ambulancia.

Brianna le miró con perplejidad.

-¡Leo, tiene que ir al hospital!

-Te he dicho que lo tengo todo bajo control, y así es. Créeme.

Leo se acuclilló al lado de Brianna y de su madre. Había llegado el momento de la verdad, aunque no había imaginado que fuera a ser así. Desde luego, no le había pasado por la cabeza que acabaría ayudando a su madre.

-¿Que lo tienes todo bajo control? ¿Y no va a venir una ambulancia?

-Lo he arreglado todo para que vuele al hospital Cromwell de Londres - declaró Leo sin más.

-¿Qué?

-La ambulancia aérea está a punto de llegar. Aunque no lo creas, será más rápido que ir en ambulancia normal al hospital local.

Mientras trataba de asimilar lo que Leo le había dicho, Brianna oyó el motor de un aeroplano. Aterrizar no sería problema, aquel lugar era perfecto para que lo hiciera un aparato pequeño. El ruido aumentó y, cuando quiso darse cuenta, todo era actividad a su alrededor.

Se quedó mirando mientras los profesionales se hacían cargo de la situación y transportaban a Bridget al aeroplano.

Entonces, Leo se volvió hacia ella.

-Deberías venir.

-Leo... ¿qué significa esto? -preguntó Brianna mirándole fijamente.

¿Cómo había conseguido que una avioneta fuera allí para llevar a Bridget a un hospital a cientos de kilómetros de distancia?

-No tenemos tiempo para discutir, Brianna. Venga, vámonos.

En el hospital, que más parecía un hotel, Brianna se sintió más confusa que nunca. Tardaron lo que a ella le pareció siglos en examinar a Bridget. Leo parecía estar en todas partes. Ella, por su lado, guardaba las distancias y, entre idas y venidas, la condujeron a una lujosa sala de espera, la invitaron a sentarse, le llevaron un café y le pidieron que se relajara, que todo iba bien.

¿Cómo iba a relajarse? No solo estaba sumamente preocupada por Bridget, también en su mente se agolpaban preguntas sin respuestas acerca de Leo.

Estaba agotada cuando Leo, por fin, apareció. Agarró una silla, la colocó

delante de la de ella y, con aspecto cansado, se sentó.

-Leo, ¿qué pasa?

-Lo principal es que Bridget se va a recuperar. Al parecer, se levantó y, al ir a agarrar el bastón, perdió el equilibrio. Al caer se dio en la cabeza con la esquina de la mesa y perdió el conocimiento. Pero no ha habido derrame cerebral y la caída no le ha afectado al corazón.

-Me sorprende que hayas organizado todo esto cuando podía haber ido al hospital local.

-Brianna... -pero Leo se interrumpió. De repente, no vio cómo justificar las mentiras que le había contado-. Es tarde, necesitas descansar. Y... tenemos que hablar.

-Sí -¿por qué temía tanto oír lo que Leo fuera a decirle?

-Voy a llevarte a mi casa.

-¿Qué? ¿Tienes una casa en Londres? Creía que la habías venido para... para viajar.

Leo sacudió la cabeza.

-Creo que cuando llegues a mi casa... encontrarás respuesta a algunas de las preguntas que debes de haberte hecho.

## Capítulo 7

La primera sorpresa que se llevó Brianna fue cuando, a los pocos minutos de salir del hospital y de que Leo hiciera una llamada, se presentó a recogerlos un Range Rover negro con chófer, que le sostuvo la puerta para permitirle la entrada antes de acomodarse en un lujoso asiento de cuero.

Se hizo un espeso silencio dentro del vehículo, que se prolongó durante el trayecto al centro de Londres.

¿Adónde se dirigían? Leo tenía una casa allí, ¿por qué no se lo había dicho?

-¿Adónde vamos? Has dicho que tienes una casa aquí, pero... ¿dónde?

Leo se volvió en el asiento para mirarla. Qué desastre. No podía echarle la culpa a nadie, era toda suya. Se había portado como un imbécil y ahora iba a pagarlo caro.

Brianna era una chica sencilla de pueblo. Aunque tuviera el valor y la energía para llevar un pub, era muy inocente. Era la clase de mujer que no le convenía. La había deseado y la había poseído. Por supuesto, no la había engañado respecto a sus intenciones; sin embargo, se sentía culpable. Había sido arrogante y egoísta, algo que en el pasado no le había preocupado, pero que ahora le resultaba aborrecible.

Sabía que Brianna, a pesar de no confesarlo, se había enamorado de él. Y él, a pesar de haberle dicho que no quería relaciones serias y permanentes con nadie, había traicionado sus palabras con su comportamiento. No sabía cómo había ocurrido, pero así era. Y había llegado el momento de dejar las cosas claras.

-En Knightsbridge -respondió Leo, a disgusto consigo mismo por las explicaciones que se iba a ver obligado a darle.

-Knightsbridge. ¿El Knightsbridge donde está Harrods, ese Knightsbridge?

Hacía tres años que Brianna había estado en Londres por última vez, pero sabía perfectamente que Knightsbridge era una de las zonas más caras de Londres, si no la que más.

-Sí.

Justo en ese momento, el edificio acristalado donde tenía su dúplex en el ático apareció a la vista, arrogante, exigiendo que se le mirara, aunque nadie podría ignorar su majestuosidad.

Leo indicó el edificio con un movimiento de cabeza y Brianna, siguiéndole la mirada, lanzó un gemido de sorpresa.

-Vivo ahí -le informó él, y la vio empalidecer al instante y abrir los ojos como platos.

El chófer detuvo el coche a la entrada del edificio y Brianna, en unos minutos y apenas consciente de lo que la rodeaba, se encontró dentro de un ascensor y, por fin, en una enorme casa, digno testamento de lo que se podía comprar con dinero.

Con la espalda contra la puerta, vio a Leo encender luces con un mando a distancia y bajar persianas con otro antes de volverse a ella.

Se miraron en silencio. Por fin, Leo dijo:

-Bueno... aquí es donde vivo. Hay cinco dormitorios. Como es tarde, si quieres acostarte, elige el que más te guste; pero si prefieres hablar...

-¿Esta casa es tuya, en propiedad? -Brianna recorrió con la mirada el suelo de pizarra del amplio vestíbulo, las paredes blancas, la oscura madera del suelo de una estancia más allá del recibidor que supuso sería una sala.

-Sí, en propiedad.

Leo se dirigió a la sala. Brianna le siguió y vio enormes cuadros de pintura abstracta en las paredes, lo que parecía la única nota de color en un ambiente blanco: paredes blancas, alfombras blancas y mobiliario blanco.

-Creía que no tenías dinero -dijo Brianna dejándose conducir a un sillón.

Bostezó, y Leo, al instante, le dijo que debería descansar.

-Preferiría que me dieras explicaciones.

-En ese caso, creo que te vendría bien una copa.

Leo se acercó a un mueble y ella miró en derredor suyo antes de que él volviera a su lado y le diera un vaso con un líquido color ámbar.

Leo se sentó a su lado y agitó su copa mientras contemplaba el rostro enrojecido de Brianna. Notó que ella no le miraba a los ojos y le sobrevino una extraña emoción que le hizo sentirse físicamente mal.

-No deberíamos haber tenido relaciones -declaró Leo bruscamente.

Brianna le clavó los ojos.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que... -se llevó la bebida a los labios y dio un buen trago. Nunca había necesitado el alcohol tanto como en ese momento-. Cuando llegué a Ballybay... no tenía intención de tener relaciones con nadie. Ocurrió, pero no debería haber sido así. Por supuesto, la culpa la tengo yo, Brianna.

Un profundo dolor la atravesó. ¿Era ese el mismo hombre con el que había soñado, estúpidamente, un improbable futuro? ¿Un futuro en el que él decidía continuar lo que habían empezado?

-¿Por qué dices eso? -preguntó Brianna, el pesar haciéndola enrojecer.

-Porque me di cuenta desde el principio de cómo eras. Ya sé que dijiste que eras dura y que no querías relaciones serias con nadie, que lo único que buscabas era gratificación sexual, nada más. Y yo elegí creerte porque me gustabas. Elegí ignorar lo que me decía la voz de la razón, que no eras ni la mitad de dura de lo que asegurabas ser.

Incluso en ese momento, que estaba tensa mientras asimilaba lo que él le había dicho, seguía habiendo una blandura y una suavidad en ella que negaba cualquier aspereza.

Súbitamente, Leo no pudo permanecer sentado junto a ella. No soportaba sentir el calor que su cuerpo irradiaba sin que se le desbarataran las ideas.

-Soy bastante fuerte, Leo. Llevo mucho tiempo sola y me las he sabido

arreglar.

Leo se paseó por la estancia como un oso enjaulado. Entonces, vació la copa de un solo trago y dejó el vaso en la mesa de centro de cristal que había entre el sofá y unos sillones.

-Llevas el pub que te dejó tu padre y no te asusta el trabajo, pero yo no me estaba refiriendo a eso y lo sabes muy bien. Desde el principio te advertí que yo solo estaba de paso y, en ese sentido, no ha cambiado nada. Al menos, para mí. Yo... lo siento.

-Lo entendí desde el primer momento, Leo -las mejillas le ardían y las manos le temblaban. Tuvo que agarrar el vaso para ver si así se calmaba-. Lo que no entiendo es esto -Brianna hizo un gesto con la mano indicando la estancia entera, con ventanales del suelo al techo, con pinturas abstractas que valían una fortuna, con aquel mobiliario sin alma e incómodo-. ¿A qué te dedicabas antes de ponerte a escribir?

Leo suspiró y se frotó los ojos. Era tarde para hablar. No le parecía el momento adecuado, pero... ¿iba a encontrar mejor momento que ese? ¿Cuándo, por la mañana? ¿La tarde del día siguiente? No, no había un momento bueno.

-No he dejado el trabajo, Brianna.

-¿Qué?

-Que no he dejado mi trabajo.

-Pero dijiste que...

-Dirijo un entramado complejo y amplio de empresas, Brianna. Soy el jefe. Soy el dueño. Los que trabajan son mis empleados. Por eso es por lo que puedo permitirme esta casa, al igual que otra en el Caribe, un piso en Nueva York y otro en Hong Kong -Leo suspiró-. Vamos, bebe otro trago, te ayudará a calmarte. Siento todo lo que ha pasado, no imaginaba que las cosas llegaran tan lejos... No se me pasó por la cabeza que podríamos acabar aquí sentados hablando de esto.

Brianna bebió un sorbo de coñac y el alcohol le quemó la garganta. Estaba furiosa y le rondaban mil preguntas por la cabeza, pero todas fueron silenciadas por una revelación: Leo le había mentado.

-Así que... no eres escritor, ¿eh?

-No, Brianna. Lo siento.

Brianna no se había echado a llorar y eso hacía la situación más difícil aún.

-Bien... En ese caso, ¿por qué fuiste a Ballybay? -preguntó ella-. ¿Fue porque, de repente, te entraron ganas de descansar de esta casa y de todas las empresas de las que eres dueño? ¿Pensaste que necesitabas ponerte en contacto con la gente normal y corriente?

Brianna lanzó una amarga carcajada tras esas palabras y añadió:

-Pobre Leo. Debió de ser un golpe tremendo para ti acabar atascado en mi pub por la nieve, sin poder salir, despejando con la pala la nieve del camino y ayudando a fregar los platos. ¡Has debido de echar mucho de menos tu coche y tu chófer! Apuesto a que no imaginabas que ibas a pasar allí tanto tiempo.

-El sarcasmo no es propio de ti.

Pero Leo se había sonrojado y le resultaba difícil enfrentarse a la acusatoria mirada de ella.

-Perdona -dijo Brianna con falsedad-. Me resulta muy difícil sonreír y hablar como si no hubiera pasado nada cuando acabo de descubrir que el tipo con el que me había estado acostando es un mentiroso.

-Cosa que no ha aminorado nuestra pasión.

Sus ojos se encontraron, y Brianna sintió una no querida excitación sexual que la hizo cerrar las manos en dos puños de cólera.

-¿Por qué motivo te inventaste esa estúpida farsa de ser escritor? -le espetó ella-. ¿Por qué no dijiste simplemente que eras un rico hombre de negocios que quería pasar unos días en un lugar tranquilo para relajarse? ¿Por qué ese cuento? - Brianna mantenía los ojos clavados en el rostro de Leo, pero aun así era consciente de la perfección de su cuerpo, de los fuertes brazos, de la longitud de sus piernas. Saber cómo era debajo de la ropa no ayudaba-. ¿Y bien?

-Es más complicado de lo que parece...

-¿Qué quieres decir? -preguntó ella, sobrecogida por una especie de mareo, sin poder apartar los ojos de él.

-Fui a Ballybay por un motivo en concreto -siempre en control de cualquier situación que se le presentara, Leo se encontraba a disgusto por no saber qué decir.

Súbitamente, la clínica sofisticación del ambiente le irritó, no era la clase de lugar para tener una conversación tan personal. Pero, de encontrarse en un lugar más cálido y acogedor, ¿le resultaría más fácil? Tenía que conformarse con lo que había. La vida era así. Iba a hacer daño a Brianna, pero ella era joven y se repondría. Además, él no le había prometido nada.

Engañosamente, se dijo a sí mismo que incluso pudiera beneficiarse de la experiencia. Hacía años que Brianna no había tenido relaciones sexuales. Él la había hecho volver a una situación normal con interacción física con un hombre, le había abierto una puerta, acabaría encontrando a un hombre con el que formar una familia...

Esa idea le resultó espectacularmente desagradable. No, no era el momento de especular con esas cosas.

-¿Qué motivo?

-Estaba buscando a una persona -Leo se sentó en el sillón opuesto al de ella con gesto cansado.

-¿A quién?

-Antes voy a contarte algo sobre mí mismo, Brianna.

-¿Y esta vez no vas a mentir?

-Las mentiras eran necesarias; al menos, eso me parecía.

-Nunca es necesario mentir.

-Dejemos eso de momento. Ahora, deja que empiece contándote que me adoptaron de pequeño. La razón por la que fui a Ballybay es porque, hace unos años, averigüé que mi madre natural vivía allí y... tenía que conocerla. No quise hacerlo mientras mis padres adoptivos vivían. Les quería mucho y no quería



hacerles daño por ningún motivo.

Brianna se lo quedó mirando boquiabierta. No entendía nada. ¿Qué era lo que Leo le estaba diciendo? ¿Y cómo podía estar hablando de aquello con tanta tranquilidad, como si fuera lo más normal del mundo?

-¿Eres hijo adoptivo? -fue lo único que Brianna pudo decir.

-Me crié en una zona de gente acomodada a las afueras de Londres, el único hijo de una pareja que no podía tenerlos. Desde el principio sabía que era hijo adoptivo, y la verdad es que mis padres me proporcionaron una infancia que la mayoría me envidiaría.

-¿Y es ahora cuando has encontrado a tu verdadera madre?

-Yo no utilizaría el término «verdadera». Y, si mis padres vivieran aún, no habría ido a conocerla. Como ya he dicho, les debo todo. Si les hubiera dicho que iba a emprender un viaje para conocer a mi madre natural, les habría dado un disgusto.

-Pero como ya han muerto... decidiste averiguar el paradero de tu...

-Su paradero lo conocía desde hacía años, Brianna. Solo estaba retrasándolo.

Brianna se lo quedó mirando. ¿Retrasándolo? Había algo frío en esas palabras.

-Y fuiste a Ballybay y fingiste ser lo que no eras... ¿por?

-Porque era un lugar más pequeño de lo que había supuesto -confesó él-. Quería conocer a esa mujer antes de juzgarla.

-Y, si le hubieras dicho a todo el mundo quién eras y por qué habías ido allí..., ¿qué? -Brianna miró a su alrededor-. ¿Acaso pensaste que necesitabas mantener en secreto tu verdadera identidad porque, si tu madre natural se hubiera enterado de lo rico que eras, habría intentado sacarte dinero?

-No permito que la gente me saque dinero -declaró él con contundencia-. No, no revelé mi verdadera identidad ni el motivo que me había llevado allí porque no sabía qué iba a hacer después de recoger la información que quería.

-¿Cómo puedes hablar con tanta frialdad de un asunto así? Ahora mismo es como si estuviera delante de un desconocido.

Leo se recostó en el respaldo del sillón y se pasó una mano por el pelo. Se estaba sincerando. No estaba escatimando detalles. No obstante, seguía sintiéndose culpable.

-Un desconocido con el que has hecho el amor un sinfín de veces -murmuró él en un tono que traicionaba su aparente frialdad.

-Y ahora me arrepiento de haberlo hecho -declaró Brianna.

-Eso no es verdad. Puedes pensar lo que quieras de mí, pero me has deseado desde el primer momento.

De nuevo, el deseo recorrió el cuerpo de Brianna. Pero no, no quería que la conversación tomara esos derroteros... ahora que el mundo se le venía abajo.

-¿Y has encontrado a... tu madre natural? -preguntó ella con voz tensa.

-Sí.

-¿Quién es?

-En este momento está en el hospital Cromwell.

Brianna fue a levantarse, pero se volvió a dejar caer en el sillón. Le faltaba el aire.

La madre de Leo era Bridget. Bridget McGuire. Y, de repente, empezó a atar cabos. Leo, al poco de llegar al pub, se había enterado de que Bridget era una de sus mejores amigas... ¿Había sido entonces cuando Leo había decidido prolongar su estancia?

Fue un golpe terrible llegar a la inevitable conclusión de que Leo la había utilizado. Había querido averiguar cosas sobre su madre y ella había sido la fuente de información que necesitaba. Para no levantar sospechas, se había hecho pasar por escritor. Y cuando Leo se había sentado delante del ordenador, ella había supuesto que estaba escribiendo un libro. Pero ahora que se había enterado de la magnitud del complejo de empresas de Leo, se daba cuenta de que había estado trabajando, comunicándose con un mundo exterior muy distante del aislamiento de ese pequeño pueblo irlandés que no habría visitado de no haberle parecido necesario.

¿Cómo había sido tan estúpida, tan inocente?

-No sabía que Bridget hubiera tenido hijos. ¿Sabe ella quién eres? -dijo Brianna con voz falta de emoción.

Eso, junto con la ausencia de lágrimas, reveló a Leo el estado emocional de Brianna. Él se merecía lo que le pasaba, no iba a evitar esa difícil conversación.

-No, no lo sabe.

-¿Cuándo vas a decírselo?

-Cuando encuentre el momento oportuno.

-Si querías conocer a tu madre, ¿por qué no te presentaste sin más, revelando tu identidad?

-Porque no sabía qué me iba a encontrar, pero... sospechaba que, fuera lo que fuese, no me iba a gustar nada.

-De ahí tu aversión a que la llevara a mi casa para cuidarla tras salir del hospital -dijo Brianna despacio, sintiendo otra puñalada en lo más profundo de su ser-. Sabías que tenía un secreto del pasado y supusiste que era una pérdida que se iba a aprovechar de mí... e incluso a robarme. ¿Qué ha cambiado?

Leo encogió los hombros. Brianna se puso en pie y se acercó a él. Durante unos segundos, perdió la mirada en la vista de la ciudad a sus pies; no había gente, solo luces y sombras. Después, volvió al sillón e hizo un esfuerzo por relajarse, no quería que viera lo mucho que le había afectado lo que le había dicho.

-Has estado utilizándome todo el tiempo -declaró ella-. Fuiste a Ballybay con una misión, descubriste que las cosas no iban a ser tan sencillas como habías imaginado, porque es un pueblo pequeño en el que todo el mundo se conoce y no ibas a lograr pasar desapercibido, y por eso adoptaste una identidad falsa. Y en el instante en que te enteraste de que yo conocía a tu madre... perdón, a tu madre natural, pensaste que no estaría mal ganarte mi confianza.

Leo apretó la mandíbula. La inexorable conclusión a la que Brianna había

llegado le dejó un mal sabor de boca, pero lo hecho... hecho estaba.

Brianna apenas podía soportar que Leo ni confirmara ni negara lo que acababa de decirle, pero hizo un esfuerzo por mantener la calma, por distanciarse de la situación. Al menos, de momento; después, una vez en su casa, daría rienda suelta a sus sentimientos.

No pudo adivinar nada en la expresión de Leo. ¿Dónde estaba el hombre con el que había reído? ¿Con el que había hecho el amor? ¿Quién era ese implacable desconocido que tenía delante?

¿Y cómo había podido cometer el mismo error otra vez? ¿Cómo se había equivocado tanto y se había fiado de ese hombre? Y esta vez había sido mucho peor que la primera. Nunca había sentido por Daniel lo que había llegado a sentir por Leo, a pesar de pasar mucho menos tiempo con este. ¿Cómo era posible? Lo que había sentido con Leo había sido un millón de veces más profundo que con Daniel.

-Supongo que pensaste que acostarte conmigo era la mejor forma de sacarme información sobre Bridget. O quizá fuera algo que se te ofreció en bandeja de plata -dijo ella con amargura, consciente de que era totalmente cierto. Leo no había tenido que hacer ningún esfuerzo por llevarla a la cama, ella se le había entregado loca de alegría.

-Lo pasábamos bien juntos, Brianna.

-Pero yo no te he utilizado -respondió ella.

-Yo... -¿no la había utilizado? ¿Hasta qué punto no era verdad?-. Eso no significa que lo que había entre nosotros no fuera auténtico.

-Querrás decir que el sexo era auténtico, ¿no? Porque, a parte de eso, no había nada. Se suponía que eras un escritor en busca de inspiración.

La conversación no iba a ningún sitio y menos a una conclusión, así que Brianna se puso en pie y fue a agarrar el abrigo que había dejado en uno de los sillones.

-¿Adónde vas?

-¿Adónde crees tú? Me marcho.

-¿Adónde? Por el amor de Dios, Brianna, tengo un montón de habitaciones en esta casa. Elige la que quieras. ¡No puedes marcharte sin tener donde ir!

Se quedaron mirándose el uno al otro. Leo estaba furioso, pero hizo un esfuerzo por calmarse, tenía que convencerla de que se quedara.

-Brianna, por favor... No puedes irte por ahí, es muy tarde.

Brianna se acercó a la puerta.

-Me voy al hospital.

-¿A qué, Brianna? Ya no son horas de visitas y no creo que te dejen dormir en la sala de espera -Leo se sentía como si le hubieran partido en dos-. Te doy mi palabra de que no me acercaré a ti. Si quieres, te dejo el piso entero para ti, y me iré a pasar la noche a un hotel. Pero no te vayas, por favor.

-Puedes irte o puedes quedarte, Leo, eso a mí me da igual -declaró Brianna con frialdad-. Yo me voy al hospital, pero no a dormirme en la sala de espera, sino

a darle una carta a una de las enfermeras para que se la entregue a Bridget por la mañana, una carta disculpándome por no poder seguir aquí debido a que debo volver al pub.

-¿Y eso... por qué? ¿Por qué tienes que volver al pub de prisa y corriendo? ¿O es que quieres decirle a Bridget quién soy?

-Eso no lo haría jamás, Leo. Y el hecho de que pienses que podría hacerlo solo demuestra lo poco que me conoces. Tan poco como yo a ti -el corazón se le encogió-. Sé que crees que estoy loca por ti, pero no es verdad. Estoy triste porque no sabía que eres un mentiroso y, ahora que lo sé, me alegro de que todo haya acabado. A tu lado, Daniel era un angelito.

Brianna alzó la barbilla, le miró fijamente a los ojos y, sin pestañear, añadió:

-Después de ir al hospital, me marcharé a un hotel barato a pasar la noche, y mañana por la mañana volveré a mi casa.

-¡Esto no es Ballybay! ¡Londres es un sitio peligroso para ir por ahí por la noche en busca de un hotel barato!

-¡Correré ese riesgo! Y, a partir de ahora, no quiero volver a verte nunca, jamás.

## Capítulo 8

Es que no se le había ocurrido que pudiera ser esto, señorita Sullivan?

El médico le insinuó con la expresión que se trataba de una conversación que había repetido muchas veces. Quizá no con una casada. Por aquellas tierras, no se daban mucho los embarazos de solteras.

La cabeza le daba vueltas. Hacía un mes que se había despedido de Leo, y él no se había puesto en contacto con ella, aunque sabía de él gracias a Bridget, que le enviaba mensajes electrónicos con frecuencia y le hablaba de lo feliz que era de haber encontrado a su hijo.

Bridget seguía en Londres, en casa de Leo; allí, le asistía una enfermera las veinticuatro horas del día, gracias a que su hijo podía permitírselo. Leo también le había comprado un nuevo vestuario.

En resumen, Leo era el hijo pródigo que Bridget había creído perdido para siempre.

Lo que Brianna no había logrado averiguar a través de Bridget era si Leo hablaba de ella, si la echaba de menos, si había otra mujer en su vida.

Y ahora aquello.

-No, no se me había ocurrido -respondió Brianna al médico. Embarazada. Habían tenido cuidado... a parte de aquella vez-. Ni siquiera había notado que no había tenido el período el mes anterior.

-¿Y qué va a hacer ahora, Brianna?

Brianna miró al amable y anciano médico que la conocía desde que nació, como a la mayoría de los de su edad en Ballybay y en los pueblos de alrededor.

-Voy a tener a mi hijo, doctor Fallow. No me importa ser madre soltera - declaró ella alzando la barbilla con gesto desafiante.

El médico le sonrió.

-No habría esperado nada menos de la hija de Annie Sullivan. ¿Y el padre?

¿Y el padre...?

La pregunta le obsesionó durante varios días. ¿Leo se merecía saberlo? ¿O no? La había utilizado y luego se había olvidado de ella. ¿Acaso se merecía saber que iba a tener un hijo? Leo había tomado todo tipo de precauciones. Qué ironía del destino que, a pesar de tanto cuidado, ahí estaba ella, embarazada, a causa de un preservativo que se había roto.

Y, si se lo decía, ¿cómo reaccionaría él? Se ponía a temblar cada vez que pensaba: horror, cólera, susto. Y, aunque no podía echarle a ella la culpa, se iba a llevar un tremendo disgusto.

Sin embargo, debía decírselo; sobre todo, teniendo en cuenta que a él le habían adoptado. Además, aunque ella no se lo dijera, se iba a enterar de todas maneras. En un mes o dos, todo el pueblo hablaría de su embarazo y, por supuesto, Bridget se enteraría.

Aquello acalló sus dudas. Leo iba a enterarse tarde o temprano, lo mejor era que se enterase por ella.

Brianna se acercó al teléfono y marcó el número del móvil de Leo.

Al oír la voz de él, el cuerpo entero le tembló. Recordó en un instante la forma como solía mirarla, llena de sensuales promesas; el modo como se reía cada vez que ella decía algo gracioso; la manera como se le tensaban los músculos cuando sus cuerpos se movían...

-Soy yo, Brianna -dijo ella casi sin respiración... y se aclaró la garganta mientras trataba de calmarse.

-Sí, he reconocido la voz -contestó Leo.

Leo se levantó y cerró la puerta del despacho. Le había pillado justo en el momento en que se disponía a salir.

-¿Qué tal está Bridget?

-¿No lo sabes? ¿No os mandáis mensajes a diario? -Leo se sentó otra vez delante de su mesa de despacho y la hizo girar hacia los ventanales con vistas a la ciudad-. ¿Para qué me llamas?

Le costaba más ignorar la existencia de Brianna de lo que había creído posible. ¿Era porque Bridget estaba con él y le recordaba lo que quería olvidar? No lo sabía. Mientras la razón le decía que Brianna ya no tenía lugar en su vida, que lo que había habido entre los dos no tenía futuro, su corazón le dictaba algo muy distinto.

Desde que se separaron, perdía la concentración con facilidad, incluso en las reuniones de trabajo. En más de una ocasión, se había despertado con una erección tras un sueño erótico con ella. Las duchas frías se estaban convirtiendo en algo cotidiano en vez de ser una excepción. No sabía qué le pasaba.

Estaba profundizando la relación con su madre y sabía que esta y Brianna hablaban casi a diario, pero no se había dejado vencer por la curiosidad y no le había preguntado a Bridget por ella. ¿Qué hacía? ¿Había encontrado a otro hombre con el que acostarse? Siendo tan atractiva, no le iba a costar ningún trabajo.

Las dudas conferían frialdad a su actitud mientras miraba por la ventana y esperaba a que ella le respondiera.

De una cosa estaba seguro, Brianna no le había llamado para preguntarle por Bridget.

A Brianna le dolió la indiferencia que notó en su voz. ¿Se había olvidado de ella por completo? ¿Era posible? Y... ¿cómo iba a recibir la noticia que tenía que darle?

-Leo... tengo que hablar contigo.

-Te escucho. Pero sé rápida, iba a salir en este momento.

-Tengo que verte. Lo que tengo que decirte no puedo hacerlo por teléfono.

-¿Por qué?

-¿No podrías ser un poco más amable, Leo? Sé que ya no te sirvo de nada, pero de eso a tratarme como si fuera un trapo viejo...

-¿Necesitas dinero? -la necesidad que tenía de Brianna la transformó en ira

contra ella.

-¿Qué?

-Ahora ya sabes que soy rico. Debes de estar enterada de que Bridget disfruta ahora de una buena vida, ha debido de decírtelo. ¿Has pensado en que te dé dinero... por los viejos tiempos? -¿qué demonios le pasaba? Apenas se reconocía a sí mismo.

Brianna agarró el teléfono con fuerza. ¿Se daba cuenta Leo del daño que le estaba haciendo? ¿Le importaba? ¿Cómo podía haberse equivocado con él hasta ese punto? ¿Cómo podía ser tan tonta de fiarse de gente que acababa tratándola tan mal?

-Hablamos de que el pub necesitaba unos arreglos: taburetes nuevos, una mano de pintura en la fachada, otros sofás delante de la chimenea... -según recordaba, los sofás eran perfectos, la clase de sofás en los que uno se sentaba y podía pasarse horas allí-. Dalo por hecho. Yo pago los gastos. Considéralo como una forma de agradecimiento por... en fin, por todo.

-Qué generosidad la tuya, Leo -declaró Brianna, conteniendo una cólera explosiva y con toda la tranquilidad que le fue posible-. Bueno... supongo que después de que te diga lo que tengo que decirte... también hablaremos de dinero. Pero tengo que verte.

A Leo le dolió haber dado en el clavo. Las mujeres siempre acababan agarrándose al dinero, según su experiencia. Nunca antes le había molestado, pero en el caso de Brianna... la había considerado distinta. Al parecer, no lo era.

-¿Cuánto quieres? -preguntó él con voz cortante.

-No, así no. Podría ir a Londres a verte y, de paso, pasarme a saludar a Bridget.

-Durante el día no dispongo de tiempo. Puedo verte mañana a las seis y media. Y eso haciéndote un favor, ya que tendré que cancelar una reunión.

-Bueno... -el dinero para el viaje y la estancia era un problema, pero de ninguna manera iba a quedarse en casa de Leo.

-Lo tomas o lo dejas -dijo él al verla vacilar-. Podemos quedar en un café cerca de mi oficina a las siete.

Leo le dio el nombre y la dirección del café. Y entonces, sin saber cómo, la imaginó sentada en una de las mesas, esperándole. Evocó la sorprendente belleza del rostro de Brianna y también su cuerpo, sin duda tapado con ropa corriente y nada ceñida.

Al instante, sintió el comienzo de una erección, lo que le hizo recordar que se excitaba con solo pensar en ella.

-Bueno, ¿vas a venir o no?

-Sí. Hasta mañana.

El café estaba abarrotado de gente joven, gente próspera, gente bien... y el ruido era ensordecedor. Una mujer atractiva con tacones altos y una cartera de piel

bajo el brazo se tropezó con ella, protestó por haberle entorpecido el camino y luego la miró con desdén.

Brianna dio un paso atrás, sin hablar, buscando desesperadamente a Leo con la mirada. Se sentía perdida y angustiada cuando, por fin, le vio al fondo del establecimiento sentado a una mesa con una copa delante. Con inmenso alivio, se acercó a él.

Leo, con intensidad en la mirada, la vio avanzar. Entre aquella gente de ciudad inmaculadamente vestida y llena de confianza en sí misma, Brianna parecía una hermosa flor silvestre.

No, no podía seguir mirándola y hacer comparaciones, siempre a favor de Brianna, con el resto de aquella multitud pagada de sí misma y arrogante.

Atrajo la atención de un camarero y, con un gesto, le indicó que le llevara otra copa.

-Perdona el retraso -dijo Brianna, hecha un manojo de nervios.

¿Cómo había podido olvidar la reacción que Leo provocaba en ella? Esos ojos oscuros la mareaban y la confundían hasta el punto de hacerla perder el habla.

-Siéntate -Leo le indicó la silla en frente de la suya, y ella le obedeció-. Bueno, tú dirás -Leo apoyó la espalda en el respaldo del asiento y cruzó los brazos.

Brianna estaba sofocada y la coleta que le caía por la espalda estaba deshaciéndose.

-No esperaba un lugar tan concurrido -comentó Brianna apartando los ojos del rostro de él momentáneamente.

Debía impedir que la presencia de Leo le afectara de esa manera. Había ido ahí por un motivo concreto y no podía permitirse el lujo de permitir que los nervios se apoderaran de ella. Además, ¿acaso Leo podía hacerla sufrir más de lo que ya sufría?

Leo le preguntó qué quería beber y, cuando el camarero se acercó, ordenó agua para ella y otra copa para él. Entretanto, ella se quitó el abrigo.

-Bueno, ¿cómo están las cosas? -preguntó Brianna, empezando la conversación con algo que no tenía nada que ver con su misión allí.

Leo le lanzó una mirada de perplejidad.

-¿Que cómo están las cosas? ¿A qué te refieres?

-A... tu relación con Bridget. Debes de estar contento.

Leo se ruborizó. Nadie sabía que Bridget era su madre, a excepción de Harry. No era hombre dado a hablar de intimidades y no le había contado a nadie que su madre vivía con él. Y como tampoco había llevado a ninguna mujer a su casa porque no había tenido relaciones sexuales con nadie, tampoco había tenido que dar explicaciones.

-Estoy bien -respondió él a regañadientes.

Los dos estaban bien juntos. Su madre había rejuvenecido. Una estilista le había cortado el pelo, se hacía la manicura... Estaba muy diferente a la frágil criatura con la que se había encontrado en un primer momento.

Les llevaron las bebidas y esperó a que el camarero se retirara.



-Brianna, estoy seguro de que no has venido aquí para hablar de la relación que tengo con Bridget.

-No, no he venido a eso, pero quería saber qué tal os iba -Brianna no se atrevía a hablar del motivo que la había llevado a Londres.

-Vamos, dime de una vez a qué has venido, Brianna. Has dicho que el dinero tenía que ver algo en este asunto. ¿Cuánto quieres?

-No es tan sencillo.

-Yo creo que sí lo es. Dime la cantidad.

Brianna bajó la mirada y se sirvió un poco más de agua en el vaso. Le dio envidia la bebida alcohólica de Leo. En otras circunstancias, de no estar embarazada, se habría tomado una copa para animarse a hablar.

-Leo...

Le miró a los ojos y pensó que esa sería la última vez que iba a verle así, como hombre libre y sin compromisos que hacía lo que quería. En cierto modo, le comprendía, por desdeñoso que estuviera siendo con ella. Quizá, pensándolo bien, fuera una suerte estar en un establecimiento tan ruidoso y lleno de gente.

-Estoy embarazada, Leo.

Durante unos segundos, Leo creyó no haberla entendido.

-¿Qué has dicho? -Leo se inclinó hacia delante, aguzando el oído.

-Voy a tener un hijo, Leo. Tu hijo. Lo siento. Soy consciente de que, probablemente, era lo último que esperabas oír... y que querías oír, pero me ha parecido que debía decírtelo. Se me ocurrió callarme, pero me di cuenta de que era imposible porque, tarde o temprano, acabarías enterándote. Ya sabes, el pueblo es muy pequeño, y Bridget se enteraría. Además, la verdad es que no me apetece ocultárselo tampoco.

¿Por qué no decía nada Leo? Había esperado una respuesta explosiva de él. Debía de estar perplejo.

-Me estás diciendo que vas a tener un hijo mío -dijo Leo sintiéndose muy extraño.

Se oyó a sí mismo preguntar a Brianna de cuánto tiempo estaba embarazada, si estaba segura, si lo había confirmado un médico.

-No espero nada de ti -concluyó Brianna después de contestar a sus preguntas-. Solo quería que lo supieras.

-¿Que querías que lo supiera? -Leo la miró con absoluta incredulidad.

El establecimiento impersonal que había elegido para su encuentro le pareció inapropiado. Su pensamiento se concentró en una idea: en unos meses sería padre.

-Es posible que quieras participar de alguna manera en...

-¿Estás bromeando, Brianna? ¿Vienes aquí a darme esta noticia y solo se te ocurre decir que querías que lo supiera y que quizá yo quiera participar? Vámonos de aquí ahora mismo.

-¿Adónde? -gritó ella.

-A cualquier sitio que no esté lleno de imbéciles.

-Me niego a ir a tu casa -declaró Brianna negándose a levantarse de la silla-. Todavía no le he contado nada a Bridget y no me encuentro con fuerzas para hacerlo en este momento. Yo misma necesito más tiempo para asimilarlo. Así que, si no te importa, prefiero quedarme aquí. Aunque ya no tengo mucho más que decir.

-Típico de ti. Dios mío, no puedo creerlo.

Brianna le vio llevarse las manos a la cabeza.

-Siento ser la portadora de tan inesperada noticia. Como he dicho...

-Ahórrate toda esa palabrería, Brianna -Leo alzó el rostro y la miró-. Las cosas son como son, y ahora tenemos que decidir qué vamos a hacer.

-Creo que deberías marcharte y pensar en lo que te he dicho. Podríamos volver a vernos en otro momento.

-No -Leo se enderezó en el asiento y apoyó la espalda en el respaldo de la silla-. Esperar a vernos otro día no va a solucionar el problema.

Brianna se puso tensa.

-No es un problema; al menos, no lo es para mí. Voy a tener un hijo y voy a ser yo quien lo críe. Supongo que querrás contribuir de una manera u otra, pero te aseguro que yo no espero nada para mí.

-¿En serio crees que después de contarme esto voy a darme la vuelta y voy a marcharme?

-No lo sé. Hace unas semanas habría dicho que el hombre que despejaba la nieve del camino y me ayudaba a fregar no haría eso jamás, pero ese hombre no existía, ¿verdad? Así que, si quieres que te sea sincera, no lo sé -Brianna se inclinó hacia delante-. Si quieres ayudar económicamente a la crianza del niño, estupendo y te lo agradecería. Repito, no quiero nada para mí, pero para el niño es otra cosa. Los bebés son pequeños, pero cuidarlos es muy caro y, desgraciadamente, ya sabes que el pub me da poco dinero.

-Sé lo que piensas de mí, Brianna, pero no soy una persona que huya de sus responsabilidades; y, en este caso, mis responsabilidades van más allá que enviarte un cheque para pañales y potitos.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Brianna con súbita preocupación, dudando de las intenciones de Leo-. Por supuesto, podrás ver a tu hijo cuando quieras; pero, teniendo en cuenta que vives en Londres, no te resultará muy fácil.

-No estoy hablando de visitas a mi hijo, Brianna.

-No permitiré que me quites a mi hijo.

-Nuestro hijo -le corrigió Leo-. Y deja de poner esa cara de horror, no tengo intención de pelearme contigo en los tribunales por la custodia de nuestro hijo.

A Leo le sorprendió la facilidad con que había dicho «nuestro hijo».

Brianna lanzó un suspiro de alivio.

-En ese caso, ¿qué propones?

-Que nos casemos. Es la solución más sencilla.

-¿Te has vuelto loco?

-¿Te lo parece?

-Eso no tiene sentido.

-Explícame por qué.

-Porque no es la solución, Leo. Dos personas no se casan porque vayan a tener un hijo... de forma accidental. Ten en cuenta que no nos habrías vuelto a ver de no ser porque yo me he quedado embarazada.

-Brianna, no estoy dispuesto a ocupar un segundo plano en la vida de mi hijo. No estoy dispuesto a que un hijo mío me eche en falta.

-Yo no te estoy pidiendo que ocupes un segundo plano.

-Y tampoco estoy dispuesto a que tú acabes con otro hombre y que sea él quien críe a mi hijo.

-¡Sería un milagro que eso ocurriera! Me he hartado de los hombres.

-Por supuesto, tendrás que venirte a vivir a Londres; pero no te preocupes, no será necesario que vendas el pub si no quieres. Contrata a quien quieras para que lo lleve por ti.

-¿Has oído lo que te he dicho?

-¿Y tú, has oído lo que yo te he dicho? -preguntó Leo con voz queda-. Espero que sí, porque lo que yo he propuesto es la única solución.

-Esto no es un problema de matemáticas, Leo. Esto es muy diferente.

-No comprendo por qué te opones y tampoco que antepongas tus necesidades a las de nuestro hijo.

-Yo no podría vivir en Londres. Y no puedo casarme con un hombre solo por haberme quedado embarazada. Acabaríamos aborreciéndonos, y eso sería mucho más perjudicial para el niño que el hecho de vivir separados. ¿Es que no lo ves?

-Antes de saber quién era yo... ¿no esperabas que nuestra relación fuera a más? Vamos, contesta, sé sincera -dijo Leo mirándola con intensidad.

Leo se inclinó hacia delante y ella, de repente, se sintió acorralada y falta de aire.

-Sabía que no ibas a quedarte allí mucho tiempo -contestó Brianna con voz quebrada-. Tú mismo lo dijiste, lo dejaste muy claro.

-Eso no contesta a mi pregunta. ¿Querías más?

-No pensé que acabaría como acabó -respondió ella en tono retador.

-Pero acabó como acabó, aunque no te gustara. Y, a pesar de eso, lo que había entre los dos...

La vio ruborizarse y sintió una profunda satisfacción. Al verla bajar los ojos, se dio cuenta de lo mucho que seguía afectándola.

-No sería un matrimonio solo de nombre -continuó Leo-, sino un matrimonio de verdad, en toda regla. No nos engañemos, Brianna, lo pasábamos muy bien juntos.

-Lo que hubo entre los dos...

-Fue estupendo, y eres consciente de ello. ¿Quieres que te recuerde lo bien que estábamos?

Leo no le dio tiempo a moverse ni a adivinar lo que se le venía encima. Se

inclinó por encima de la mesa, le puso una mano en la nuca y tiró de ella hacia sí.

Brianna reaccionó instintivamente, sin pensar. Abrió los labios y se deleitó en el sabor de la lengua de él. Perdió la razón mientras Leo la besaba, no quería que aquel beso acabara nunca. Pero volvió a la realidad cuando Leo se apartó de ella.

-Creo que ha quedado demostrado -murmuró Leo.

-No voy a venirme a vivir a Londres y no voy a casarme contigo -declaró Brianna al recuperar la respiración-. Y, ahora, me marcho. Te llamaré dentro de un par de días, cuando hayas logrado comprender que hablo en serio. Entonces, volveremos a discutir este asunto.

Brianna se puso en pie y se dio media vuelta. Quería salir de allí corriendo... y fue lo que hizo. Una vez en la calle, tomó un taxi y le pidió al taxista que la llevara a un hotel barato y cerca del aeropuerto.

No iba a casarse con Leo. Leo no la quería, y ella no estaba dispuesta a sacrificar la vida de ambos, por muy bien que lo pasaran juntos en la cama.

## Capítulo 9

Al ver la enorme propiedad que tenía delante, Leo reconoció que se había equivocado. Demasiado grande, demasiado ostentosa y demasiado terreno.

Sacudió la cabeza y, después de hacerle un par de preguntas al agente inmobiliario, se despidió de él.

En seis semanas, había visto ocho propiedades en el condado de Berkshire, lo suficientemente apartado de Londres como para respirar aire puro pero tan cerca como para poder ir a trabajar sin problemas.

Brianna no sabía que estaba buscando casa. Tampoco había cambiado de idea respecto a casarse con él.

Sin embargo, había logrado convencerla de que fuera a ir a vivir a Londres temporalmente, aunque le había costado mucho y había tenido que ir a Irlanda para hablar personalmente con ella.

Jamás en la vida había cedido tanto con una mujer.

Y jamás en la vida se había dado tantas duchas frías. ¿Sería verdad eso de que lo que era inaccesible se hacía aún más deseable? No podía mirarla sin excitarse.

Pero ella no quería saber nada de él en ese sentido.

¿Cómo era posible que hubiera acabado con la única mujer que conocía que se tomaba una proposición de matrimonio como un insulto y que estaba decidida a llevarle la contraria en todo? A pesar de lo cual, cada vez que estaban en la misma estancia el ambiente se tornaba eléctrico.

De cualquier modo, había conseguido que Brianna estuviera en Londres, pensó mientras recorría el trayecto de vuelta a la gran ciudad.

La había convencido a base de razonar con ella e insistir mucho. Como a lo que sí se negaba rotundamente Brianna era a vivir en su casa, había conseguido un piso para ella y para Bridget en un lugar menos céntrico que donde él vivía, más tranquilo. Para Bridget también había sido un alivio, ya que estaba cansada del ajetreo del centro.

Eso había ocurrido diez días atrás. Las visitaba todas las tardes, pero no había vuelto a hablar del matrimonio con Brianna. Estaba conteniendo su agresiva necesidad de conquistar y se mantenía a la espera.

Leo llamó a su secretaria por el móvil.

-Demasiado imponente -le dijo sobre el fracaso de la última propiedad que había visto. Y rio cuando su secretaria le sugirió que mandara a alguien de avanzadilla a visitar las propiedades para ahorrarle trabajo.

No conocía a nadie que pudiera hacerse una idea de los gustos de Brianna. Las personas con las que trataba eran de Londres, ninguna de ellas consideraría una propiedad demasiado imponente, demasiado lujosa.

-Busca más casas -ordenó a su sufrida secretaria-. Y que no tengan cuartos

de baño de mármol ni piscinas interiores. Algo más sencillo y de menor tamaño.

Leo cortó la comunicación. No eran las dos y media todavía. Jamás en la vida se había tomado tanto tiempo libre, sin trabajar; excepto cuando estuvo en Irlanda en el pub de Brianna. Sin embargo, no iba a cejar en su empeño. El trabajo, los negocios y las reuniones quedaban relegados a un segundo plano.

Su secretaria le llamó al móvil cuando él salía de la autopista M25 camino al centro de Londres.

-Es un pueblo pequeño cerca de Sunningdale. ¿Quieres que te envíe los detalles? Acaban de poner la casa a la venta, hoy precisamente.

-Iré a verla ahora mismo. Y cancela la reunión de las cinco.

-Ya has retrasado la reunión con sir Hawkes dos veces.

-En ese caso, dile a Reynolds que vaya por mí. Le pago lo suficiente como para poder delegar en él parte de mi trabajo; además, le hará bien asumir un poco más de responsabilidad.

Leo cambió de dirección y llegó al pequeño pueblo en relativamente poco tiempo. En el momento en que vio la exquisita casa de campo, con un bien cuidado jardín por la parte de atrás y una pequeña valla de madera pintada de blanco rodeando el jardín delantero, se dio cuenta de que había encontrado lo que andaba buscando.

No se molestó en regatear, iba a pagar la cantidad que pedían sin más. El agente inmobiliario no podía creer la suerte que había tenido, al que Leo exigió los detalles pertinentes para hacer la compra de inmediato.

-Y, si los dueños necesitan tiempo para buscar otra propiedad, dígales que estoy dispuesto a compensarles generosamente con el fin de que desocupen la casa de inmediato -Leo ofreció una cantidad que casi dejó mareado al agente inmobiliario-. Aquí tiene mi tarjeta. Llámeme dentro de una hora, después de hablar con su cliente, para iniciar la compra. Ah, y me gustaría traer a una persona a ver la casa mañana, si no antes. Así que asegúrese de que no haya nadie.

Leo volvió a su coche con el agente detrás, sujetando la tarjeta como si de un lingote de oro se tratara.

-¿Y si...? -el agente se aclaró la garganta, contemplando la posibilidad de un incremento en su comisión-. ¿Y si el vendedor quisiera esperar a ver si recibe alguna oferta mejor?

A punto de sentarse al volante, Leo se detuvo y miró al agente con burlona expresión.

-Créame, eso no va a ocurrir.

-Señor...

-Llámeme. Y espero que me diga lo que quiero oír.

Leo dejó al hombre con el rostro enrojecido y la frente bañada en sudor; obviamente, considerando la posibilidad de que el vendedor se mostrara reacio a aceptar una rápida venta.

Pero Leo sabía que no iba a ocurrir eso. Los dueños de la casa iban a considerarse muy afortunados.

De allí, en vez de volver a la oficina, se dirigió directamente a la casa de Brianna.

Brianna oyó el ruido del motor del Ferrari. Inmediatamente, adoptó una expresión de cortés distanciamiento. En la cocina, Bridget estaba preparando un té para las dos.

-¡Vaya, viene pronto hoy! -exclamó Bridget con alegría-. Qué raro. Bueno, voy a darme un baño y a dejaros solos un rato. El médico me ha ordenado que no haga esfuerzos, ya lo sabes.

Brianna arqueó las cejas y se puso en pie.

-No creo que charlar un rato sea un esfuerzo, Bridget -observó Brianna-. Además, sabes que a Leo le gusta verte cuando viene.

Cada vez que veía a Bridget y a Leo juntos, se emocionaba. Por despiadado que fuera y a pesar de haber sido un mentiroso con ella, siempre se mostraba tierno con Bridget. No la llamaba mamá, pero la trataba con el respeto y la consideración que cualquier madre podía esperar de un hijo.

Bridget, por supuesto, parecía otra. Estaba mucho más sana y saludable, incluso radiante. Era una mujer de mediana edad que fácilmente podía encontrar un hombre si quería pero que se daba por satisfecha estando sola.

Contuvo las ganas de pedirle a Bridget que se quedara, pero ella ya iba hacia su cuarto.

El estómago le dio un vuelco al oír la llave en la cerradura de la puerta. Y, como siempre, nada más verle sintió un placer que apenas podía contener y que disimulaba con gran esfuerzo.

-Has venido más pronto que de costumbre -comentó ella.

La sonrisa que Leo le dedicó hizo que le temblaran las piernas y deseara arrojarse a sus brazos.

-¿No está Bridget en casa? -preguntó Leo, viéndose forzado a apartar los ojos de ella porque apenas podía contener el deseo de abrazarla.

-Está descansando en su habitación.

-¿Por qué no te pones el abrigo? Quiero enseñarte una cosa, no está muy lejos en coche -dijo Leo, seguro de que podría ver la casa a esas horas.

-¿Qué es lo que quieres enseñarme?

-Se trata de una sorpresa.

-Sabes que no me gustan las sorpresas. Además, no estoy vestida para salir a cenar.

-Vas bien.

Leo la miró de la cabeza a los pies con una intensidad que la hizo enrojecer. Y, mientras él iba al cuarto de Bridget a saludarle, ella aprovechó la oportunidad para maquillarse un poco y arreglarse el peinado, mientras se maldecía a sí misma por molestarse en hacer eso. También se quitó la ropa de casa que llevaba y, aunque los vaqueros ya le quedaban estrechos, logró encontrar unos de mayor

talla y se puso un jersey muy colorido que le sentaba bien a la cara.

-Bueno, ¿vas a decirme adónde vamos? -estaban en el coche dirigiéndose a la autopista-. ¿Por qué salimos de Londres?

Leo pensó en la perfecta casa de campo y esbozó una sonrisa.

-Se te ve muy contento -añadió Brianna, desarmada por la sonrisa de él.

-Un hombre tiene derecho a estar contento de vez en cuando, ¿no? -Leo le lanzó una fugaz mirada-. Vamos a tener un hijo, Brianna. No podemos seguir fríos y distantes el uno con el otro.

Brianna sabía que Leo no se había mostrado frío ni distante últimamente. Hacía todo lo posible por comunicarse con ella, pero no había logrado hacerla reaccionar como parecía desear.

-No sabía que estaba fría y distante -respondió Brianna con voz tensa.

-Bueno, a veces no -murmuró Leo en voz baja.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Brianna empujando los ojos.

-Lo que quiero decir es que, aunque me hablas con voz fría, la forma como me miras no tiene nada de fría.

Leo encendió la radio, una estación de música clásica, y ella se quedó pensativa. ¿Qué podía contestar al comentario de Leo? Era consciente de lo mucho que Leo le afectaba, de que le era imposible dejar de comérselo con los ojos. ¡Era natural que él lo hubiera notado!

Salió de su ensimismamiento cuando se dio cuenta de que habían dejado atrás Londres y de que se encontraban en el campo, cruzando pueblos y ciudades pequeñas. Confusa, se volvió a él.

-Estamos en el campo -declaró Brianna con el ceño fruncido.

-Me alegro de que te hayas dado cuenta.

-Un poco lejos para ir a cenar, ¿no?

Quizá Leo quería hablar con ella de algo importante. Posiblemente, iba a decirle que había pensado bien todo lo que ella le había dicho y había llegado a la conclusión de que tenía razón, que era mejor que volviera a Irlanda y que, cuando naciera el niño, él iría a verlo siempre que se lo permitiera el trabajo. A lo mejor a Leo le había parecido mejor hablar de eso fuera de Londres para que ella pudiera asimilarlo durante el trayecto de vuelta a la ciudad.

Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que una cena íntima en un bonito pub en el campo sería algo que...

Algo que ella no quería oír.

Cuando el coche tomó una pequeña carretera sin tráfico y se dirigió hacia una bonita avenida flanqueada por árboles aún despojados de hojas, Brianna cerró los ojos.

Al abrirlos, se encontró delante de una de las casas más bonitas que había visto nunca.

-¿Dónde estamos?

-Esto es lo que quería enseñarte -Leo apenas pudo contener el tono de satisfacción.



-¿Querías enseñarme una casa?

-Ven conmigo.

Leo salió del coche, lo rodeó y le abrió la puerta.

Brianna le siguió hasta la puerta y le vio agacharse para agarrar una llave de debajo de un macetero. ¿Qué era aquello? Respiró hondo y entonces se dio cuenta de que, a penas a tres cuartos de hora del oeste de Londres, el aire olía diferente, más limpio, más fresco.

-No es una casa cualquiera -Leo se volvió para mirarla y le gustó la expresión de Brianna-. Tecnicismos a parte, he comprado esta casa.

-¿Que has comprado esta casa?

-Entra y dime qué te parece.

-Pero...

-Sssss -Leo le selló los labios con un dedo y sintió el temblor de su cálida piel-. Hazme todas las preguntas que quieras cuando la veas.

A pesar de solo haber visto la casa una vez, no representó ningún problema para él hacer de guía y señalar las características de aquella propiedad que, estaba seguro, a ella le iba a encantar. Había dos chimeneas, una en el cuarto de estar y otra en la sala; una cocina de la marca AGA; dormitorios con vistas a un jardín de árboles frutales... La vio pasearse por las habitaciones, mirar por las ventanas, acariciar las cortinas y pasar los dedos por el pasamanos de roble de la escalera mientras bajaban y regresaban a la cocina, que tenía una maravillosa vista al jardín posterior.

Los propietarios se habían mostrado encantados con su generosa oferta, tal y como él había supuesto. Incluso habían dejado una botella de champán en el mostrador central de la cocina con dos copas.

-¿Y bien? ¿Qué te parece?

-Es maravillosa -murmuró Brianna-. No creía que se pudiera encontrar algo así tan cerca de Londres. ¿La has comprado como casa de fin de semana?

-No. Va a ser nuestra casa, la principal.

Brianna se quedó sin respiración momentáneamente. Una profunda ilusión la invadió ante la idea de vivir en aquella casa ideal con el hombre al que amaba y con su hijo. Dejando volar la imaginación hacia el futuro, vio a su hijo corriendo por el jardín con un perro tras él mientras ella les contemplaba por la ventana de la cocina con Leo a sus espaldas, sentado a la mesa de madera de pino y charlando sobre el día que había tenido en el trabajo.

La ilusión se desvaneció con sorprendente rapidez porque eso jamás se convertiría en realidad. La realidad sería ella, sola en esa casa, Leo trabajando en la ciudad todo el día y, al final, aburrido de la mujer a la que se veía unido por haberla dejado embarazada. Por supuesto, él sería un buen padre para su hijo, pero ahí acababa todo.

-No servirá de nada, Leo -declaró ella bruscamente al tiempo que se daba media vuelta y contenía las estúpidas lágrimas que habían asomado a sus ojos-. La situación sigue siendo la misma y no voy a permitir que me compres con una casa,

por bonita que sea. Así no vas a convencerme de que me case contigo.

Leo se pasó las manos por el pelo como si así pudiera ordenar sus pensamientos.

-No sabía que estuviera tratando de comprarte. Te gusta la casa, ¿no? No veo cuál es el problema.

-Claro que me gusta la casa, pero no es suficiente, como tampoco lo es el sexo. Eso no serviría para mantenernos unidos -dijo Brianna, y tuvo que alejarse de él porque no podía soportar mirarle a la cara.

-Está bien.

De repente, Leo sintió tal angustia, tal deseo de salir de allí, como si quisiera que el aire fresco le despejara la mente, que salió de la casa sin pronunciar palabra.

Brianna oyó la puerta delantera cerrarse de golpe y se estremeció. El vacío que Leo había dejado era casi tangible.

¿Adónde había ido? ¿Y si agarraba el coche, volvía a Londres y la dejaba allí sola? Pero cuando salió afuera y vio el coche de Leo donde lo había dejado, se tranquilizó... aunque no del todo. No veía a Leo por ninguna parte.

Leo sabía cuidar de sí mismo. No obstante, cuando recorrió el sendero que daba a la carretera y no logró verle, un súbito pánico la invadió.

¿Y si le había atropellado un coche? Salió corriendo y rodeó el perímetro de la casa... y le vio. Leo estaba sentado en la tierra debajo de un árbol, en el jardín de atrás.

-¿Qué haces aquí? -preguntó ella al aproximarse, preocupada porque nunca le había visto así: callado, con la cabeza baja y... sumamente vulnerable.

Leo levantó la vista, y a ella se le secó la garganta.

-No tienes intención de perdonarme por haberte mentado, ¿verdad? -preguntó él en voz tan baja que Brianna tuvo que agacharse un poco para oírle-. A pesar de que sabes que, cuando llegué, no tenía intención de engañar a nadie. A pesar de que sabes, o deberías saber, que mentí sin ánimo de hacer daño a nadie, solo como un medio para alcanzar un fin. Sé que estaba pensando con los pies, no con la cabeza, pero eso no me convierte en un mentiroso patológico.

-Sé que no lo eres -dijo Brianna en tono vacilante. Y se sentó en el suelo al lado de Leo-. Se te va a estropear el traje.

-Y a ti los vaqueros.

-Pero mis vaqueros cuestan mucho menos que tu traje.

Brianna se atrevió a sonreír, pero no obtuvo ninguna respuesta de esos oscuros ojos que la miraban con intensidad. Lo que más quería en el mundo era salvar esa pequeña distancia que los separaba y tomar la mano de Leo en las suyas, pero eso solo era un gesto de amor, de su amor por él exclusivamente, y no cambiaría nada.

-Tenías razón -admitió Leo en tono desconcertantemente cauteloso.

-¿Razón en qué?

-Estaba intentando comprarte con esta casa, con el jardín, con cualquier cosa con tal de convencerte de que aceptes vivir conmigo. Pero nada será suficiente

porque tú no estás dispuesta a perdonarme por haberte engañado, a pesar de que jamás te mentí con el fin de hacerte daño.

-Me sentí como si no te conociera, Leo -dijo Brianna en voz baja-. Del hombre que me ayudaba con las tareas domésticas y que, supuestamente, estaba escribiendo un libro, pasaste a ser un multimillonario propietario de un conglomerado de empresas con un dúplex en el centro de Londres. Y el libro que creía que estabas escribiendo eran mensajes a tus empleados y exámenes de informes. Y estabas en el pub y me utilizaste para sonsacarme sobre Bridget.

-Por Dios, Brianna, no fue así...

Pero ella lo había expuesto de tal manera que parecía lógico, aunque no acababa de serlo del todo. Se sentía al borde del precipicio. No conseguía controlar sus sentimientos y emociones.

Leo se apretó los párpados con los dedos para reprimir las ganas de llorar.

-Sí lo fue -declaró ella suavemente-. Y si te perdonara... -lo había hecho- sigue sin existir el fundamento de un buen matrimonio.

-En tu opinión, quizá -Leo alzó la cabeza y la miró con solemnidad-. En lo que a mí respecta, sí existe.

## Capítulo 10

Leo apartó los ojos de ella, no porque no pudiera sostenerle la mirada, sino porque tenía miedo de que Brianna hubiera tomado una decisión irrevocable, sin que pudiera hacerla cambiar de actitud lo que él iba a decir.

-Cuando fui a Irlanda para conocer a mi madre, yo ya me había hecho una idea de cómo era ella: irresponsable, amoral, sin principios...

-En ese caso, ¿por qué te molestaste en ir a conocerla?

-Por curiosidad -respondió él-. Tuve una infancia feliz y unos padres ejemplares, pero siempre sentí necesidad de descubrir mi origen.

-Eso lo comprendo.

-Siempre pensé que... -Leo respiró hondo y cerró los ojos. No se encontraban en el lugar adecuado para mantener esa conversación; sin embargo, se sentía bien ahí fuera con ella. Brianna era una mujer de campo.

-¿Qué?

-No sé, que había algo en mí que controlaba mis sentimientos. Mis padres adoptivos estaban muy enamorados y eran un matrimonio ejemplar; sin embargo, yo siempre había rechazado la institución familiar. Es posible que se debiera al hecho de saber que yo había sido adoptado, que me hubieran abandonado cuando era un bebé. Llegué a pensar que podía tratarse de algo genético, algo heredado de mis padres naturales.

Brianna le permitió ese desvío en la conversación. Quería asegurarle de que la genética no explicaba ese comportamiento, pero no se atrevió a interrumpirle.

-Como sabes, tardé mucho en decidirme a hacer ese viaje, a pesar de que mis padres adoptivos habían muerto hacía ya bastante.

-Me sorprende que esperaras tanto tiempo -murmuró Brianna-. Yo habría ido inmediatamente.

-Esa es la diferencia entre tú y yo, ¿no? -Leo le sonrió-. Y no me di cuenta en su momento de lo maravilloso de esas diferencias.

-¿En serio? -preguntó ella casi sin aliento.

-Sí, totalmente en serio -otra sonrisa que afectó al sistema nervioso de ella-. Creo que eso es lo que me gustó de ti nada más verte. Nunca imaginé que pudiera verme en una situación que no controlaba. Sí, mentí respecto a quién era, pero no lo hice con mala intención. Jamás habría hecho eso... jamás lo haría.

-¿No?

-No, nunca -respondió Leo con absoluta sinceridad-. Estaba de paso, entablamos relaciones y acabé quedándome mucho más tiempo del que pensaba.

-Porque querías averiguar cosas sobre Bridget.

-Porque quería estar contigo.

La esperanza se abrió camino en la vida de Brianna, que estaba conteniendo la respiración.

-Ni siquiera me di cuenta de ello. Estaba tan acostumbrado a no profundizar en mis relaciones que no asimilaba lo que me estaba ocurriendo.

-Y entonces conociste a tu madre.

-Sí, la conocí, y mis ideas preconcebidas se derrumbaron. Bridget no era la perdida que había abandonado a su hijo sin importarle un bledo. Bridget tenía un pasado que yo no había imaginado y quería conocerla mejor. Y entonces me vi víctima de mi propia mentira, pero no sabía cómo salir del lío en el que me había metido. No me gustaba lo que estaba haciendo, pero traté de ignorar el sentimiento de culpa que me sobrevinía constantemente. No fue fácil.

-Y entonces Bridget se cayó y...

-Y se descubrió todo. Siento haberte mentado, Brianna, y siento no haber confesado todo antes.

Brianna se encogió de hombros.

-En fin, parece que no hago más que pedirte disculpas -Leo esbozó una sonrisa triste.

-Y eso que a ti no te gusta pedir disculpas...

-Cierto.

-Y lo peor de todo es mi comportamiento cuando quedé al descubierto mi verdadera identidad -continuó Leo-. ¿Qué hice cuando tú te enfureciste al enterarte? Decidí que a mí eso no me afectaba. Estabas disgustada, lo habíamos pasado bien, pero yo iba a seguir con mi vida como si nada. Sí, me equivoqué totalmente.

Leo suspiró y, casi hablando para sí mismo, añadió:

-Dejar que te marcharas cuando lo hiciste y de la manera en que lo hiciste fue el mayor error que he cometido en mi vida, pero el orgullo me impidió reconocerlo.

-¿El mayor error? -repitió Brianna, animándole a que continuase.

-Lo estás pasando bien, ¿eh? -Leo le lanzó una mirada de soslayo.

-Bueno...

-No te lo echo en cara. Por cierto, deberíamos entrar en la casa.

-No vamos a poder sentarnos en ningún sitio, Leo, estamos llenos de barro. No creo que a los dueños de la casa les haga gracia que les ensuciemos los muebles.

-Vamos al coche entonces. Te aseguro que no me importa que se ensucien los asientos -Leo se puso en pie, flexionó los músculos y luego tendió una mano a Brianna para ayudarla a levantarse.

Después de cerrar la casa y dejar la llave donde la habían encontrado, fueron al coche. Se sentaron en el asiento de atrás, ya que Leo no quería que el cambio de marchas se interpusiera entre ellos.

Una vez cómodos, Leo retomó la conversación.

-Si no hubieras venido a verme para decirme que estás embarazada, al final habría acabado yendo a buscarte porque eres mucho más que una mujer más en mi vida -declaró Leo con sinceridad.

-Debe de resultarte muy difícil decir que habrías ido a buscarme -dijo Brianna con voz ronca mientras se miraban el uno al otro.

-No habría tenido alternativa, Brianna. Te necesito y te amo. No podría vivir sin ti. Creo que lo sé desde hace mucho, pero no quería reconocerlo.

Brianna, en un abrir y cerrar de ojos, había pasado de pisar el suelo a estar en una nube.

-¿Que me amas?

-Por eso, aunque casarte conmigo no tenga sentido para ti, para mí sí lo tiene. Porque, en lo que a mí respecta, la base de nuestro matrimonio existe.

-¿Por qué no me lo has dicho antes? -Brianna le rodeó el cuello con los brazos y se volvieron hasta quedar pecho con pecho, cuerpo con cuerpo.

Y Brianna sintió latir el corazón de Leo al mismo ritmo que el suyo.

-Te quiero tanto... -susurró ella con voz temblorosa-. Cuando me pediste que me casara contigo, creía que era porque te parecía lo lógico, pero yo no quería casarme por eso. Si no te hubiera amado tanto, Leo, quizá hubiera aceptado tu proposición. Pero sabía que acabaría con el corazón destrozado si, amándote tanto, tú no me correspondías.

Sus labios se encontraron, se besaron apasionadamente, como si sus vidas dependieran de ello.

-Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti -Leo quería tenerla abrazada siempre-. No sabía cómo decirte lo que sentía. Creía que iba a perderte, a perder lo más importante de mi vida.

-Por eso me has traído aquí -Brianna lanzó un suspiro de felicidad y volvieron a besarse. Le acarició el rostro y el cabello, recuperando el recuerdo.

-Bueno, aún estoy esperando una respuesta -declaró Leo en tono serio.

-¡Sí, sí, sí, sí! Me casaré contigo.

-¿Cuándo? -preguntó Leo en tono exigente.

Brianna se echó a reír.

-¿Cuándo crees tú? Una chica necesita tiempo para planificar una boda...

-¿Te valen dos semanas?

Ella se echó a reír otra vez y le miró con ternura.

-¡Me sobra!

Al final, resultaron ser seis semanas. Se casaron en la pequeña iglesia cerca del pub. El pueblo entero acudió a la ceremonia y el banquete se celebró con la exuberancia que los irlandeses celebraban esos acontecimientos. Por ese motivo, los novios no pudieron salir de viaje de luna de miel hasta la mañana del día siguiente.

Dejaron a una Bridget feliz a cargo del pub, porque Irlanda era su hogar y, al final, no quería vivir en ninguna otra parte.

-Pero espero visitaros con frecuencia -les había dicho Bridget.

Brianna no lo dudaba. Bridget había recuperado las ganas de vivir desde la

aparición de Leo en escena, desde que había recuperado al hijo del que la habían despojado en la adolescencia. Y, para acabar de hacerla feliz, la habían dejado a cargo del pub, que también habían puesto a su nombre.

Ahora, dos días después de la boda, Brianna estaba sentada en la terraza de una preciosa casa en la playa con un vaso de zumo de naranja en la mano y el vientre algo más abultado.

Las últimas semanas habían sido las más felices de su vida. Para cuando regresaran a Inglaterra, la casa que tanto le había gustado sería suya, y el futuro se presentaba maravilloso: un futuro con el hombre al que adoraba, un hombre que no se cansaba de decirle lo mucho que la quería y un hijo que sería el producto de su amor. Y no había que olvidar a Bridget, el otro miembro de la familia.

-¿En qué piensas?

Brianna sonrió y le miró. El sol ya se había puesto y el mar estaba oscuro, las olas acariciando la arena de la playa. El Caribe era casi perfecto.

-Estoy pensando que esto se aproxima mucho a mi idea del paraíso.

-Sol, arena y mar, pero sin alcohol, ¿eh? -bromeó Leo sentándose al lado de ella.

-Exacto.

Brianna rio y, entonces, al sentir la mano de Leo desabrochándole el vestido de algodón, entrecerró los ojos.

-¿Te he dicho cómo me gustas embarazada? -le murmuró él al oído.

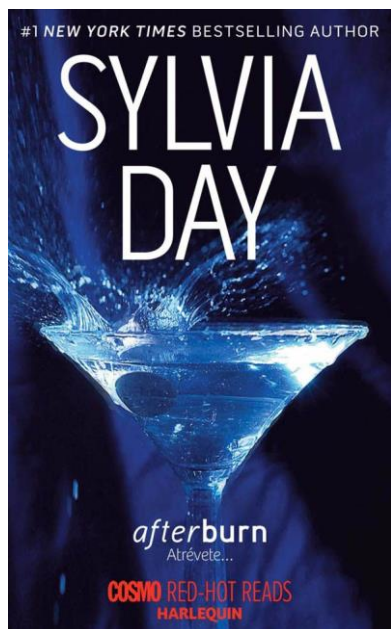
-¡Alguna que otra vez!

Ella se tumbó como un gato perezoso y sonrió al oír a Leo lanzar un gruñido de placer.

-Y ahora... -Leo le besó el lóbulo de la oreja-. Creo que vamos a hacer algo más productivo que mirar al mar, ¿te parece?

Leo podría haber añadido que él también sabía ahora lo que era el paraíso.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)



## Table of Content

Portadilla  
Créditos  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Publicidad